Las aventuras de Pinocho

Historia de una marioneta

Carlo Collodi

Traducción de
Fredy Ordóñez





Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes



Las aventuras de Pinocho

Historia de una marioneta

Carlo Collodi

Traducción de
Fredy Ordóñez

Título original: *Le avventure di Pinocchio*, Carlo Collodi
Primera edición: Bogotá, noviembre de 2012

Ilustraciones: Enrico Mazzanti, Florencia, 1883; Carlo Chiostri, Florencia, 1902.

www.institutodelasartes.gov.co

isbn 978-958-57317-9-0

Edición: Antonio García Ángel
Diseño gráfico: Óscar Pinto Siabatto
Armada eBook: eLibros Editorial

Contenido

Cubierta

Libro al viento

Portada

Créditos

Un tal Pinocho
Antonio García Ángel

Las aventuras de Pinocho

Capítulo I

Cómo fue que el maestro Cereza, carpintero, encontró un pedazo de madera que lloraba y reía como un niño.

Capítulo II

El maestro Cereza le regala el pedazo de madera a su amigo Geppetto, que lo acepta para fabricarse una marioneta maravillosa que sabe bailar, hacer esgrima y dar saltos mortales.

Capítulo III

Al volver a casa, Geppetto comenzó de inmediato a fabricar la marioneta y la llamó Pinocho. Primeras travesuras de la marioneta.

Capítulo IV

La historia de Pinocho con el Grillo parlante, en la que se ve cómo a los niños malos les fastidia ser corregidos por quien sabe más que

ellos.

CAPÍTULO V

Pinocho tiene hambre y busca un huevo para hacerse una tortilla, pero en el mejor momento la tortilla sale volando por la ventana.

CAPÍTULO VI

Pinocho se queda dormido con los pies sobre el caldero y la mañana siguiente se despierta con los pies completamente quemados.

CAPÍTULO VII

Geppetto vuelve a casa, rehace los pies de la marioneta y le da el desayuno que el pobre hombre había traído para él.

CAPÍTULO VIII

Geppetto le rehace los pies a Pinocho y vende su propio abrigo para comprarle una cartilla.

CAPÍTULO IX

Pinocho vende la cartilla para ir al teatro de marionetas.

CAPÍTULO X

Las marionetas reconocen a su hermano Pinocho y le hacen una gran fiesta. En el mejor momento sale la marioneta Comefuego y Pinocho corre el peligro de salir mal librado.

CAPÍTULO XI

El Comefuego estornuda y perdona a Pinocho, que luego salva de la muerte a su amigo Arlequín.

CAPÍTULO XII

El titiritero Comefuego le regala cinco monedas de oro a Pinocho, para que se las lleve a su padre Geppetto, y Pinocho se las deja birlar

dela Zorra y el Gato y se va con ellos.

Capítulo xiii

La Hostería del Cangrejo Rojo.

Capítulo xiv

Pinocho, por no hacer caso a los buenos consejos del Grillo parlante, se topa con los asesinos.

Capítulo xv

Los asesinos persiguen a Pinocho y, después de haberlo alcanzado, lo cuelgan en la rama de un roble gigante.

Capítulo xvi

La bella Niña del pelo turquesa hace recoger a la marioneta, la mete y manda llamar a tres médicos para saber si está viva o muerta.

Capítulo xvii

Pinocho come azúcar, pero no quiere purgarse. Cuando ve los sepultureros que vienen a llevárselo, entonces resuelve purgarse. Luego dice una mentira y, de castigo, le crece la nariz.

Capítulo xviii

Pinocho se encuentra de nuevo con la Zorra y el Gato y va con ellos a sembrar las cuatro monedas de oro en el Campo de los Milagros.

Capítulo xix

A Pinocho le roban sus cuatro monedas de oro y, de castigo, resulta cuatro meses en prisión.

Capítulo xx

Liberado de la prisión, toma el camino de regreso a la casa del Hada. Pero, a lo largo del camino, se encuentra con una serpiente horrible y

luego cae en una trampa.

CAPÍTULO XXI

Pinocho es atrapado por un campesino, que lo obliga a trabajar de perro guardián en un gallinero.

CAPÍTULO XXII

Pinocho descubre a los ladrones y, en recompensa por su fidelidad, es puesto en libertad.

CAPÍTULO XXIII

Pinocho llora la muerte de la hermosa Niña del pelo turquesa, luego encuentra un palomo que lo lleva hasta la orilla del mar y se arroja al agua para auxiliar a su padre Geppetto.

CAPÍTULO XXIV

Pinocho arriba a la Isla de las Abejas Industriosas y se reencuentra con el Hada.

CAPÍTULO XXV

Pinocho promete al Hada volverse bueno y ponerse a estudiar, porque está cansado de ser una marioneta y quiere convertirse en un niño de bien.

CAPÍTULO XXVI

Pinocho va con sus compañeros de escuela a la orilla del mar para ver al terrible tiburón.

CAPÍTULO XXVII

Hay un gran combate entre Pinocho y sus compañeros, uno de los cuales resulta herido, razón por la que Pinocho es arrestado por los carabineros.

CAPÍTULO XXVIII

Pinocho corre el peligro de que lo friten en una sartén como un pescado.

Capítulo xxix

Vuelve a la casa del Hada, que le promete que a partir del día siguiente dejará de ser una marioneta y se convertirá en un niño. Gran desayuno para festejar este gran acontecimiento.

Capítulo xxx

Pinocho, en vez de convertirse en un niño, se escapa a escondidas con su amigo hacia el País de los Juguetes.

Capítulo xxxi

Pinocho, en vez de convertirse en un niño, se va con su amigo Pabilo al País de los Juguetes.

Capítulo xxxii

A Pinocho le salen orejas de burro y entonces se convierte en un burro de verdad y comienza a rebuznar.

Capítulo xxxiii

Convertido en un burro de verdad, lo llevan a una venta donde lo compra el director de una compañía de payasos, el cual quiere enseñarle a bailar y a saltar obstáculos. Pero una noche empieza a cojear y entonces lo compra otro para hacer con su piel un tambor.

Capítulo xxxiv

Pinocho, arrojado al mar, es devorado por los peces y vuelve a ser una marioneta como antes. Pero mientras nada para salvarse, es tragado por un terrible tiburón.

Capítulo xxxv

Pinocho se encuentra en el cuerpo del Tiburón a… ¿A quién se encuentra? Lee este capítulo y lo sabrás.

Capítulo xxxvi

Finalmente Pinocho deja de ser una marioneta y se convierte en un niño.

Un tal Pinocho

Pinocho comparte con Sherlock Holmes, Drácula y James Bond la paradoja de ser conocido por todos pero leído por muy pocos. Es sin duda la marioneta más famosa de la historia, pero esto se debe más a incontables ediciones abreviadas y la película de Walt Disney que al libro original. En esta oportunidad, los lectores de Libro al Viento tienen en sus manos *Las aventuras de Pinocho* en traducción exclusiva y texto íntegro. Estas páginas contienen un relato insospechado, con resonancias absurdas y tintes del más descarnado realismo, episodios de redención y crueles hundimientos, inestables tránsitos entre lo risueño y lo macabro, concesiones y transgresiones al cuento de hadas, ambigüedades morales que caracterizan a Pinocho y los demás personajes. Por ese filo transita la buena, la verdadera literatura, aquella que describe Robert Browning en su *Apología del obispo Blougram* y que utilizó Pamuk como epígrafe de una novela: «Nos interesa el límite peligroso de las cosas. / El ladrón honesto, el asesino sensible, / el ateo supersticioso».

1. Y con ustedes, Carlo Collodi

En ese límite peligroso también fluyó la vida de Carlo Collodi, el creador de Pinocho, Carlo Lorenzo Filippo Giovanni Lorenzini nació el 24 de noviembre de 1826 en Florencia, Italia. Su madre era camarera y su padre cocinero en la casa de los Duques Ginori. La pareja tuvo nueve hijos, de los cuales sobrevivieron tres: el mayor, Carlo, el tercero, Paolo, nacido en 1829, y el último, Ippolito, en 1842.

De niño, Carlo estudió en una de las Escuelas Pías, fundadas en 1597 para dar una educación basada en la fe y las letras a los niños pobres y abandonados. A los once años ingresa en el seminario de Colle Val d'Elsa. A los dieciséis se sale del seminario y pasa a estudiar Retórica y Filosofía con los clérigos escolapios. Un año después encuentra trabajo en la librería Piatti, dirigida por el paleógrafo Giuseppe Aiazzi, quien le encarga la

redacción de un boletín bibliográfico. Con este motivo, consigue licencia eclesiástica para leer libros prohibidos por la Iglesia y el duque Leopoldo II.

Carlo alcanza la adultez en el *decennio di preparazione*, la década de 1850 a 1860, cuando Italia se movía hacia la unificación y en contra del control austríaco. Como tantos de su generación, en 1848 se enlista como voluntario en la primera y fallida guerra de independencia. Ese mismo año regresa a Florencia y funda el diario satírico *Il lampione,* publicación de tendencia nacionalista cuya intención es «iluminar a quien anda en tinieblas». Será prohibido por el gobierno y no volverá a ver la luz hasta 1860. En ese decenio de preparación para la independencia definitiva de Italia lleva una intensa actividad periodística en diferentes publicaciones, haciendo crónicas teatrales, literarias y musicales, escribiendo artículos bajo diferentes nombres, así como cuatro comedias y un par de libros humorísticos. Se sabe también que lleva una vida sumamente desordenada; es un jugador furioso y desafortunado, se llena de deudas y se entrega al alcohol.

En 1859, cuando estalla la segunda guerra de independencia, se enrola de nuevo como voluntario, esta vez en el Regimiento de Caballería de Novara. A su vuelta a Florencia, luego de la paz de Villafranca, el secretario del gobierno provisional toscano le encarga controvertir a un tal Eugenio Albèri, quien ha lanzado un escrito invitando a los toscanos a desconfiar del programa unitario. Carlo Lorenzini emplea su aguda pluma en responder con un opúsculo titulado *¡El señor Albèri tiene razón! Diálogo apologético*, y en él firma con el apellido Collodi, pueblo de la Toscana donde nació su madre. Desde entonces consagra el pseudónimo de Carlo Collodi, que había empleado por primera vez en un artículo de 1856.

La unificación italiana y el cambio de política le otorgan a Collodi nuevos y contradictorios oficios. En 1860 forma parte de la Comisión de censura teatral y resucita *Il lampione*, que había sido censurado hacía once años. En el 62 figura como director escénico del teatro La Pergola. En el 64 su hermano Paolo, que tiene un buen puesto en la administración de la casa Ginori, consigue que lo nombren secretario de segunda clase en la prefectura de Florencia. Finalmente tiene un sueldo discreto, pero eso no evita que siga acosado por las deudas. En 1868, cuando cuenta con 42 años, Collodi forma parte del grupo que debe compilar el Diccionario de la

Lengua Italiana. Allí conoce al filólogo y lexicógrafo Giuseppe Rigutini, quien le aconsejará dedicarse a la literatura para la infancia.

En 1875, Collodi traduce los cuentos de Perrault y los publica en un volumen titulado *Racconti delle fate*. Además recibe el encargo de revisar el *Giannetto*, un libro didáctico que se utilizaba en las escuelas, escrito por Alessandro Luigi Parravincini cuarenta años atrás. La literatura para niños era una innovación del siglo xix en Italia (y en cualquier otro lugar). Para entonces no había distinciones estrictas entre libros para jóvenes o adultos, pero en ese entonces el país estaba formándose como nación, encontraba una identidad que requería formar valores comunes. Tras la unificación política era necesaria la unificación cultural, pues como bien dijo Leopardi: «Ya hicimos a Italia, ahora debemos hacer a los italianos». De ese impulso saldrá *Il Viaggio per l'Italia di Giannettino*, algo así como *El viaje por Italia de Juanito*, que buscaba «darle a los niños una idea de su nuevo y glorioso país». Collodi también escribiría un texto de matemáticas y una gramática de Giannettino, libros que le dieron cierta fama en el ámbito de la educación pública. El éxito de la serie *Giannettino* generó otro personaje, protagonista de un libro homónimo: *Minuzzolo*, un niño que todo el tiempo se burla de los intentos por enseñarle a ser bueno. Así, *Giannettino* es un antecedente del viaje como motivo central de *Las aventuras de Pinocho* —al País de los muertos, al País de los Gaznápiros, al País de las Abejas Industriosas, allende el mar—, mientras *Minuzzolo* anticipa la desobediencia, la burla a la autoridad.

En 1880, Ferdinando Martini, quien había trabajado junto a Collodi en la elaboración del diccionario de la lengua, funda el *Giornale per i bambini*, para aprovechar el nuevo mercado editorial. Martini llama a Collodi y le pide una colaboración. El 7 de julio de 1881 sale a la calle el número 1 del *Giornale*, con los primeros capítulos de *Pinocho* en la página 3. En 1883 se publica el último capítulo. Poco después será editado en forma de libro. En 1886 muere su madre. En ese mismo año Martini le cede la dirección del *Giornale per i bambini*. Collodi seguirá publicando recopilaciones de sus artículos, unos recuerdos de infancia y aún escribió *La linterna mágica de Giannettino*. Fue su último trabajo. El 26 de octubre de 1890, en la puerta de su casa, cayó fulminado por un aneurisma. Le faltaba un mes para cumplir 64 años.

2. Una niñería bien paga

Las aventuras de Pinocho fueron escritas a regañadientes. Collodi tenía ya el primer capítulo unos ocho o nueve meses antes de que lo contactara el *Giornale per i bambini*. Lo envió con una carta al administrador, Guido Biagi, que decía «Ahí te mando esta niñería, haz con ella lo que te parezca. Pero si la publicas, págame bien, para que me den ganas de continuarla». Biagi la publicó y se la pagó bien, pero Collodi remoloneaba hasta la exasperación. En el *Giornale* publicaban cartas excusándose con los pequeños lectores cada vez que salía una edición sin las aventuras de Pinocho. Collodi escribía sin releer los capítulos anteriores, indolente ante los errores argumentales o de continuidad, con evidente dejadez. Con afán de librarse de este libro que lo aburría, el autor concibió una estructura trágica: en el capítulo final, que iba a ser el número xv, el muñeco de madera muere ejecutado como castigo a sus travesuras. La Zorra y el Gato le amarran los brazos y lo ahorcan colgándolo del Gran Roble. Luego lo abandonan a su suerte « Y no tuvo aliento para decir más. Cerró los ojos, abrió la boca, estiró la pata y, dando una grande sacudida, se quedó como tieso». Al *Giornale per i bambini* llegan airadas cartas de protesta. Muchos lectores ansiosos por saber más y muchos cabos sueltos por atar. A Biagi y Martini les toma cuatro meses convencer a Collodi de continuar su historia. Más adelante el autor se tomará un respiro de seis meses sin escribir. Al igual que Geppetto, Collodi creó algo que había cobrado vida propia.

Collodi, como Kafka, tenía muy poca confianza en la trascendencia de su obra, pero *Pinocho* ha sido traducido a cientos de lenguas, incluida una muerta como el latín. Tolstoi escribió una versión rusa llamada *Las aventuras de Buratino*. De él se han ocupado Benedetto Croce, Julián Marías, Italo Calvino, Alberto Manguel y Paul Auster. Las adaptaciones cinematográficas se cuentan por decenas, entre ellas la de Walt Disney y la de Roberto Begnini, además de rarezas como *La venganza de Pinocho* y *Pinocho en el espacio sideral*, para no mencionar la deuda que tienen el *Edward Scissorhands* de Tim Burton y la *Inteligencia Artificial* de Spielberg-Kubrick con esta marioneta viviente. Por si fuera poco, Pinocho ha propiciado una avalancha iconográfica y de mercadeo que incluye afiches, postales, calendarios, muñecos de todos los materiales, composiciones musicales, obras de teatro, rompecabezas, juegos de mesa, un parque temático y algunas obras de arte moderno. «En la historia de las

religiones pop», dice Umberto Eco, «creo que tan solo el Ratón Mickey ha sobrepasado este éxito».

Pese al poco afecto que prodigó Collodi a su creatura y la pereza que tenía de escribirla, el resultado va más allá de la fábula ejemplar y el simple cuento de hadas. Las primeras líneas ya plantean la transgresión a las leyes del género, pues comienza con la típica frase «Había una vez…» pero a continuación el narrador aclara que no se trata de un rey sino de un pedazo de madera parlante. A propósito, entre las muchas preguntas que desata Pinocho es si su personalidad se forma a medida que Geppetto trabaja la madera y la convierte en marioneta. Ese mismo trozo de madera pudo desarrollar otra psiquis al tallarlo como un animal o un santo.

Aunque pretende dar un mensaje moralizante, *Las aventuras de Pinocho* no pueden escapar de las contradicciones: Geppetto es un tierno viejecito, pero sus vecinos dicen que «es un verdadero tirano con los niños»; el titiritero Comefuego se apiada de Pinocho y, generoso, le entrega cinco monedas de oro, pero a cambio decide quemar en la hoguera al Arlequín; el Hada del pelo turquesa es buena, pero tortura a Pinocho haciéndole creer que ella ha muerto por su culpa; en el País de los Gaznápiros lo encierran en la cárcel por bueno e ingenuo. El mismo protagonista es tachado de «bobalicón», «pequeño granuja», «malvado», «travieso», «bribón», «bribonzuelo», «asquiento», «melindroso», «pillo», «pilluelo», «sinvergüenza», «vagabundo» y «marioneta bellaca»; su deseo es convertirse en un niño de carne y hueso, pero no es tan claro qué beneficio traiga ello cuando todos los niños que aparecen en el cuento son traicioneros, imbéciles, desobedientes, avaros y sucios.

Rebbeca West, en el epílogo a la edición de New York Review of Books dice que el libro trata del «enfrentamiento entre la conformidad colectiva y la creatividad individual». Una y otra vez, Pinocho se dejará llevar por sus instintos y terminará recibiendo duras reprimendas. El personaje no sólo es ahorcado sino robado, apuñalado, secuestrado, azotado con látigo, golpeado en la cabeza, encadenado como un perro; además en una ocasión sus piernas se queman y en otra por poco termina frito en una sartén. Cabe recalcar que Pinocho, por su parte, mata al grillo parlante cuando éste lo está sermoneando, le arranca una zarpa al Gato de un mordisco y ve agonizar a su amigo Pabilo. El libro de Collodi está en las antípodas de la edulcorada y sosa versión que en 1940 hizo Disney, con una marioneta

ingenua y despistada, personaje amigable que no despierta ningún recelo ni se enfrenta a los calvarios del original. Ni mata a Pepegrillo. Frente al Pinocho de Disney sólo queda maravillarse ante los recursos técnicos y la puesta en escena, pero el de Collodi esconde múltiples interpretaciones, desde la alegoría bíblica hasta las reflexiones sobre la post-humanidad, desde las lecturas psicoanalíticas hasta los enfoques políticos y antropológicos. Incluso existe un estudio de lógica sobre la *Paradoja de Pinocho*: si Pinocho dijera «Mi nariz está creciendo» sería falso, y por tanto le crecería la nariz, pero si le crece dejaría de ser falso, entonces dejaría de crecerle, pero al no crecerle volvería a ser falso el enunciado, y así, ad infinitum.

Después de tanta prosa gótica sobre Pinocho, se hace necesario recordar que el texto está salpicado de humor negro, juegos de palabras, diálogos absurdos —«¿Qué lo trae por acá?», «Las piernas»— y escenas memorables, como los cuatro conejos de las pompas fúnebres, el caracol gigante que se demora nueve horas en bajar cuatro pisos, la serpiente que literalmente se muere de risa, la transformación en burro, el pescador que en vez de pelo tiene hierba en la cabeza y el tiburón gigante, para enumerar algunos ejemplos de esa imaginería que emparenta al libro de Collodi con los paisajes y escenas de Lewis Carroll, y también con la *Commedia dell'arte* y la novela de aventuras.

Esa niñería que Collodi no quería escribir ya tiene 130 años, sus misterios aún no han sido revelados por completo y su encanto prevalece entre los lectores de todas las edades.

Nos complace inaugurar nuestra colección *Inicial* de Libro al Viento, dirigida al público infantil, con este clásico de todos los tiempos. Así como la extensión de *Pinocho* no fue un obstáculo para los niños de su época, esperamos que tampoco lo sea en los tiempos que corren. Pensamos que los padres podrán leer cada día una parte de este libro a sus hijos, y así reproducir el mismo esquema de literatura por entregas con el que fue concebido. Tendrán la oportunidad de pasar buenos ratos enfrente de estas páginas. La diversión, sin duda, está garantizada.

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL

Las aventuras de Pinocho

Historia de una marioneta

Carlo Collodi



I

Cómo fue que el maestro Cereza, carpintero, encontró un pedazo de madera que lloraba y reía como un niño.

Había una vez…

—¡Un rey! —dirán de inmediato mis pequeños lectores.

No, niños, están equivocados. Había una vez un pedazo de madera.

No era una madera de lujo, sino un simple pedazo de leña, de esos que durante el invierno se meten en las estufas y en las chimeneas para encender el fuego y calentar las habitaciones.

No sé cómo sucedió, pero el hecho fue que un buen día este pedazo de madera apareció en la tienda de un viejo carpintero cuyo nombre era Antonio, pero a quien todos llamaban maestro Cereza, porque la punta de su nariz siempre estaba lustrosa y rojiza como una cereza madura.

Apenas el maestro Cereza vio ese pedazo de leño, se emocionó y, frotándose las manos de la felicidad, murmuró a media voz:

—Este pedazo de madera apareció justo a tiempo: quiero hacer con él la pata de una mesa.

Dicho esto, tomó entre sus manos un hacha afilada y comenzó a pulirlo y a desbastarlo; pero en el momento en que iba a dar el primer hachazo, se quedó con el hacha suspendida en el aire, porque oyó el hilo de una voz que le rogaba:

—¡No me vaya a golpear muy fuerte!

Ante esta petición, imagínense cómo quedó el buen hombre del maestro Cereza.

Repasó con la mirada toda la habitación tratando de descubrir de dónde había salido esa voz, y no vio a nadie; buscó debajo de la silla, y nada; buscó dentro del armario que siempre estaba cerrado, y nada; buscó entre la

viruta y el serrín, y nada; abrió la puerta de la tienda para echar una mirada a la calle, y nada. ¿Será que…?

—¡Claro! —dijo entonces riendo y rascándose la peluca—. Me he imaginado la voz. Retomemos el trabajo.

Volvió a blandir el hacha y encajó un poderosísimo golpe sobre el pedazo de madera.

—¡Ay, me has hecho daño! —gritó lamentándose la misma vocecita.

Esta vez el maestro Cereza se quedó de una pieza, con los ojos desorbitados por el miedo, la boca abierta y la lengua que le colgaba hasta el mentón, como el mascarón de una fuente.

Apenas pudo volver a hablar, y temblando del miedo, balbuceó:

—¿Pero de dónde habrá salido esta vocecita que ha dicho *ay*?… Aquí no hay ningún alma. ¿Será acaso que este pedazo de madera aprendió a llorar y a quejarse como un niño? No lo puedo creer. Este leño acá… es un pedazo de leña para la chimenea, como todos los demás, capaz de calentar, si se arroja al fuego, una olla de fríjoles… ¿O será que…? ¿Hay alguien escondido dentro? Si hay alguien escondido, tanto peor por él. ¡Ya lo pongo en su lugar!

Y diciendo así tomó firmemente entre sus manos este pobre pedazo de leño y comenzó a golpear con él las paredes de la habitación.

Luego se puso a escuchar, a ver si oía alguna vocecita lamentarse. Espero dos minutos, y nada; cinco minutos, y nada; diez minutos, y nada.

—Ya entiendo —dijo entonces esforzándose por reír y acomodándose la peluca—. Esa vocecita que ha dicho *ay* me la he inventado yo. ¡Volvamos al trabajo!

Y como había experimentado un gran miedo, intentó ponerse a canturrear para darse un poco de ánimo.

Por el momento, dejó el hacha a un lado, cogió el cepillo para pulir el pedazo de madera y, a medida que pulía de arriba abajo, oyó la misma vocecita que le decía riendo:

—¡Déjame! ¡Me haces cosquillas por todo el cuerpo!

Esta vez el pobre maestro Cereza cayó como fulminado. Cuando volvió a abrir los ojos, estaba sentado sobre el piso.

Parecía trastornado e incluso la punta de la nariz, que era tan rojiza siempre, se le puso blanca del susto tan terrible.

II

El maestro Cereza le regala el pedazo de madera a su amigo Geppetto, que lo acepta para fabricarse una marioneta maravillosa que sabe bailar, hacer esgrima y dar saltos mortales.

En ese momento alguien tocó a la puerta.

—Pase, pase —dijo el carpintero, aún sin fuerzas para ponerse en pie.

Entonces entró en la tienda un viejo vivaz cuyo nombre era Geppetto; pero los muchachos del barrio, porque les gustaba verlo rabiar, lo llamaban con el apodo de Papillita, pues su peluca amarilla guardaba una gran semejanza a una papilla de maíz.

Geppetto estaba furiosísimo. ¡Ay del que lo llamara Papillita! Se volvía una fiera y no había modo de calmarlo.

—Buen día, maestro Antonio —dijo Geppetto—. ¿Qué hace ahí tirado en el piso?

—Les enseño a las hormigas a contar.

—Que le aproveche.

—¿Y qué lo ha traído hasta acá?

—¡Las piernas!… Usted sabe, maestro Antonio, que he venido a pedirle un favor.

—Aquí estoy, para servirle —respondió el carpintero levantándose.

—Esta mañana se me ha ocurrido una idea.

—¿Cuál sería?

—He pensado en fabricarme una linda marioneta de madera, pero una marioneta maravillosa, que sepa bailar, hacer esgrima y dar saltos mortales. Con esta marioneta quiero darle la vuelta al mundo, y ganarme así un pedazo de pan y un vaso de vino. ¿Qué le parece?

—¡Felicitaciones, Papillita! —gritó la misma vocecita, desde quién sabe dónde.

Al oír que lo llamaban Papillita, el compadre Geppetto se puso rojo como un pimentón de la rabia y, dándose vuelta hacia el carpintero, le dijo enfurecido:

—¿Por qué me ofende?

—¿Quién lo ofendió?

—Me acaba de llamar Papillita.

—¿Yo? Yo no he dicho nada.

—¡Entonces fui yo!… Claro que fue usted.

—¡No!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí!

Y calentándose cada vez más, pasaron de las palabras a los hechos y, agarrándose, se mordieron y se zarandearon el uno al otro.

Cuando dejaron de pelear, el maestro Antonio tenía en sus manos la peluca amarilla de Geppetto y Geppetto la peluca entrecana del carpintero.

—¡Devuélveme mi peluca! —gritó el maestro Antonio.

—Y tú devuélveme la mía y hagamos las paces.

Los dos viejitos, después de haber recuperado cada uno su peluca, se estrecharon las manos y juraron ser buenos amigos toda la vida.

—Entonces, compadre Geppetto —dijo el carpintero en señal de paz—, ¿cuál es el favor que me venía a pedir?

—Quisiera un poco de madera para fabricar mi marioneta. ¿Me la puede dar?

El maestro Antonio, todo contento, fue de inmediato a tomar del mostrador ese pedazo de madera que le había causado tanto pavor. Pero cuando fue allí para entregárselo a su amigo, el palo se sacudió y,

escapándosele bruscamente de las manos, fue a estrellarse con fuerza contra las frágiles tibias del pobre Geppetto.

—¡Ah! ¿Pero es con estos modales, maestro Antonio, que usted regala sus cosas? ¡Casi me deja cojo!

—¡Le juro que no fui yo!

—¡Entonces habré sido yo!

—Toda la culpa es de este palo.

—Claro que sé que es de este palo: pero fue usted el que me lo tiró sobre las piernas.

—¡Yo no se lo tiré!

—¡Mentiroso!

—Geppetto, no me ofenda; si no, lo llamo Papillita.

—¡Asno!

—¡Papillita!

—¡Burro!

—¡Papillita!

—¡Bestia horrible!

—¡Papillita!

Al oír que lo llamaban Papillita por tercera vez, Geppetto perdió la compostura, se lanzó sobre el carpintero y se dieron una tremenda paliza.

Cuando se acabó la batalla, el maestro Antonio tenía dos arañazos en la nariz y el otro, dos botones menos en el chaleco. Empatadas las cuentas, se estrecharon las manos y juraron ser amigos para toda la vida.

Geppetto tomó entonces su gran pedazo de madera y, tras agradecerle al maestro Antonio, se volvió cojeando a su casa.

III

Al volver a casa, Geppetto comenzó de inmediato a fabricar la marioneta y la llamó Pinocho. Primeras travesuras de la marioneta.

La casa de Geppetto era un cuartico en un primer piso, debajo de una escalera, al que le llegaba poca luz. El mobiliario no podía ser más austero: una burda silla, una cama regular y una mesita a punto de caerse. En la pared del fondo se veía una chimenea con el fuego encendido; pero el fuego estaba pintado y, junto al fuego, había dibujada una olla que hervía alegremente y arrojaba una nube de humo que parecía humo de verdad.

Apenas entró a la casa, Geppetto tomó sus herramientas y se puso a tallar y a hacer su marioneta.

«¿Qué nombre le pondré? —se preguntó—. Quiero llamarla Pinocho. Este nombre le traerá fortuna. Conocí una familia entera de Pinochos: Pinocho el padre, la madre y los hijos, y todos la pasaban bien. El más rico de ellos vivía de pedir limosna».

Cuando encontró el nombre de su marioneta, comenzó a trabajar en forma y le hizo el pelo, luego la frente y finalmente los ojos.

Imagínense su sorpresa cuando, luego de concluir los ojos, se dio cuenta de que se movían y lo miraban fijamente.

Geppetto, viendo cómo lo veían esos dos ojos de madera, casi se lo toma a mal y dijo con tono desapacible:

—Ojos de madera, ¿por qué miran así?

Nadie respondió.

Luego de los ojos, hizo la nariz; pero la nariz, apenas hecha, comenzó a crecer, y creció y creció, hasta convertirse en poco tiempo en una narizota de nunca acabar.

El pobre Geppetto se esforzaba en recortarla, pero cuanto más la recortaba y reducía, más larga se volvía esa nariz impertinente.

Después de la nariz hizo la boca.

No había acabado de hacer la nariz, y ya comenzaba a reírse y a burlarse.

—¡Deja de reírte! —dijo Geppetto molesto; pero fue como hablar con una pared—. ¡Deja de reírte, te repito! —le gritó amenazante.

Entonces la boca dejó de reírse, pero sacó toda la lengua.

Geppetto, para no arruinar lo que había hecho, fingió no haberse dado cuenta y siguió trabajando. Después de la boca, le hizo el mentón, luego el cuello, la espalda, la barriga, los brazos y las manos.

Apenas terminó las manos, Geppetto sintió que desaparecía su peluca. Miró hacia arriba y… ¿qué vio? Vio la peluca amarilla en la mano de la marioneta.

—¡Pinocho!… Dame ya mi peluca.

Y Pinocho, en vez de devolverle la peluca, se la puso en la cabeza, lo que lo hizo sentir un poco ahogado.

Luego de ese insolente gesto, Geppetto se puso triste y melancólico como nunca había estado en la vida y, volviéndose hacia Pinocho, le dijo:

—¡Pequeño granuja, no te he acabado de fabricar aún y ya le comienzas a faltar el respeto a tu padre! ¡Mal, jovencito, muy mal!

Y se secó una lágrima.

Faltaban por hacer las piernas y los pies.

Cuando Geppetto terminó de hacer los pies, sintió una patada en la punta de la nariz.

«Me la merezco —dijo entonces para sí—. Debí pensarlo antes; ahora es tarde».

Tomó entonces a la marioneta bajo el brazo y la puso sobre el suelo de la habitación, para que caminara.

Pinocho tenía las piernas entumecidas y no sabía moverse y Geppetto lo llevaba de la mano para enseñarle a dar un paso tras otro.

Cuando las piernas se le desentumecieron, Pinocho comenzó a caminar por sí mismo y a correr por la habitación; hasta que, tras enfilar hacia la puerta de la casa, saltó a la calle y escapó.

Y el pobre Geppetto se puso a correr detrás de él sin poderlo alcanzar, porque el travieso de Pinocho andaba a saltos como una liebre y, golpeando sus pies de madera sobre el empedrado de la calle, hacía un escándalo como de veinte pares de zuecos campesinos.

—¡Agárrenlo, agárrenlo! —gritaba Geppetto, pero la gente que iba por la calle, viendo que corría como un bárbaro, se detenía encantada a mirarlo y se reía a más no poder.

Al final, y por suerte, apareció un carabinero, que, oyendo todo ese alboroto y creyendo que se trataba de un potro que se hubiera rebelado contra su dueño, se plantó valientemente en mitad de la calle, con el firme propósito de detenerlo y de impedir mayores desgracias.

Pero Pinocho, cuando avistó a lo lejos al carabinero que le impedía el paso, se le ocurrió pasar entre las piernas, pero fracasó.

El carabinero, sin moverse un ápice, lo agarró de la nariz (era una nariz desproporcionada, que parecía hecha aposta para ser agarrada por carabineros) y se lo devolvió a Geppetto en las manos, quien, con el propósito de corregirlo, quiso darle un buen jalón de orejas. Pero imagínense cómo quedó cuando, al buscar las orejas, no las pudo encontrar. ¿Y saben por qué? Porque, en el afán de tallarlo, se había olvidado de hacerlas.

Entonces lo tomó por el pescuezo y, mientras lo llevaba de vuelta, le dijo amenazadoramente poniéndole un dedo en la cabeza:

—Vamos rápido a casa. ¡En cuanto lleguemos, vamos a arreglar cuentas!

Pinocho, tras esta cantilena, se tiró al suelo y no quiso caminar más. Entre tanto, los curiosos y los vagos comenzaron a rodearlos y a hacer corrillo.

Unos y otros murmuraban.

—Pobre marioneta —decían algunos—, tiene razón de no volver a casa. ¡Quién sabe cómo lo maltratará ese tipejo de Geppetto!

Y los demás asentían maliciosamente.

—Ese Geppetto parece un caballero, pero es un verdadero tirano con los niños. Si le dejamos esa pobre marioneta entre las manos, es capaz de hacerla pedazos.

En resumen, tanto dijeron y tanto hicieron, que el carabinero puso en libertad a Pinocho y condujo a la cárcel al pobre de Geppetto. Este, no teniendo palabras para defenderse, lloraba como un ternerito y, camino de la prisión, balbuceaba sollozando:

—¡Malvado hijo! ¡Y pensar que he penado tanto por hacerlo una marioneta de bien! Pero es mi culpa: debí pensarlo antes.

Lo que sucedió después fue una historia de no creer y se las contaré en los siguientes capítulos.

IV

La historia de Pinocho con el Grillo parlante, en la que se ve cómo a los niños malos les fastidia ser corregidos por quien sabe más que ellos.

Les diré, entonces, niños, que mientras el inocente Geppetto era conducido a la prisión, aquel travieso de Pinocho, al quedar libre por el carabinero, se fue a zancadas por entre los campos, para llegar más pronto a casa. Y era tanto su afán que saltaba arbustos altísimos, setos de ciruelas y fosos llenos de agua, tal cual como lo haría un cabrito o una liebre perseguida por unos cazadores.

Al llegar al frente de la casa, encontró la puerta entreabierta. La empujó, entró y, apenas pudo poner cerrojo, se echó en el suelo, dejando escapar un gran suspiro de satisfacción.

Pero la dicha le duró poco, porque oyó en la habitación a alguien que hizo:

—*Cri-cri-cri*.

—¿Quién me llama? —dijo Pinocho asustado.

—Yo.

Pinocho se volteó y vio un enorme Grillo que subía lentamente por el muro.

—Dime, Grillo, ¿y tú quién eres?

—Yo soy el Grillo parlante y vivo en esta habitación hace más de cien años.

—Pero esta habitación me pertenece —dijo la marioneta— y, si me puedes hacer el favor, quiero que te vayas inmediatamente.

—No me voy a ir de acá —respondió el Grillo— antes de decirte una verdad.

—Vete, esfúmate.

—¡Ay de esos muchachos que se rebelan contra sus padres y abandonan caprichosamente la casa paterna. Así nunca les irá bien en este mundo y, tarde o temprano, se arrepentirán por esto amargamente.

—Di lo que quieras, Grillo mío, haz lo que te plazca. Pero yo mañana temprano me voy de aquí, porque, si me quedo, me sucederá lo que les sucede a todos los niños, y me mandarán a la escuela y, a las buenas o a las malas, me tocará estudiar. Y yo, para ser sincero, de estudiar no tengo ganas. Me divierte más correr detrás de las mariposas y subir a los árboles a tomar los nidos de los pájaros.

—¡Pobre bribonzuelo! ¿Es que no sabes que, actuando así, de grande te convertirás en un soberano burro y que todos se burlarán de ti?

—¡Quítate, Grillo de mal augurio! —gritó Pinocho.

Pero el Grillo, que era paciente y filósofo, en vez de tomarse a mal esta impertinencia, siguió con el mismo tono de voz:

—Y si no te da la gana de ir a la escuela, ¿por qué no aprendes al menos un oficio, para ganarte honradamente un pedazo de pan?

—¿Quieres que te lo diga? —replicó Pinocho, que comenzaba a perder la paciencia—. Entre todos los oficios del mundo, solo hay uno que de verdad me gusta.

—¿Y cuál es?

—El de comer, beber, dormir, divertirme y vagabundear de la mañana a la noche.

—Para tu información —dijo el Grillo parlante con su habitual calma—, todos los que se dedican a hacer eso casi siempre terminan en un hospital o una prisión.

—Cuidado, Grillo de mal augurio… Hazme enojar, y te va a ir mal.

—Pobre Pinocho, me das lástima.

—¿Por qué te doy lástima?

—Porque eres una marioneta y, sea lo que sea, tienes la cabeza de palo.

Dichas estas últimas palabras, Pinocho saltó enfurecido y, agarrando del mostrador un martillo de madera, lo lanzó contra el Grillo parlante.

Quizás no contaba con darle, pero desgraciadamente le dio, y por la cabeza, tanto que el pobre Grillo apenas tuvo el aliento para decir *cri-cri-cri* y quedar estampado contra la pared.

V

Pinocho tiene hambre y busca un huevo para hacerse una tortilla, pero en el mejor momento la tortilla sale volando por la ventana.

En cuanto comenzó a anochecer, Pinocho, recordando que no había comido nada, sintió un retortijón de tripas, que se parecía mucho al apetito.

Pero el apetito en los niños va a gran velocidad y, de hecho, después de pocos minutos, el apetito se volvió hambre y el hambre, en un abrir y cerrar de ojos, se volvió en un hambre de lobos, un hambre incontrolable.

El pobre Pinocho corrió hasta el fogón donde había una olla que hervía y tuvo la intención de destaparla para ver qué había dentro. Pero la olla estaba pintada sobre la pared. Imagínense cómo quedó. Su nariz, que ya estaba larga, se le hizo más larga por lo menos cuatro dedos más.

Entonces se puso a correr por la habitación y a hurgar en todos los cajones y todas las alacenas en busca de un pan, al menos un pedazo de pan duro, un hueso roído por un perro, una polenta mohosa, la espina de un pez, una cereza, en suma, cualquier cosa para masticar. Pero no encontró nada, nada, absolutamente nada.

Y mientras tanto el hambre aumentaba cada vez más y el pobre Pinocho no le quedaba aliento más que para bostezar, y daba unos bostezos tan grandes que a veces le llegaban hasta las orejas. Y después de haber bostezado, escupía, y sentía salírsele el estómago.

Entonces, llorando y desesperándose, decía:

—El Grillo parlante tenía razón. He hecho mal rebelándome contra mi padre y huyendo de casa… Si mi padre estuviera acá, ahora no me encontraría muriendo a punta de bostezos. ¡Oh, qué horrible enfermedad es el hambre!

Y en ese momento le pareció ver arriba de la basura algo redondo y blanco que parecía un huevo de gallina. En un segundo dio un brinco y le

cayó encima. Era un huevo de verdad.

La alegría de la marioneta es imposible de describir: es necesario imaginársela. Casi creyendo que era un sueño, jugaba con el huevo entre las manos, lo tocaba, lo besaba, y besándolo decía:

—¿Y ahora cómo voy a cocinarlo? Me haré una tortilla… No, es mejor cocinarlo en una cazuela… ¿Y no será más sabroso si lo frito en una sartén? ¿Y si lo cocino en agua?… No, la manera más rápida es hacerlo en una cazuela: tengo muchas ganas de comérmelo.

Dicho y hecho, puso una cazuela sobre un caldero lleno de brasas ardientes, y puso en la cazuela, en vez de aceite o mantequilla, un poco de agua y, cuando el agua comenzó a hervir, *¡tac!…* Rompió la cáscara del huevo e hizo el gesto para verterlo adentro.

Pero, en vez de la clara y la yema, se escapó un pollito muy alegre y ceremonioso que, haciendo una gran reverencia, dijo:

—Muchas gracias, señor Pinocho, por haberme ahorrado el trabajo de romper la cáscara. Hasta luego, que esté bien y saludes a todos.

Dicho esto, extendió las alas y, enfilando hacia la ventana, que estaba abierta, voló hasta perderse de vista.

La pobre marioneta se quedó ahí como hechizada, con los ojos fijos, la boca abierta y los pedazos de cáscara en la mano. Apenas se repuso de la sorpresa, comenzó a llorar, a gritar, a golpear el suelo con los pies de la desesperación, y llorando decía:

—El Grillo parlante tenía razón. Si no me hubiese escapado de casa, ahora no estaría a punto de morir de hambre. ¡Oh, qué horrible enfermedad es el hambre!

Y como el cuerpo le gruñía más que nunca, y no sabía cómo acallarlo, pensó en salir de casa y darse una vuelta por el pueblo vecino, con la esperanza de encontrar alguna persona caritativa que le diera una limosna para comprar un pedazo de pan.

VI

Pinocho se queda dormido con los pies sobre el caldero y la mañana siguiente se despierta con los pies completamente quemados.

Era una noche de invierno. Tronaba muy fuerte y relampagueaba como si el cielo se fuera a encender y un viento frío y lacerante, silbando rabiosamente y levantando una inmensa nube de polvo, hacía crujir y estremecer todos los árboles del campo.

Pinocho sentía un gran miedo de los truenos y los rayos; solo que el hambre era más fuerte, motivo por el cual entornó la puerta de la casa y emprendió la carrera: en cien saltos llegó hasta el pueblo, con la lengua afuera y agitado como un perro de caza.

Encontró todo oscuro y desierto. Las tiendas estaban cerradas, las puertas de la casa cerradas, las ventanas cerradas y en las calles ni siquiera un perro. Parecía el país de los muertos.

Entonces Pinocho, presa de la desesperación y del hambre, se pegó a la campanilla de una casa y la hizo sonar prolongadamente, diciéndose: «Alguno tendrá que aparecer».

En efecto, se asomó un vecino, que tenía puesto el gorro de dormir, y le gritó enfurecido:

—¿Qué quiere a esta hora?

—¿Me podría hacer el favor de darme un poco de pan?

—Espérame ahí que ya vuelvo —respondió el viejo, que creía estar tratando con alguno de esos muchachos atolondrados que se divierten haciendo sonar los timbres de las casas por la noche, para molestar a la gente de bien que duerme tranquilamente.

Después de medio minuto, la ventana se volvió a abrir y la misma voz del vecino llegó hasta Pinocho:

—Hazte debajo y pon el sombrero.

Pinocho alzó su sombrerito, pero, mientras lo hacía, sintió que le caía agua de una enorme palangana que lo emparamó de la cabeza a los pies, como si fuera el florero de un geranio marchito.

Volvió a casa bañado como un pollito y agotado por el cansancio y el hambre. Y como no tenía fuerzas para pararse derecho, se quedó sentado y apoyó los pies, encharcados y enlodados, sobre un caldero lleno de brasas ardientes.

Y ahí se durmió. Y mientras dormía a los pies, que eran de madera, se les prendió el fuego y poco a poco se le carbonizaron hasta volverse cenizas.

Sin embargo Pinocho seguía durmiendo y roncando, como si los pies no fueran suyos. Finalmente, al alba se despertó, porque alguien tocó la puerta.

—¿Quién es? —preguntó bostezando y restregándose los ojos.

—Soy yo —respondió una voz.

Era la voz de Geppetto.

VII

Geppetto vuelve a casa, rehace los pies de la marioneta y le da el desayuno que el pobre hombre había traído para él.

El pobre Pinocho, que aún tenía los ojos abotargados, no se había percatado de que tenía los pies chamuscados, por lo cual, apenas oyó la voz de su padre, saltó del taburete para quitar el cerrojo, pero, tambaleándose, se fue contra el suelo y ahí quedó tendido cuan largo era.

Y al darse contra el piso hizo el mismo ruido que habría hecho un saco de cucharas arrojadas desde un quinto piso.

—¡Ábreme! —gritaba Geppetto desde la calle.

—Padre mío, no puedo —respondía la marioneta llorando y arrastrándose por el suelo.

—¿Por qué no puedes?

—Porque me comieron los pies.

—¿Y quién te los comió?

—El gato —dijo Pinocho, viendo el gato que con las patas delanteras se entretenía jugando con unos trozos de madera.

—¡Ábreme, te digo! —repitió Geppetto—, ¡si no, cuando entre, el gato voy a ser yo!

—No puedo pararme, créeme. Oh, pobre de mí, pobre de mí, que me tocará ir de rodillas toda la vida…

Geppetto, creyendo que todos estos lloriqueos eran otra travesura de la marioneta, pensó en resolver todo este asunto y, trepándose al muro, se metió a la casa por la ventana.

Ya quería comenzar a reprenderlo, pero entonces, cuando vio a su Pinocho echado en el suelo y de verdad sin pies, se enterneció y, tomándolo

del cuello, se puso a darle besos, a consentirlo y a hacerle mil monerías y, con los lagrimones que se le caían por las mejillas, le dijo sollozando:

—Pinochito mío, ¿cómo fue que te quemaste los pies?

—No lo sé, padre, pero créeme que ha sido una noche de pesadilla, de la que nunca me voy a olvidar. Tronaba, relampagueaba y yo tenía mucha hambre y entonces el Grillo parlante me dijo: «Está bien: como eres un niño malo, te lo mereces», y yo le dije: «¡Cuidado, Grillo!», y él me dijo: «Tú eres una marioneta y tienes la cabeza de madera», y yo le tiré el mango de un martillo y murió, pero fue su culpa, porque yo no quería matarlo, prueba de eso es que puso una cazuela sobre las brasas encendidas del caldero, pero el pollito se escapó y dijo: «Hasta luego, saludos por casa», y el hambre era cada vez más grande, razón por la cual ese viejito con gorro, asomándose por la ventana, me dijo: «Hazte debajo y pon el sombrero», y yo, con ese chorro de agua encima (porque pedir un poco de pan no es vergüenza, ¿cierto?), me regresé rápido a la casa y, como seguía con mucha hambre, puse los pies en el caldero para secarme, y tú volviste y ya estaban completamente quemados, aunque el hambre seguía y ya no tengo pies…

Y el pobre Pinocho comenzó a llorar y gritar tan fuerte, que podía escucharse a cinco kilómetros de distancia.

Geppetto, que de todo ese discurso inconexo había entendido solo una cosa —que la marioneta se estaba muriendo del hambre—, sacó del bolsillo tres peras y extendiéndoselas le dijo:

—Estas tres peras eran para mi desayuno, pero te las doy con gusto. Cómetelas; ¡buen provecho!

—Si quieres que me las coma, hazme el favor de pelarlas.

—¿Pelarlas? —exclamó Geppetto sorprendido—. Jamás hubiera pensado, hijo mío, que eras tan asquiento y tan melindroso para comer. ¡Qué mal! En este mundo, desde pequeños es necesario acostumbrarse a comer de todo, porque nunca se sabe qué nos puede pasar. ¡Suceden tantas cosas!

—Tienes razón —sollozó Pinocho—, pero nunca comeré una fruta que no esté pelada. No soporto las cáscaras.

Y el buen hombre de Geppetto, sacando su cuchillo y armándose de santa paciencia, peló las tres peras, y puso las cáscaras en una esquina sobre la mesa.

Luego de que Pinocho en dos bocados se comió la primera pera, tuvo el gesto de arrojar el corazón, pero Geppetto se lo impidió diciéndole:

—No lo botes: todo en este mundo puede ser útil.

—Pero el corazón no me lo voy a comer —gritó la marioneta, volviéndose como una víbora.

—¡Quién sabe! ¡Suceden tantas cosas! —repitió Geppetto sin alterarse.

Y entonces los tres corazones de pera, en vez de ser arrojados por la ventana, fueron puestos en una esquina de la mesa junto con las cáscaras.

Tras ser comidas o, para decirlo mejor, devoradas las tres peras, Pinocho bostezó exageradamente y dijo lloriqueando:

—¡Sigo teniendo hambre!

—Pero, niño mío, no tengo nada más para darte.

—¿Nada nada?

—Si acaso estas cáscaras y estos corazones de pera.

—¡Está bien! —dijo Pinocho—, si no hay nada más, comeré un pedazo de cáscara.

Y comenzó a masticar. Al principio torció un poco la boca, pero luego, una tras otra, devoró en un suspiro todas las cáscaras, y después de las cáscaras los corazones; y cuando acabó con todo, se sacudió las manos feliz y dijo regocijándose:

—¡Ya por fin estoy satisfecho!

—Ves, entonces —observó Geppetto—, que tenía razón cuando te decía que era necesario no ser muy sofisticado ni muy refinado del paladar. Querido mío, no se sabe nunca qué puede pasar en este mundo. ¡Suceden tantas cosas!

VIII

Geppetto le rehace los pies a Pinocho y vende su propio abrigo para comprarle una cartilla.

La marioneta, apenas dejó de tener hambre, comenzó de inmediato a quejarse y a llorar, porque quería un par de pies nuevos.

Pero Geppetto, para castigarlo por sus travesuras, lo dejó llorar y desgañitarse medio día; luego le dijo:

—¿Y por qué debería rehacerte los pies? ¿Para ver que escapas de nuevo de la casa?

—Te lo juro —dijo la marioneta—: de hoy en adelante seré bueno.

—Todos los niños —replicó Geppetto—, cuando quieren obtener algo, hablan así.

—Te juro que iré a la escuela, estudiaré y me graduaré con honores.

—Todos los niños, cuando quieren obtener algo, repiten la misma historia.

—¡Pero yo no soy como los otros niños! Yo soy mejor que los otros y siempre digo la verdad. Te prometo, papá, que aprenderé un arte y que seré el consuelo y el soporte de tu vejez.

Geppetto que, a pesar de su cara de tirano tenía los ojos llenos de lágrimas y el corazón ensanchado por el amor que le inspiraba su pobre Pinocho en ese estado lastimoso, no respondió nada. Pero, tomando sus herramientas de trabajo y dos pedazos de leña seca, se puso a trabajar con gran dedicación.

Y, en menos de una hora, los pies quedaron hechos: dos piecitos esbeltos, acabados, perfectos, como si hubieran sido modelados por un artista genial.

Entonces Geppetto le dijo a la marioneta:

—Cierra los ojos y duerme.

Y Pinocho cerró los ojos y fingió dormir. Y mientras se hacía el dormido, Geppetto, con un poco de pegamento disuelto en cáscara de huevo, encajó los dos pies en su lugar, y los pegó tan bien, que ni siquiera se veían las junturas.

Apenas la marioneta se dio cuenta de que tenía pies, saltó de la mesa donde estaba acostado y comenzó a hacer mil piruetas y mil maromas, como si hubiera enloquecido de la felicidad.

—Para recompensarte por todo lo que has hecho por mí —dijo Pinocho a su padre—, quiero ir ya a la escuela.

—¡Felicitaciones, mi niño!

—Pero para ir a la escuela me hace falta algo con que vestirme.

Geppetto, que era pobre y no tenía en el bolsillo ni un centavo, le hizo entonces un trajecito con un papel de flores, un par de zapatos con la corteza de un árbol y un gorro con miga de pan.

Pinocho corrió a verse en el reflejo de una palangana llena de agua y quedó tan contento, que dijo pavoneándose:

—¡Parezco todo un señor!

—Es verdad —le dijo Geppetto—, porque, tenlo siempre presente, no es el traje el que hace al señor, sino la limpieza del traje.

—A propósito —añadió la marioneta—, para ir a la escuela me falta otra cosa; de hecho, me falta lo más importante y lo mejor.

—¿De qué hablas?

—Me falta la cartilla.

—Tienes razón; ¿pero cómo hacer para que tengas una?

—Muy fácil: ve donde un librero y la compras.

—¿Y el dinero?

—Yo no tengo.

—Yo tampoco —añadió el buen hombre poniéndose súbitamente triste.

Pinocho, si bien era un niño alegre, se puso triste también él: porque la miseria, cuando es de verdad miserable, la entienden todos, incluso los

niños.

—¡No hay problema! —gritó Geppetto de repente poniéndose de pie y, agarrando el viejo abrigo de fustán todo remendado, salió corriendo de casa.

Poco después regresó. Y cuando volvió tenía en la mano la cartilla para su hijo, pero no el abrigo. El pobre hombre estaba en mangas de camisa. Y afuera nevaba.

—¿Y el abrigo, papá?

—Lo vendí.

—¿Por qué lo vendiste?

—Porque me acaloraba.

Pinocho entendió la respuesta al vuelo y, no pudiendo frenar el ímpetu de su buen corazón, saltó al cuello de Geppetto y comenzó a besarlo por toda la cara.

IX

Pinocho vende la cartilla para ir al teatro de marionetas.

Cuando dejó de nevar, Pinocho, con su maravillosa cartilla nueva debajo del brazo, tomó la calle que lo llevaba a la escuela y, en el camino, especulaba con mil razonamientos y mil castillos en el aire, cada uno más fabuloso que el anterior.

Y pensando así se decía:

«Hoy en la escuela quiero ya aprender a leer, mañana aprenderé a escribir y pasado mañana aprenderé a contar. Luego, con mi habilidad, ahorraré mucho dinero que guardaré en el bolsillo, pues quiero darle a mi padre un bonito abrigo de paño. Pero, ¡qué digo! Se lo haré todo de plata y oro con botones de brillantes. Ese pobre hombre se lo merece de verdad, porque, en suma, por comprarme los libros, se quedó en mangas de camisa… ¡y con este frío! Solo los padres son capaces de tales sacrificios».

Mientras así, conmovido, decía esto, le pareció oír a lo lejos una música de pífanos y tambores: *pi-pi-pi, pi-pi-pi*, *zum-zum-zum*.

Se paró y se puso a escuchar. Esos sonidos sonaban a lo lejos de una larguísima calle que conducía a un pueblecito levantado en una playa al lado del mar.

—¿Qué es esta música? Lástima que deba ir a la escuela, pues si no…

Y se quedó ahí confundido. De cualquier modo, era necesario tomar una decisión: o a la escuela o a escuchar los pífanos.

—Hoy iré a escuchar los pífanos, y mañana iré a la escuela: para ir a la escuela siempre hay tiempo —dijo finalmente este pilluelo, alzando los hombros.

Dicho y hecho, enfiló por la calle y se puso a correr dando grandes zancadas. Cuanto más se acercaba, más nítido oía el sonido de los pífanos y los golpes a los bombos: *pi-pi-pi*, *pi-pi-pi*, *pi-pi-pi*, *zum*, *zum*, *zum*, *zum*.

Al cabo se encontró en medio de una plaza llena de gente, la cual se apiñaba en torno a una enorme caseta de madera, cubierta por una tela pintada de mil colores.

—¿Qué hay en esa caseta? —preguntó Pinocho, volviéndose a un muchachito del lugar.

—Lee el cartel y lo sabrás.

—Lo leería con gusto, pero justamente hoy no sé leer.

—¡Felicitaciones! Entonces te lo leeré yo. En ese cartel de letras rojas como el fuego está escrito: gran teatro de las marionetas.

—¿Y hace mucho que comenzó la función?

—Ya va a comenzar.

—¿Y cuánto cuesta la entrada?

—Cuatro pesos.

Pinocho, que era presa de la fiebre de la curiosidad, perdió cualquier reserva y le dijo sin pena al jovenzuelo con el que hablaba:

—¿Me prestarías cuatro pesos y te los devuelvo mañana?

—Te los daría con gusto —le respondió el otro en tono de burla—, pero justamente hoy no te los puedo dar.

—Te vendo mi chaqueta por cuatro pesos —le dijo entonces la marioneta.

—¿Y qué quieres que haga con una chaqueta de papel florido? Si llueve, no hay manera de quitársela de encima.

—¿Quieres entonces comprarme mis zapatos?

—Solo me servirían para encender el fuego.

—¿Y cuánto me das por mi gorro?

—¡Sería una gran adquisición! ¡Un gorro de miga de pan! Los ratones podrían venir a comerse mi cabeza.

Pinocho estaba decidido. Iba a hacer su última oferta, pero le faltaba valor: dudaba, vacilaba, sufría. Al final dijo:

—¿Quieres darme cuatro pesos por esta cartilla nueva?

—Yo soy un niño y no compro nada de niños —le respondió su pequeño interlocutor que tenía mucho más juicio que él.

—Por cuatro pesos yo compro la cartilla —gritó un revendedor de paños usados que presenciaba la conversación.

Y el libro fue vendido sin más trámite. ¡Y pensar que el buen hombre de Geppetto se había quedado en casa temblando del frío en mangas de camisa para poder comprarle la cartilla a su hijito!

X

Las marionetas reconocen a su hermano Pinocho y le hacen una gran fiesta. En el mejor momento sale la marioneta Comefuego y Pinocho corre el peligro de salir mal librado.

Cuando Pinocho entró en el teatrino de marionetas, sucedió algo que casi desencadena una revolución.

Es necesario saber que el telón estaba arriba y la función ya había comenzado.

Sobre el escenario se veían a Arlequín y a Polichinela que discutían entre ellos y, como era su costumbre, se amenazaban con darse bofetones y bastonazos.

El público, todo atento, soltaba grandes carcajadas al presenciar la disputa de estas dos marionetas que actuaban y se insultaban con tanta propiedad, como si fueran dos animales racionales y dos personas de este mundo.

En cierto momento, de repente, Arlequín dejó de recitar y, volviéndose al público y señalando con la mano a alguien al fondo de la platea, comenzó a gritar en tono dramático:

—¡Dioses del firmamento! ¿Sueño o estoy despierto? ¿No es acaso Pinocho ese que está allá?

—Es el mismísimo Pinocho —gritó Polichinela.

—El mismo —aulló la señora Rosaura, que hacía de flor en la parte de atrás del escenario.

—¡Es Pinocho, es Pinocho! —gritaron en coro todas las marionetas, saliendo de los bastidores—. ¡Es Pinocho! ¡Nuestro hermano Pinocho! ¡Viva Pinocho!

—¡Pinocho, ven acá conmigo! —clamó Arlequín—. ¡Ven a que te abracen tus hermanos de palo!

Ante esta afectuosa invitación, Pinocho dio un brinco y pasó del fondo de la platea hacia delante, a los puestos de lujo. Luego, con otro salto, de los puestos de lujo se montó en la cabeza del director de orquesta, y de allí se lanzó al tablado.

Es imposible imaginarse los abrazos, los estrujones, los pellizcos de amistad y los cabezazos de verdadera y sincera hermandad que Pinocho recibió, en medio de la confusión, de los actores y actrices de aquella compañía dramático-vegetal.

Este espectáculo fue conmovedor, sobra decirlo. Pero el público de la platea, viendo que la función no proseguía, se impacientó y se puso a gritar:

—¡Que siga la función, que siga la función!

El esfuerzo fue en vano, porque las marionetas, en vez de continuar la representación, redoblaron el escándalo y la bulla y, montando a Pinocho sobre sus espaldas, lo llevaron victorioso hacia las luces del teatro.

Entonces salió el titiritero, un hombre tan feo que asustaba con solo mirarlo. Tenía una barba negra como un garabato de tinta y era tan larga que le llegaba hasta el suelo: basta decir que, cuando caminaba, se la pisaba con los pies. Su boca era enorme como un horno, sus ojos parecían dos lámparas de vidrio rojo encendidas y con sus manos hacía chasquear un látigo hecho de serpientes y colas de zorro.

La súbita aparición del titiritero los enmudeció a todos: nadie volvió a respirar. Se hubiera podido oír el vuelo de una mosca. Esas pobres marionetas, hombres y mujeres, temblaban como hojas.

—¿Por qué viniste a alborotar mi teatro? —preguntó el titiritero a Pinocho, con el vozarrón de un orco con gripa.

—Créame, ilustrísimo, que la culpa no es mía.

—¡Cállate! Esta noche arreglaremos cuentas.

De hecho, al final de la función, el titiritero fue a la cocina, donde se le preparaba, para la cena, un gran cordero, que giraba ensartado en el asador. Y como faltaba leña para terminarlo de cocinar, llamó a Arlequín y a Polichinela y les dijo:

—Tráiganme acá esa marioneta que se encontraron… Parece una marioneta hecha de una madera bastante seca y estoy seguro de que, si lo boto al fuego, aportará al fuego del asado con una bonita llamarada.

Arlequín y Polichinela al principio titubearon. Pero aterrorizados por las miradas de su dueño, obedecieron y al rato volvieron a la cocina, cargando en los brazos al pobre Pinocho, que, sacudiéndose como una anguila fuera del agua, gritaba desesperadamente:

—¡Padre mío, sálvame! No quiero morir, no quiero morir.

XI

El Comefuego estornuda y perdona a Pinocho, que luego salva de la muerte a su amigo Arlequín.

El titiritero Comefuego (este era su nombre) parecía un hombre pavoroso, no digo que no, sobre todo por esa barba negra que, como un mandil, le cubría todo el pecho y todas las piernas; pero en el fondo no era un hombre malvado. Una prueba de esto era que, cuando tuvo en frente al pobre Pinocho que trataba de zafarse de mil maneras gritando: «No quiero morir, no quiero morir», comenzó a conmoverse y apiadarse; y después de haber resistido un buen rato, al final no pudo más y dejó escapar un sonorísimo estornudo.

Tras este estornudo Arlequín, que hasta ese momento se había sentido triste y se había deshecho como un sauce llorón, se le iluminó la cara y, arrimándose a Pinocho, le susurró:

—¡Buenas noticias, hermano! El titiritero estornudó y esto es señal de que se ha compadecido por ti y entonces te has salvado.

Porque es necesario saber que, mientras todos los hombres, cuando alguien los conmueve, lloran o, por lo menos hacen el amague de secarse las lágrimas, Comefuego, al contrario, cada vez que se enternecía de verdad tenía el vicio de estornudar. Era un modo como cualquier otro de dar a conocer a los demás la sensibilidad de su corazón.

Después de haber estornudado, el titiritero, haciéndose el gruñón, le gritó a Pinocho:

—¡Deja ya de llorar! Tus lamentos me han abierto un hueco en el estómago… siento un ansia que casi, casi… —y estornudó dos veces más.

—¡Salud! —dijo Pinocho.

—Gracias. ¿Y tu padre y tu madre aún están vivos? —le preguntó Comefuego.

—Mi padre, sí; a mí madre nunca la conocí.

—¡Quién sabe qué disgusto sería para tu viejo padre si decidiera echarte ahora mismo entre estos carbones ardientes! ¡Pobre viejo, lo compadezco!… —y estornudó tres veces más.

—¡Salud!

—¡Gracias! Por lo demás, es necesario que me compadezcan también a mí, porque, como ves, no tengo
más leña para asar ese cordero asado, y tú, para decirte la verdad, en este caso me hubieras hecho un gran favor. Pero me apiadé y solo me queda armarme de paciencia. En vez de ti, pondré a quemar en el asador a alguna marioneta de mi compañía. ¡Gendarmes!

A esta orden, aparecieron de inmediato dos gendarmes de madera, largos largos, secos secos, con el pelo de la cabeza iluminado y un sable desenfundado en la mano.

Entonces el titiritero les dijo con voz agónica:

—Agarren a Arlequín, amárrenlo bien y luego arrójenlo al fuego. Quiero que mi cordero quede bien asado.

¡Imagínense al pobre Arlequín! Fue tanto su pavor, que las piernas se le doblaron y cayó de bruces en el suelo.

Pinocho, ante este desgarrador espectáculo, fue a lanzarse a los pies del titiritero y, llorando desconsolado y bañando en lágrimas todos los pelos de la larguísima barba, comenzó a decir con voz suplicante:

—¡Piedad, señor Comefuego!

—Aquí no hay señores —replicó duramente el titiritero.

—¡Piedad, señor caballero!

—Aquí no hay caballeros.

—¡Piedad, señor comendador!

—Aquí no hay comendadores.

—¡Piedad, su excelencia!

Al oírse llamar excelencia, el titiritero de inmediato estiró la boca y, de repente más humano y cordial, dijo a Pinocho:

—Bueno, ¿qué quieres de mí?

—Te pido que le concedas el indulto al pobre Arlequín.

—Ya no más indultos. Si te he perdonado la vida a ti, debo echarlo al fuego a él, porque quiero que mi cordero se dore bien.

—En este caso —gritó fieramente Pinocho, irguiéndose y botando su gorro de miga de pan—, en este caso sé cuál es mi deber. ¡Adelante, señores gendarmes! Átenme y arrójenme entre las llamas. No, no es justo que el pobre Arlequín, mi verdadero amigo, deba morir por mí.

Estas palabras, pronunciadas en voz alta y con acento heroico, hicieron llorar a todas las marionetas que estaban presentes en el escenario. Los mismos gendarmes, aunque eran de palo, lloraban como dos corderitos recién nacidos.

Comefuego al principio se mantuvo impertérrito como un pedazo de hielo, pero luego poco a poco comenzó él también a conmoverse y a estornudar. Y tras cuatro o cinco estornudos, abrió afectuosamente los brazos y le dijo a Pinocho:

—Eres un gran muchacho: ven acá y me das un beso.

Pinocho corrió y, trepándose como una ardilla por la barba del titiritero, fue a darle un cariñosísimo beso en la punta de la nariz.

—¿Entonces me salvé? —preguntó el pobre Arlequín, con un hilo de voz que apenas se escuchaba.

—Te salvaste —respondió Comefuego, y luego añadió suspirando y meneando la cabeza:

—¡Está bien! Por esta noche me resignaré a comerme el cordero medio crudo, pero, la próxima vez, ¡ay del que le toque!

Con la noticia del perdón obtenido, las marionetas corrieron sobre el escenario y, prendidas las luces y las lámparas como en una velada de gala, comenzaron a saltar y a bailar. Cuando llegó el alba, seguían bailando.

XII

El titiritero Comefuego le regala cinco monedas de oro a Pinocho, para que se las lleve a su padre Geppetto, y Pinocho se las deja birlar de la Zorra y el Gato y se va con ellos.

Al día siguiente Comefuego llamó aparte a Pinocho y le preguntó:

—¿Cómo se llama tu padre?

—Geppetto.

—¿Y qué hace para ganarse la vida?

—Ser pobre.

—¿Y gana mucho?

—Gana lo suficiente para no tener nunca un centavo en el bolsillo. Imagínese que, para comprarme la cartilla de la escuela, debió vender el único abrigo que tenía: un abrigo que, con parches y remiendos, era un desastre.

—Pobre diablo, me da pesar. Ten estas cinco monedas de oro. Ve y se las llevas y salúdalo de parte mía.

Pinocho, como era de suponer, agradeció mil veces al titiritero, abrazó una a una a todas las marionetas de la compañía y, fuera de sí de la alegría, emprendió su camino de regreso a casa.

Pero no había alcanzado a hacer medio kilómetro, cuando se encontró en el camino a una Zorra coja de un pie y un Gato ciego de los dos ojos, que iban por ahí, ayudándose entre ellos como buenos compañeros de infortunio. La Zorra, que era coja, caminaba apoyándose en el Gato, y el Gato, que era ciego, se dejaba guiar por la Zorra.

—Buen día, Pinocho —le dijo la Zorra, saludándolo amablemente.

—¿Cómo es que sabes mi nombre? —preguntó la marioneta.

—Conozco bien a tu padre.

—¿Dónde lo viste?

—Lo vi ayer en la puerta de su casa.

—¿Y qué hacía?

—Estaba en mangas de camisa y temblaba del frío.

—¡Pobre padre! Pero, si Dios quiere, de hoy en adelante no volverá a sentir frío.

—¿Por qué?

—Porque me he vuelto un gran señor.

—¿Un gran señor tú? —dijo la Zorra y comenzó a reírse grosera y burlonamente; y el Gato también se reía, pero para disimular se peinaba los bigotes con las patas delanteras.

—No hay nada de qué reírse —vociferó Pinocho resentido—. Lamento aguarles la fiesta, pero estas que ven aquí son cinco preciosas monedas de oro.

Y mostró las monedas que le había regalado Comefuego.

Al simpático sonido de estas monedas, la Zorra, involuntariamente, estiró la pata que parecía como encogida y el Gato entornó los dos ojos que parecían dos linternas verdes. Pero luego los cerró de repente, de modo que Pinocho no alcanzó a darse cuenta de nada.

—Y ahora —le preguntó la Zorra—, ¿qué quieres hacer con esas monedas?

—Antes que nada —respondió la marioneta—, quiero comprarle a mi padre un bonito abrigo nuevo, de oro y plata, con botones de brillantes. Y luego quiero comprar una cartilla para mí.

—¿Para ti?

—Sí, porque quiero ir a la escuela y ponerme a estudiar de verdad.

—¡Mírame a mí! —dijo la Zorra—. Por el estúpido afán de estudiar, perdí una pierna.

—¡Mírame a mí! —dijo el Gato—. Por el estúpido afán de estudiar, perdí la vista en cada uno de mis ojos.

En ese momento, un Mirlo blanco, que estaba apostado en la acera de la calle, dijo a su vez:

—Pinocho, no les hagas caso a tus malos compañeros; si lo haces, ¡te arrepentirás!

Pobre Mirlo, ¡mejor no hubiera hablado! El Gato, dando un gran salto, se le fue encima y, sin darle tiempo a musitar una palabra, se lo zampó de un bocado, con plumas y todo.

Luego de comérselo y de haberse limpiado la boca, cerró los ojos y volvió a hacerse el ciego como antes.

—Pobre Mirlo —dijo Pinocho al Gato—, ¿por qué lo has tratado tan mal?

—Fue para darle una lección. Para que aprenda que, la próxima vez, no debe inmiscuirse en los asuntos de los demás.

Ya habían llegado a mitad de la calle, cuando la Zorra, deteniéndose de repente, dijo a la marioneta:

—¿Quieres multiplicar tus monedas de oro?

—¿Cómo así?

—¿Quieres convertir tus cinco miserables monedas de oro en cien, o mil, o dos mil?

—¡Por supuesto! ¿Qué hay que hacer?

—Muy fácil. En vez de regresar a tu casa, deberías venir con nosotros.

—¿A dónde?

—Al País de los Gaznápiros.

Pinocho lo pensó un momento y luego dijo resueltamente:

—No, no quiero ir. Estoy cerca de casa y ya quiero llegar a ver a mi padre, que me espera. Quién sabe cuánto ha suspirado ayer al no verme regresar. Por desgracia, he sido un mal hijo y el Grillo parlante tenía razón cuando decía: «A los niños desobedientes no les va bien en este mundo». Y

yo lo he comprobado a mi pesar, porque han ocurrido muchas desgracias, e incluso ayer por la noche en la casa del Comefuego he corrido peligro… ¡*Brrr*! Me dan escalofríos de solo acordarme.

—Entonces —dijo la Zorra—, ¿quieres irte a tu casa? Ve, tanto peor para ti.

—¡Tanto peor para ti! —repitió el Gato.

—Piénsalo bien, Pinocho, porque le estás dando una patada a la suerte.

—¡A la suerte! —repitió el Gato.

—Tus cinco monedas de oro se convertirían, de un día para otro, en dos mil.

—¡Dos mil! —repitió el Gato.

—¿Pero cómo es posible que se vuelvan tantas? —preguntó Pinocho, con la boca abierta del asombro.

—Te lo explico de inmediato —dijo la Zorra—. Es necesario saber que en el País de los Gaznápiros hay un terreno bendito, al que todos llaman el Campo de los Milagros. Tú haces en este terreno un pequeño hueco y metes adentro, por ejemplo, una moneda de oro. Luego vuelves a llenar el hueco con tierra, lo riegas con dos cubetas de agua de la fuente, echas una pizca de sal y a la noche te vas tranquilamente a dormir. Mientras tanto, la moneda germina y florece, y a la mañana siguiente, al volver al campo, ¿con qué te encuentras? Con un árbol cargado con tantas monedas de oro como granos puede haber en una espiga en el mes de junio.

—Entonces —dijo Pinocho cada vez más asombrado—, ¿si yo entierro en este terreno mis cinco monedas de oro, a la mañana siguiente cuántas monedas encontraré?

—Es un cálculo facilísimo —respondió la Zorra—, un cálculo que puedes hacer con los dedos de la mano. Pon que cada moneda te reporte quinientas monedas: multiplica quinientos por cinco, y a la mañana siguiente tendrás en tu bolsillo dos mil quinientas monedas, contantes y sonantes.

—¡Oh, qué maravilla! —gritó Pinocho, bailando de la alegría—. Apenas recoja esa cantidad de monedas, cogeré dos mil para mí y los otros

quinientos se los daré a ustedes dos de regalo.

—¿Un regalo para nosotros? —exclamó la Zorra, con un gesto de desdén y casi ofendida—. ¡Dios nos libre!

—¡Dios nos libre! —repitió el Gato.

—Nosotros —retomó la Zorra— no trabajamos por intereses mezquinos: nosotros trabajamos únicamente para enriquecer a los demás.

—¡A los demás! —repitió el Gato.

«Qué gente valiosa», pensó para sí Pinocho. Y, olvidándose ahí mismo de su padre, de su abrigo nuevo, de la cartilla y de todos sus buenos propósitos, dijo entonces a la Zorra y al Gato:

—Vamos entonces: voy con ustedes.

XIII

La Hostería del Cangrejo Rojo.

Tras caminar y caminar y caminar, cuando la tarde ya iba a morir, llegaron muertos del cansancio a la Hostería del Cangrejo Rojo.

—Detengámonos acá —dijo la Zorra—. Comamos un poco y reposemos unas horas. A medianoche reemprenderemos el viaje, para lograr llegar mañana al alba al Campo de los Milagros.

Entraron a la Hostería y se sentaron los tres en una mesa, pero ninguno de ellos tenía apetito.

El pobre Gato, sintiéndose gravemente indispuesto del estómago, no pudo comer otra cosa que treinta y cinco salmonetes con salsa de tomate y cuatro porciones de tripas a la parmesana, y como la tripa no le parecía suficientemente aliñada, tres veces pidió mantequilla y queso rallado.

La Zorra también habría devorado con gusto cualquier cosa, pero como el médico le había ordenado una dieta rigurosísima, se debió contentar apenas con un liebre de sabor dulzón, acompañada de pollos y gallos tiernos. Después de la liebre se hizo llevar, para completar, un guiso de perdiz, conejo, rana, lagarto y uva del paraíso. Y luego no quiso nada más. La comida le había producido tantas náuseas, decía ella, que no podía acercarse nada a la boca.

El que menos comió fue Pinocho. Pidió un montoncito de nueces y un pedazo de pan, y dejó en el plato las dos cosas. El pobre, con el pensamiento fijo en el Campo de los Milagros, se había indigestado anticipadamente con las monedas de oro.

Cuando terminaron de cenar, la Zorra dijo al hostelero:

—Danos dos buenas habitaciones, una para el señor Pinocho y otra para mí y mi compañero. Antes de proseguir el viaje nos echaremos una siesta.

Sin embargo recuerda que, a medianoche, queremos que nos despierten para continuar nuestro viaje.

—Sí, señores —respondió el hostelero, y picó el ojo a la Zorra y al Gato como diciendo: «Ya entendí. Estoy con ustedes».

Apenas Pinocho se metió a la cama, se durmió y comenzó a soñar. Y soñaba que estaba en mitad de un campo, y que este campo estaba lleno de árboles cargados de racimos, y que estos racimos estaban llenos de monedas de oro, que, al balancearse por el viento, hacían *zin*, *zin*, *zin*, como queriendo decir: «quien quiera venga a tomarnos». Pero cuando Pinocho estaba en la mejor parte, cuando extendió la mano para coger una manotada de estas monedas y metérselas al bolsillo, se despertó de repente por tres violentísimos golpes en la puerta de su habitación.

Era el hostelero que venía a decirle que ya era medianoche.

—¿Y mis compañeros ya están listos? —le preguntó la marioneta.

—Más que listos. Partieron hace dos horas.

—¿Y por qué tanta prisa?

—Porque el Gato recibió una embajada en la que se le informaba que el gato mayor, enfermo de sabañones en los pies, estaba en peligro de muerte.

—¿Y pagaron la cena?

—¡Cómo se le ocurre! Son personas muy educadas para haberlo injuriado de esa manera.

—¡Lástima! Me hubiera gustado ser víctima de esa afrenta —dijo Pinocho, rascándose la cabeza. Entonces preguntó:

—¿Y dónde dijeron que me iban a esperar?

—En el Campo de los Milagros, mañana al despuntar el alba.

Pinocho pagó una moneda de oro por su cena y por la de sus compañeros, y luego partió.

Pero se puede decir que se marchó a tientas, porque afuera de la Hostería era tal la oscuridad que no se podía ver más allá de la punta de la nariz. Y en el campo no se oía el aleteo de una hoja. Solamente algunos pájaros nocturnos, que atravesaban la calle de una acera a la otra, venían a batir sus

alas en la nariz de Pinocho, que, saltando hacia atrás del miedo, gritaba: «¿Quién está ahí?», y el eco de las colinas alrededor repetía desde lejos: «¿Quién está ahí?¿Quién está ahí?¿Quién está ahí?».

Mientras caminaba, vio en el tronco de un árbol un animalito que titilaba con una luz pálida y opaca, como una veladora dentro de una lámpara de porcelana transparente.

—¿Quién eres? —le preguntó Pinocho.

—Soy la sombra del Grillo parlante —respondió el animalito, con una vocecita débil que parecía venir del más allá.

—¿Qué quieres de mí? —dijo la marioneta.

—Quiero darte un consejo. Regresa y lleva las cuatro monedas que te quedan a tu pobre padre que llora y se desespera por no verte.

—Mañana mi padre será un gran señor, porque estas cuatro monedas se volverán dos mil.

—No te confíes de quienes prometen hacerte rico de la noche a la mañana. Por lo general, o están locos o son embaucadores. Hazme caso, vuelve a casa.

—Yo en cambio quiero seguir adelante.

—Ya es tarde…

—Quiero seguir adelante.

—La noche es oscura…

—Quiero seguir adelante.

—El camino es traicionero…

—Quiero seguir adelante.

—Recuerda que los niños que quieren actuar según su capricho, tarde o temprano se arrepienten.

—Otra vez las mismas historias. Buenas noche, Grillo.

—Buenas noche, Pinocho, y que el cielo te salve de los chaparrones y de los asesinos.

Apenas dijo estas últimas palabras, el Grillo parlante se apagó de repente como se apaga una vela al soplarla, y el camino se hizo más oscuro que antes.

XIV

Pinocho, por no hacer caso a los buenos consejos del Grillo parlante, se topa con los asesinos.

«De verdad —se dijo la marioneta reanudando el viaje—, ¡cómo somos de infortunados nosotros los niños! Todos nos gritan, todos nos reprenden, todos nos dan consejos. Si se lo permitiéramos, todos se volverían nuestros padres y nuestros maestros: todos, incluso los Grillos parlantes. Miren: como no he querido hacer caso de ese fastidioso Grillo, quién sabe cuántas desgracias, según él, me deberían ocurrir. Debería incluso encontrarme con asesinos. Menos mal no creo en
asesinos, ni he creído nunca en ellos. Para mí, los asesinos fueron inventados aposta por los papás para asustar a los niños que quieren salir por la noche. Y aunque me los encontrara en la calle, ¿me darían miedo? Ni en sueños. Me les enfrentaría gritando: "Señores asesinos, ¿qué quieren de mí? Les recuerdo que conmigo no se juega. Vayan calladitos a ocuparse de sus cosas". Gracias a mi locuacidad, esos pobres asesinos, ya me parece verlos, huirían como el viento. Y en caso de que fueran tan maleducados para no huir, entonces huiría yo y zanjaría el asunto…».

Pero Pinocho no pudo concluir su razonamiento, porque en este punto le pareció oír detrás suyo un ligerísimo crujir de hojas.

Se volvió para mirar, y vio en la oscuridad dos siluetas negras, como envueltas en dos sacos de carbón, las cuales corrían detrás de él a saltos y en las puntas de los pies, como si fueran fantasmas.

«De verdad están acá», dijo para sí y, sin saber dónde esconder sus cuatro monedas de oro, las escondió en la boca, justo debajo de la lengua.

Luego intentó escapar. Pero no había dado el primer paso, cuando se sintió sujeto por los brazos y oyó dos voces horribles y cavernosas que le dijeron:

—¡La bolsa o la vida!

Pinocho, al no poder responder pues tenía las monedas en la boca, hizo mil muecas y pantomimas, para dar a entender al par de encapuchados —de los que solo se les veían los ojos por dos rotos en los sacos— que él solo era una pobre marioneta y que ni siquiera tenía en el bolsillo un centavo de mentiras.

—¡Vamos, vamos, menos charla y más dinero! —gritaron amenazadoramente los dos maleantes.

Y la marioneta hizo con las manos y con la cabeza el gesto de que no tenía nada.

—Saca el dinero o morirás —dijo el asesino de mayor estatura.

—¡Morirás! —repitió el otro.

—Y después de matarte a ti, mataremos a tu padre.

—¡No, no, no, a mi padre no! —gritó Pinocho desesperado, pero al gritar así, las monedas le sonaron en la boca.

—¡Ah, bribón! Con que escondiste el dinero debajo de la lengua… ¡Escúpelo ya!

Y Pinocho, quieto.

—Ah, ¿te haces el sordo? Espérate que te lo haremos escupir.

De hecho uno de ellos aferró a la marioneta por la punta de la nariz y el otro lo agarró por la barbilla, y comenzaron a sacudirlo violentamente, cada uno hacia un lado distinto, a ver si lograban abrirle la boca. Pero no hubo manera. La boca de la marioneta parecía clavada y remachada.

Entonces el asesino más bajo de estatura sacó un cuchillo y, a modo de palanca, se lo fue poniendo entre los labios, pero Pinocho, ágil como un relámpago, le mordió la mano con los dientes y, después de habérsela arrancado de un mordisco, la escupió. E imagínense su asombro cuando, en vez de una mano, se dio cuenta de que había escupido la zarpa de un gato.

Envalentonado con esta primera victoria, forcejeó y se liberó de las garras de los asesinos y, saltando sobre los setos al lado del camino, comenzó a huir por el campo, y los asesinos a correr detrás de él como perros persiguiendo una liebre. Y el que había perdido su zarpa corría, sin saberse cómo, con una sola pierna.

Después de correr quince kilómetros, Pinocho no pudo más. Entonces, viéndose perdido, se trepó a un pino altísimo y se sentó en la rama más alta. Los asesinos intentaron montarse también ellos, pero, al llegar a la mitad del tronco, se resbalaron y, al precipitarse contra el suelo, se rasparon las manos y los pies.

Pero no por esto se dieron por vencidos. Recogieron un montón de leña seca, la pusieron al pie del pino e iniciaron un fuego. Y en menos de lo que canta un gallo el pino comenzó a encenderse y a arder. Pinocho, viendo que las llamas subían cada vez más, y dado que no quería terminar como un pollo asado, dio un gran salto desde la punta del árbol, y siguió corriendo a través del campo y los viñedos. Y los asesinos detrás, siempre detrás, sin cansarse nunca.

Mientras comenzaba a apagarse el día y no dejaban de perseguirlo, Pinocho de repente no pudo continuar, pues se encontró ante un foso enorme, profundísimo, lleno de agua sucia, color café, lechosa. ¿Qué hacer? «¡Uno, dos, tres!», gritó la marioneta y, lanzándose después de tomar un gran impulso, saltó al otro lado. Y los asesinos también se lanzaron, pero como no habían hecho bien el cálculo… *rataplán*, cayeron en medio del foso. Pinocho, al oír el ruido sordo con el que caían al agua, gritó riendo y sin dejar de correr:

—Buen baño, señores asesinos.

Y cuando ya se los imaginaba bien ahogados, se volteó a mirar y se percató de que seguían corriendo detrás de él, siempre envueltos en sus sacos y chorreando agua como dos canastos desfondados.

XV

Los asesinos persiguen a Pinocho y, después de haberlo alcanzado, lo cuelgan en la rama de un roble gigante.

Entonces la marioneta, perdiendo el ánimo, estuvo a punto de lanzarse a la tierra y darse por vencido, cuando, al mirar en torno, vio en medio del oscuro verde de los árboles, a lo lejos, el blanco destello de una casita cándida como la nieve.

«Si tuviese el aliento de llegar hasta esa casa, quizás pueda salvarme», se dijo.

Y sin dudarlo un instante, reemprendió la carrera a toda velocidad en medio del bosque. Y los asesinos siempre detrás.

Y después de una correr por casi dos horas, jadeante, llegó a la puerta de la casita y tocó.

Nadie respondió.

Volvió a tocar con más fuerza, porque sentía cada vez más cerca el rumor de los pasos y la respiración pesada y afanosa de sus perseguidores. El mismo silencio.

Notando que tocar no lo iba a llevar a nada, comenzó desesperado a darle patadas y puños a la puerta. Entonces se asomó a la ventana una hermosa niña, con el pelo turquesa y la cara blanca como una imagen de cera, los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho que, sin mover los labios, dijo con una vocecita que parecía venir del otro mundo:

—En esta casa no hay nadie. Todos están muertos.

—Ábreme entonces tú —gritó Pinocho llorando e implorando.

—Yo también estoy muerta.

—¿Muerta? ¿Y entonces qué haces ahí en esa ventana?

—Espero el ataúd que me va a llevar.

Apenas dijo esto, la Niña desapareció y la ventana se cerró sin hacer ruido.

—Oh, hermosa Niña del pelo turquesa—gritaba Pinocho—, ábreme por favor. Ten piedad de este pobre niño perseguido por los asesis…

Pero no pudo terminar la palabra, porque se sintió agarrado del cuello. Y las mismas dos voces que gruñían amenazadoramente le dijeron:

—Ya no te vas a escapar.

La marioneta, viendo tan cerca la muerte, tembló tan fuertemente, que al sacudirse le sonaban las junturas de sus piernas de palo y las cuatro monedas de oro que tenía escondidas debajo de la lengua.

—¿Entonces? —le preguntaron los asesinos—, ¿quieres abrir la boca, sí o no? ¿No contestas?… Deja no más, que esta vez te la abriremos nosotros.

Y sacaron dos cuchillos largos y afilados como navajas y le asestaron dos golpes en medio de los riñones.

Pero la marioneta, para su fortuna, estaba hecha de una madera durísima, motivo por el cual las hojas, rompiéndose, se deshicieron en mil partes y los asesinos se quedaron con el mango de los cuchillos en la mano.

—Ya entendí —dijo uno de ellos—: es necesario colgarlo. ¡Colguémoslo!

—¡Colguémoslo! —repitió el otro.

Dicho y hecho: le ataron las manos detrás de la espalda y, haciendo un nudo corredizo en el cuello, lo amarraron y lo dejaron colgando de un ramo de una gran planta, denominada el Gran Roble.

Luego se quedaron ahí, sentados sobre la hierba, esperando a que la marioneta pataleara por última vez. Pero la marioneta, después de tres horas, seguía con los ojos abiertos, la boca cerrada y pataleaba más que nunca.

Al fin, aburridos de esperar, se volvieron hacia Pinocho y le dijeron sarcásticamente:

—Hasta mañana. Cuando volvamos mañana aquí, esperamos que tengas la decencia de encontrarte bien muerto y con la boca abierta.

Y se fueron.

Entre tanto, se había levantado un viento impetuoso de más allá de los montes que soplaba y rugía con rabia, zarandeando al pobre ahorcado, meciéndolo violentamente como el badajo de una campana que estuviera de fiesta. Y ese balanceo le provocaba agudísimos dolores y el nudo corredizo, apretándose cada vez más al cuello, le quitaba la respiración.

Poco a poco sus ojos se empañaron. Y si bien sentía acercarse la muerte, también esperaba a que, de un momento a otro, apareciera un alma caritativa que lo ayudara. Pero cuando, tras esperar y esperar, vio que nadie aparecía, absolutamente nadie, lo asaltó el recuerdo de su pobre padre… y balbució casi moribundo:

—¡Oh, padre mío! ¡Si tú estuvieras acá!…

Y no tuvo aliento para decir más. Cerró los ojos, abrió la boca, estiró la pata y, dando una grande sacudida, se quedó como tieso.

XVI

La bella Niña del pelo turquesa hace recoger a la marioneta, la mete y manda llamar a tres médicos para saber si está viva o muerta.

En ese momento en que el pobre Pinocho, colgado por los asesinos en una rama del Gran Roble, parecía más muerto que vivo, la bella Niña del pelo turquesa se asomó por la ventana y, compadecida ante la vista de aquel infeliz que, ahorcado, iba y venía al capricho del viento tramontano, batió tres veces las manos y dio tres pequeños golpes.

A esta señal, se sintió un gran ruido de alas que volaban con vertiginosa fogosidad, y un gran Halcón fue a posarse en el alféizar de la ventana.

—¿Qué quieres ordenar, mi preciosa Hada? —dijo el Halcón bajando el pico en señal de reverencia (porque es necesario saber que la Niña de pelo turquesa era a fin de cuentas una bondadosísima hada que desde hacía más de mil años vivía en la vecindad de ese bosque).

—¿Ves tú aquella marioneta que pende de la rama del Gran Roble?

—La veo.

—Pues vuela hacia ella, rompe con tu poderosísimo pico el nudo que la sostiene en el aire y, con delicadeza, déjala tendida sobre la hierba al lado del Roble.

El Halcón tomó vuelo y después de dos minutos volvió diciendo:

—Lo que me ordenaste ya está hecho.

—Y cómo la encontraste, ¿viva o muerta?

—Al verla, parecía muerta, pero aún no debe de estar muerta, porque apenas deshice el nudo corredizo que le apretaba el cuello dejó escapar un suspiro y balbució a media voz: «Ahora me siento mejor».

Entonces el Hada, batiendo las manos y dando dos pequeños golpes, hizo aparecer un magnífico Perro callejero, que caminaba orondo sobre las patas

traseras, tal cual como si fuera un hombre.

El Perro callejero estaba vestido de cochero, con una elegante librea. Tenía en la cabeza un sombrero de tres puntas galoneado de oro, una peluca blanca con rizos que le llegaban hasta el cuello, una chaqueta color chocolate con botones brillantes y con dos grandes bolsillos para guardar los huesos que le regalaba su dueña, unos pantalones cortos de terciopelo carmesí, medias de seda, escarpines recortados y, por detrás, una suerte de funda de raso azul para meter dentro la cola, en los momentos de lluvia.

—¡Ven acá, Medoro! —dijo el Hada al Perro callejero—. Ven rápido y engancha la más hermosa carroza de mi escudería y toma el camino del bosque. Cuando llegues al Gran Roble, encontrarás tendida sobre el pasto una pobre marioneta medio muerta. Recógela con cuidado, acomódala despacio sobre los cojines de la carroza y tráemela aquí. ¿Entendiste?

El Perro callejero, para mostrar que había entendido, agitó tres o cuatro veces la funda de raso azul que tenía detrás y partió como un caballo bereber.

En poco tiempo se le vio salir en una hermosa carroza color aire, toda adornada con plumas de canario y forrada adentro con nata batida y pasteles saboyanos. Cien parejas de ratones tiraban de la carroza, y el Perro callejero, sentado en el pescante, hacía chasquear la fusta a izquierda y derecha, como un chofer que tiene el temor de llegar tarde.

No había pasado siquiera un cuarto de hora, cuando la carroza volvió y el Hada, que estaba esperando sobre el vano de la casa, tomó del cuello a la pobre marioneta, la llevó a un cuarto que tenía las paredes de madreperla y mandó a llamar de inmediato a los médicos más famosos de los alrededores.

Y los médicos fueron llegando uno tras otro: primero un Cuervo, más tarde una Cigarra y al final un Grillo parlante.

—Señores, quisiera saber de ustedes —dijo el Hada, dirigiéndose a los tres médicos reunidos en torno al lecho de Pinocho—, quisiera saber si esta desventurada marioneta está viva o está muerta.

Ante esta invitación el Cuervo, adelantándose a todos, midió el pulso a Pinocho, luego le tocó la nariz, el dedo meñique del pie y, cuando hubo palpado bien, pronunció solemnemente estas palabras:

—Según mi parecer, la marioneta está bien muerta, pero si por desgracia no lo estuviera, entonces esto sería indicio de que está bien viva.

—Lo lamento —dijo la Cigarra—, pero debo contradecir al Cuervo, mi ilustre amigo y colega: para mí, por el contrario, la marioneta está bien viva; si por desgracia no lo estuviera, esto sería señal de que de verdad está muerta.

—¿Y usted no dice nada? —preguntó el Hada al Grillo parlante.

—Yo digo que el médico prudente, cuando no sabe lo que dice, lo mejor que puede hacer es quedarse callado. Por lo demás, a esta marioneta la conozco desde hace ya un tiempo.

Pinocho, que desde entonces había estado inmóvil como un verdadero pedazo de madera, tuvo una especie de espasmo que lo hizo sacudirse en el lecho.

—Esta marioneta —continuó diciendo el Grillo parlante— es un redomado bribón.

Pinocho abrió los ojos y los volvió a cerrar de nuevo.

—Es un pillo, un sinvergüenza, un vagabundo…

Pinocho escondió la cara debajo de las sábanas.

—Esta marioneta es un hijo desobediente que matará de un infarto a su pobre padre.

En este punto se oyó en la habitación un sonido sofocado de llantos y sollozos. Imagínense cómo quedaron todos cuando, al levantar un poco las sábanas, se dieron cuenta de que quien lloraba y sollozaba era Pinocho.

—Cuando el muerto llora, es señal de que se va a curar—dijo solemnemente el Cuervo.

—Me duele contradecirlo, mi ilustre amigo y colega —añadió la Cigarra —, pero, según mi opinión, cuando el muerto llora, es señal de que no quiere morir.

XVII

Pinocho come azúcar, pero no quiere purgarse. Cuando ve los sepultureros que vienen a llevárselo, entonces resuelve purgarse. Luego dice una mentira y, de castigo, le crece la nariz.

Apenas los tres médicos salieron de la habitación, el Hada se acercó a Pinocho y, después de tocarle la frente, se dio cuenta de que era presa de una fiebre brutal.

Entonces dejó caer un polvito blanco en medio vaso de agua y, ofreciéndoselo a la marioneta, le dijo amorosamente:

—Bébelo, y en pocos días estarás curado.

Pinocho vio el vaso, torció la boca y luego preguntó con voz melindrosa:

—¿Es dulce o amargo?

—Es amargo, pero te hará bien.

—Si es amargo, no lo quiero.

—Hazme caso: bébelo.

—A mí lo amargo no me gusta.

—Bébelo y, cuando la bebas, te daré una bolita de azúcar para quitarte el sabor de la boca.

—¿Dónde está la bolita de azúcar?

—Aquí —dijo el Hada, sacándola de una azucarera de oro.

—Quiero primero la bolita de azúcar y luego beberé ese menjunje amargo.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

El Hada le dio la bolita y Pinocho, después de haberla mordisqueado y tragado en un instante, dijo relamiéndose los labios:

—¡Sería muy bueno que el azúcar fuera una medicina! Me purgaría todos los días.

—Ahora mantén la promesa y bébete estas gotas de aguas, que te devolverán la salud.

Pinocho tomó de mala gana el vaso en la mano y metió dentro la punta de la nariz, luego se lo acercó a la boca, volvió a meter la punta de la nariz y finalmente dijo:

—¡Está muy amargo, está muy amargo! No lo puedo beber.

—¿Cómo lo puedes decir si ni siquiera lo has probado?

—¡Me lo imagino! Alcanzo a sentir el olor. Antes quiero otra bolita de azúcar… y luego lo beberé.

Entonces el Hada, con la paciencia infinita de una buena madre, le puso en la boca otra bolita de azúcar y luego le puso enfrente el vaso.

—Así no lo puedo beber —dijo la marioneta, haciendo mil muecas.

—¿Por qué?

—Porque me incomoda la almohada que tengo debajo de los pies.

El Hada le quitó el almohadón.

—¡Es inútil! Tampoco así lo puedo beber.

—¿Qué más te molesta?

—Me molesta que la puerta de la habitación esté entreabierta.

El Hada fue y cerró la puerta.

—En suma —gritó Pinocho, a punto de llorar—, ¡no quiero beber este brebaje amargo, no, no, no!

—Hijo mío, te arrepentirás.

—No me importa.

—Tu enfermedad es grave.

—No me importa.

—La fiebre te llevará en pocas horas al otro mundo.

—No me importa.

—¿No tienes miedo de la muerte?

—Nada de miedo… Prefiero morir a beber ese feo remedio.

En este punto, la puerta de la habitación de abrió de par en par y entraron cuatro conejos negros como la tinta que llevaban sobre la espalda un pequeño ataúd.

—¿Qué quieren de mí? —gritó Pinocho, enderezándose y aterrorizado sentándose en el lecho.

—Hemos venido a llevarte —respondió el conejo más grande.

—¿A llevarme?… Pero aún no estoy muerto.

—Todavía no, pero te quedan pocos minutos de vida, tras rechazar la bebida que te hubiera curado de la fiebre.

—¡Oh, Hada mía, Hadita mía! —comenzó a chillar la marioneta—, pásame rápido el vaso aquel. Apúrate, por favor, no quiero morir, no, no quiero morir.

Y tomó el vaso con las dos manos y se lo bebió de un sorbo.

—Está bien —dijeron los conejos—. Por esta vez hemos hecho el viaje en balde. —Y echándose de nuevo el ataúd sobre la espalda, salieron de la habitación gruñendo y murmurando entre dientes.

El hecho es que a los pocos minutos Pinocho saltó del lecho completamente sano; porque hace falta saber que las marionetas de madera tienen el privilegio de enfermarse en raras ocasiones y de curarse muy rápidamente.

Y el Hada, viéndolo correr y saltando por la habitación tan despierto y alegre como un tierno gallito, le dijo:

—¿Entonces mi medicina te hizo bien?

—Más que bien. ¡Me volvió a la vida!

—¿Y entonces por qué te hiciste tanto de rogar para tomártela?

—Lo que sucede es que los niños somos todos así. Nos da más miedo la medicina que el mal.

—¡Qué vergüenza! Los niños deberían saber que una buena medicina tomada a tiempo puede salvarlos de una enfermedad grave e incluso de la muerte.

—La próxima vez no me haré de rogar tanto. Me acordaré de esos conejos negros con el ataúd sobre sus espaldas… y entonces tomaré de inmediato el vaso en la mano, y de inmediato lo beberé.

—Ahora acércate un momento y cuéntame cómo fue que te encontraste en las manos de esos asesinos.

—Pasó que el titiritero Comefuego me dio algunas monedas de oro y me dijo: «Toma, llévaselas a tu padre», y yo, al andar por la calle, me encontré con la Zorra y el Gato, dos personas de bien que me dijeron: «¿Quieres que esas cinco monedas se conviertan en mil o en dos mil? Ven con nosotros y te conduciremos al Campo de los Milagros». Y yo les dije: «Vamos», y ellos dijeron: «Detengámonos aquí en la Hostería del Cangrejo Rojo, y después de la medianoche reemprenderemos el viaje». Y, cuando me desperté, ya se habían ido. Entonces comencé a caminar de noche, en medio de la más impenetrable oscuridad, en la que me topé a los dos asesinos dentro de dos sacos de carbón que me dijeron: «Saca las monedas que tengas», y yo dije: «No tengo», porque las cuatro monedas de oro las tenía escondidas debajo de la boca, y uno de los asesinos intentó meterme las manos a la boca, y yo con un mordisco le arranqué la mano y la escupí, pero en vez de una mano escupí una zarpa de gato. Y los asesinos se pusieron a perseguirme, y yo corra que corra, hasta que me alcanzaron y me colgaron en un árbol de este bosque y me dijeron: «Mañana volveremos acá, y entonces estarás muerto y con la boca abierta, y así nos podremos llevar las monedas de oro que escondes bajo la lengua».

—¿Y dónde tienes ahora esas cuatro monedas?
—le preguntó el Hada.

—Las he perdido —respondió Pinocho, pero dijo una mentira, porque las tenía en el bolsillo.

Apenas dijo la mentira, su nariz, que ya era larga, le creció dos dedos más.

—¿Y dónde las perdiste?

—En el bosque aquí cerca.

Tras esta segunda mentira, la nariz siguió creciendo.

—Si las perdiste en el bosque —dijo el Hada—, las buscaremos y las encontraremos: porque todo lo que se pierde en el bosque vuelve a aparecer.

—Ah, ya me acuerdo bien —agregó la marioneta enredándose—, no perdí las cuatro monedas de oro, sino que, sin darme cuenta, me las tragué al beberme la medicina.

Ante esta tercera mentira, la nariz se le alargó de un modo tan extraordinario que el pobre Pinocho no podía girarse hacia ningún lado. Si se daba vuelta, golpeaba la nariz contra la cama o contra los vidrios de la ventana; y si se daba vuelta hacia el otro lado, golpeaba las paredes o la puerta de la habitación, y si alzaba un poco la cabeza, corría el riesgo de picarle un ojo al Hada.

Y el Hada lo miraba y reía.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó la marioneta, confusa y pensativa respecto de la nariz que crecía ante sus ojos.

—Río de las mentiras que dices.

—¿Por qué sabes que miento?

—Las mentiras, hijo mío, se reconocen fácilmente, porque hay de dos especies: están las mentiras de patas cortas y las mentiras de nariz larga. Las tuyas, por cierto, son de nariz larga.

Pinocho, no sabiendo dónde esconderse de la vergüenza, intentó huir de la habitación. Pero no lo logró. Su nariz había crecido tanto, que no podía ir más allá de la puerta.

XVIII

Pinocho se encuentra de nuevo con la Zorra y el Gato y va con ellos a sembrar las cuatro monedas de oro en el Campo de los Milagros.

Como se pueden imaginar, el Hada dejó que la marioneta llorara y gritara una buena media hora, pues su nariz no pasaba de la puerta de la habitación. Y lo hizo para darle una lección y para corregirle el feo vicio de decir mentiras, el más feo vicio que pueda tener un niño. Pero cuando lo vio transformado y con los ojos desorbitados de la desesperación, movida por la piedad batió las manos y, a esta señal, entraron a la habitación por la ventana un millar de enormes pájaros llamados Carpinteros, los cuales, posados todos sobre la nariz de Pinocho, comenzaron a picotearlo una y otra vez, y en pocos minutos esa nariz enorme y desproporcionada se redujo a su tamaño natural.

—¡Cuán buena eres, Hada mía —dijo la marioneta secándose los ojos—, y cuánto te quiero!

—Yo también te quiero —replicó el Hada— y si quieres permanecer conmigo, serás mi hermanito y yo seré tu hermanita.

—Me quedaría con gusto… ¿pero mi pobre padre?

—He pensado en todo. Tu padre ya fue avisado y, antes de que se haga de noche, estará aquí.

—¿De verdad? —gritó Pinocho saltando de la alegría—. Entonces, Hadita mía, si estás de acuerdo, quiero ir a su encuentro. No veo la hora de poder darle un beso a ese pobre viejo que ha sufrido tanto por mí.

—Ve entonces, pero intenta no perderte. Toma el camino del bosque y así seguro te lo encontrarás.

Pinocho partió y, apenas entró en el bosque, comenzó a correr como un cervatillo. Pero cuando llegó a cierto punto, casi enfrente del Gran Roble, se

detuvo, porque le pareció haber oído gente entre los matorrales. De hecho vio aparecer en el camino, ¿adivinen a quién?… A la Zorra y al Gato, es decir a los dos compañeros de viaje con los cuales había cenado en la Hostería del Cangrejo Rojo.

—¡Mira a nuestro querido Pinocho!—gritó la Zorra abrazándolo y besándolo—. ¿Qué te trae por acá?

—¿Qué te trae por acá? —repitió el Gato.

—Es una larga historia —dijo la marioneta— y se la contaré con calma. Sepan que la otra noche, cuando me dejaron solo en la hostería, me topé con unos asesinos por el camino.

—¿Unos asesinos?… Oh, pobre amigo. ¿Y qué querían?

—Me querían robar las monedas de oro.

—¡Infames! —dijo la Zorra.

—¡Infamísimos! —repitió el Gato.

—Pero salí corriendo —continuó diciendo la marioneta— y ellos siempre estaban detrás persiguiéndome, hasta que me alcanzaron y me colgaron de una rama de aquel roble.

Y Pinocho señaló el Gran Roble que estaba ahí a dos pasos.

—¿Se puede oír una historia más horrible? —dijo la Zorra—. ¡En qué mundo estamos condenados a vivir! ¿Dónde encontraremos refugio seguro nosotros los hombres de bien?

Mientras hablaban así, Pinocho se dio cuenta de que el Gato estaba manco de la pata derecha de adelante, pues le faltaba toda la zarpa con sus garfas. Por lo cual le preguntó:

—¿Qué le ha sucedido a tu zarpa?

El Gato quería responder alguna cosa, pero se hizo un lío. Entonces la Zorra respondió aprisa:

—Mi amigo es muy modesto, y por eso no responde. Yo respondo por él. Mira que hace una hora nos hemos encontrado por el camino con un viejo lobo, casi muerto del hambre, que nos ha pedido limosna. Como solo teníamos para darle la espina de un pescado, ¿qué ha hecho mi amigo, que

tiene un corazón de oro? Se ha arrancado con los dientes una zarpa de sus patas delanteras y la ha lanzado a esta pobre bestia, para que pudiera desayunarse.

Y la Zorra, diciendo así, se secó una lágrima.

Pinocho, conmovido también él, se aproximó al Gato susurrándole al oído:

—¡Si todos los gatos se te parecieran, qué afortunados los ratones!

—¿Y qué haces tú por estos lares? —preguntó la Zorra a la marioneta.

—Espero a mi padre, que debe llegar de un momento a otro.

—¿Y tus monedas de oro?

—Las tengo siempre en el bolsillo, menos una que la gasté en la Hostería del Cangrejo Rojo.

—Y pensar que, en vez de cuatro monedas, ¡podrías tener mil o dos mil! ¿Por qué no haces caso a mi consejo? ¿Por qué no vas a sembrarlas en el Campo de los Milagros!

—Hoy es imposible: iré otro día.

—Otro día ya será tarde —dijo la Zorra.

—¿Por qué?

—Porque ese terreno fue comprado por un gran señor y, a partir de mañana, no se le permitirá a nadie sembrar allí su dinero.

—¿Y a cuánto estamos del Campo de los Milagros?

—Apenas a dos kilómetros. ¿Quieres venir con nosotros? En media hora estarás ahí: siembras las cuatro monedas, después de pocos minutos recoges dos mil y esta noche vuelves con los bolsillos repletos. ¿Quieres venir con nosotros?

Pinocho dudó un poco al responder, porque se le vino a la mente la buena Hada, el viejo Geppetto y las advertencias del Grillo parlante. Pero terminó haciendo lo que hacen todos los niños, sin ningún juicio y sin corazón; es decir, alzó un poco los hombros y les dijo a la Zorra y al Gato:

—Vamos entonces: voy con ustedes.

Y partieron.

Después de haber caminado medio día llegaron a una ciudad que tenía por nombre Atrapamentecatos. Apenas entraron en la ciudad, Pinocho vio todas las calles pobladas de perros pelados que bostezaban del hambre, de ovejas trasquiladas que temblaban del frío, de gallinas sin cresta y sin barbilla que pedían un grano de maíz de limosna, de enormes mariposas incapaces de volar porque habían vendido sus bellísimas alas de colores, de pavos sin cola que les daba vergüenza dejarse ver y de faisanes que pateaban en silencio, añorando sus refulgentes plumas de oro y plata perdidas para siempre.

En medio de esta multitud de mendigos y pobres vergonzantes, pasaban de tanto en tanto algunas carrozas señoriles con alguna zorra, alguna urraca ladrona y algún pajarraco de rapiña.

—¿Y el Campo de los Milagros dónde está? —preguntó Pinocho.

—Está aquí muy cerca.

Dicho y hecho, atravesaron la ciudad y, al salir de los murallas que la rodeaban, se detuvieron en un campo que, por donde se le mirara, era semejante a cualquier otro campo.

—Hemos llegado —dijo la Zorra a la marioneta—. Ahora agáchate, haz un hueco con las manos y mete ahí adentro las monedas de oro.

Pinocho obedeció: cavó el hueco, puso ahí las cuatro monedas que aún le quedaban y después volvió a cubrir el hueco con un poco de tierra.

—Ahora —dijo la Zorra—, ve a esa acequia vecina, toma un balde de agua y riega el terreno donde las sembraste.

Pinocho fue a la acequia y, como no había por ningún lado un balde, se sacó una zapatilla y, llenándola de agua, regó la tierra que cubría el hueco. Luego preguntó:

—¿Hay algo más que hacer?

—Nada más —respondió la Zorra—. Ahora podemos irnos. Vuelve en veinte minutos y encontrarás el árbol ya despuntando del suelo, con las ramas cargadas de monedas.

La pobre marioneta, fuera de sí de la alegría, les agradeció mil veces a la Zorra y al Gato, y les prometió un hermosísimo regalo.

—Nosotros no queremos regalos —respondieron los dos malandrines—. A nosotros nos basta con haberte enseñado el modo de enriquecerte sin trabajar tanto y más contentos que unas pascuas.

Dicho esto, se despidieron de Pinocho y, deseándole una buena cosecha, se fueron a hacer sus cosas.

XIX

A Pinocho le roban sus cuatro monedas de oro y, de castigo, resulta cuatro meses en prisión.

La marioneta, al volver a la ciudad, comenzó a contar los minutos uno a uno y, cuando le pareció que ya era el momento, retomó el camino que llevaba al Campo de los Milagros.

Y mientras caminaba a paso apurado, el corazón le latía fuerte y hacía *tic-tac*, *tic-tac*, como un reloj de sala cuando funciona de verdad. Y pensaba:

«¿Y si, en vez de mil monedas, me encontrase en las ramas del árbol con dos mil?¿Y si en vez de dos mil me encontrase con cinco mil? ¿Y si fueran más bien cien mil? ¡Oh, qué gran señor en el que me convertiría! Quisiera tener un gran palacio, mil caballitos de madera y mil escuderías para divertirme, una bodega llena de rosoli y alquermes, y alacenas repletas de confites, tortas, caramelos de almendra y barquillos rellenos de crema».

Así, fantaseando, se fue aproximando al campo, y ahí se detuvo a ver si había algún árbol con las ramas cargadas de monedas, pero no vio nada. Dio cien pasos más, y nada. Entró en el campo y fue derecho al lugar donde había cavado el hueco y enterrado sus monedas, y nada. Entonces se puso meditabundo y, olvidando las reglas de la urbanidad y la buena crianza, sacó una mano del bolsillo y se rascó largamente la cabeza.

En ese momento le zumbó en los oídos una gran carcajada y, al volverse, vio sobre un árbol un gran Papagallo, que se despiojaba las pocas plumas que tenía.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó Pinocho con voz alterada.

—Río, porque al despiojarme me he hecho cosquillas bajo de las alas.

La marioneta no respondió. Fue a la acequia y, llenando con agua la misma zapatilla, se puso de nuevo a regar la tierra con la que había

recubierto las monedas de oro.

Pero la misma risa, aun más fastidiosa que antes, se hizo sentir en la soledad silenciosa de aquel campo.

—Al fin —gritó Pinocho enojándose—, ¿se puede saber, Papagallo maleducado, de qué te ríes?

—Río de esos gaznápiros que creen en todas las tonterías y que se dejan entrampar por quien es más vivo que ellos.

—¿Acaso hablas de mí?

—Sí, hablo de ti, pobre Pinocho, de ti que eres tan ingenuo que crees que el dinero se puede sembrar y cosechar en los campos, como si se tratara de sembrar fríjoles y calabazas. También yo lo creí un día y hoy no tengo plumas. Hoy (¡pero muy tarde!) me he convencido de que, para ganar honestamente algún dinero, es necesario saberlo ganar o con el trabajo de las propias manos o con la inteligencia de la cabeza.

—No te entiendo —dijo la marioneta que ya comenzaba a temblar del susto.

—¡Está bien! Me explicaré mejor —añadió el Papagallo—. Debes saber entonces que, mientras estabas en la ciudad, la Zorra y el Gato volvieron a este campo, tomaron las monedas de oro enterradas y luego huyeron como el viento. ¡Y valiente el que sea capaz de alcanzarlos!

Pinocho se quedó con la boca abierta y, sin querer dar fe a las palabras del Papagallo, comenzó con las manos y las uñas a excavar el terreno que había regado. Cavó y cavó y cavó y terminó haciendo un hueco tan profundo que habría podido caber entero un haz de heno. Pero las monedas no estaban ahí.

Preso de la desesperación, volvió corriendo a la ciudad y se fue derecho a los tribunales, para denunciar ante el Juez a los dos malandrines que lo habían robado.

El Juez era un simio de la familia de los gorilas, un viejo simio respetable por su avanzada edad, su barba blanca y, sobre todo, sus gafas de oro, sin lentes, que estaba obligado a llevar siempre por una inflamación en un ojo que lo atormentaba desde hacía tiempo.

Pinocho, ante la presencia del Juez, contó con pelos y señales el vil engaño del que había sido víctima, dio el nombre, el apellido y la descripción de los malandrines, y remató pidiendo justicia.

El Juez lo escuchó magnánimo, se interesó vivamente por el relato, se enterneció, se conmovió y, cuando la marioneta no tenía más que decir, alargó la mano e hizo sonar una campanilla.

A esta campanada, aparecieron de repente dos mastines vestidos de gendarmes.

Entonces el Juez, señalándoles a Pinocho, les dijo:

—A este pobre diablo le han robado cuatro monedas de oro: agárrenlo y métanlo sin demora en una prisión.

La marioneta, oyendo esta sentencia, quedó tan sorprendida que no logró musitar palabra para protestar. Y los gendarmes, para no perder tiempo, le taparon la boca y lo condujeron a una celda.

Y allí estuvo cuatro meses, cuatro larguísimos meses. Y pudo haber estado más tiempo, si no hubiera sido por un afortunado acontecimiento. Porque es necesario saber que el joven Emperador que reinaba en la ciudad de los Atrapamentecatos, tras una victoria sobre sus enemigos, mandó organizar grandes fiestas públicas, espectáculos de fuegos artificiales, carreras de caballos y ciclistas y, como muestra de su total regocijo, quiso que fueran abiertas las cárceles y dejaran salir a todos los malandrines.

—Si los demás salen de prisión, yo también quiero salir —dijo Pinocho al carcelero.

—Tú, no —respondió el carcelero—, porque no eres como los demás.

—¿Perdón? —replicó Pinocho—. Yo también soy un malandrín.

—En este caso tienes toda la razón —dijo el carcelero y, levantándose la gorra, abrió la puerta de la prisión y lo dejó salir.

XX

Liberado de la prisión, toma el camino de regreso a la casa del Hada. Pero, a lo largo del camino, se encuentra con una serpiente horrible y luego cae en una trampa.

Imagínense la dicha de Pinocho al sentirse libre. Sin pensarlo un instante, salió rápido de la ciudad y enfiló por el camino que debía llevarlo a la casita del Hada.

Como era temporada de lluvias, el camino estaba empantanado y el lodo le llegaba hasta las rodillas. Pero la marioneta no se daba por enterada. Ansioso por volver a ver a su padre y a su hermanita de pelo turquesa, corría y daba saltos como un perro lebrel, y al correr le llegaba el barro hasta la coronilla. Entre tanto, se decía a sí mismo:

«¡Cuántas desgracias me han ocurrido!… Y me las merezco, porque soy una marioneta testaruda y quisquillosa… y quiero hacer siempre lo que se me da la gana, sin hacer caso a aquellos que me quieren y que tienen un juicio mil veces mejor que el mío… Pero me he propuesto, de aquí en adelante, cambiar de vida y volverme un niño juicioso y obediente. Sí, ya me di cuenta de que a los niños desobedientes no les sale nada bien y no dan pie con bola… ¿Mi padre me habrá esperado? ¿Me lo encontraré en la casa del Hada? Hace tanto tiempo que no lo veo, que me muero por consentirlo y llenarlo de besos… ¿Y el Hada me perdonará mis malas acciones?… Y pensar que he recibido de ella tantas atenciones y cuidados tan amorosos… Y pensar que, si hoy estoy vivo, es gracias a ella… ¿Es posible un niño más desagradecido y sin corazón que yo?».

Mientras decía esto, se detuvo de repente asustado y se devolvió unos pasos.

¿Qué fue lo que vio?

Había visto un gran Serpiente que se estiraba a lo largo del camino; tenía la piel verde, los ojos de fuego y la cola puntuda que humeaba como una

chimenea.

Imposible imaginarse el miedo de la marioneta, que, tras alejarse más de medio kilómetro, se sentó sobre un montón de piedras, esperando a que la Serpiente se fuera de una buena vez y dejara libre el camino.

Esperó una hora, dos horas, tres horas, pero la Serpiente seguía ahí, e incluso de lejos se veía el llamear de sus ojos y la columna de humo que le brotaba de la cola.

Entonces Pinocho, armándose de valor, se acercó a pocos pasos de distancia y, con una dulce vocecita, insinuante y sutil, dijo a la Serpiente:

—Disculpe, señora Serpiente, ¿me podría hacer el favor de hacerse un poco a un lado, para que yo pueda pasar?

Fue como hablarle a una pared: nada se movió.

Entonces, con la misma vocecita dijo:

—Debe saber, señora Serpiente, que voy a mi casa, donde me está esperando mi padre, a quien hace mucho tiempo no veo… ¿Me permite proseguir mi camino?

Esperó una señal en respuesta a esta petición, pero no hubo ninguna; al contrario, la Serpiente, que hasta entonces parecía llena de vida, se quedó inmóvil y casi completamente rígida.

—¿Será que se murió? —dijo Pinocho, frotándose las manos de la felicidad; y sin perder tiempo, tuvo el gesto de saltarle por encima para pasar a la otra parte del camino. Pero no había acabado de alzar una pierna, cuando la Serpiente se irguió súbitamente como un resorte, y la marioneta, al echarse aterrada para atrás, se tropezó y cayó en el suelo.

Y se precipitó de tan mala manera, que se le quedó la cabeza atrapada en el fango del camino y las piernas tiesas en el aire.

Ante el espectáculo de esta marioneta que pataleaba frenética para poderse zafar, la Serpiente le dio tal ataque de risa que, de tanto reír, del esfuerzo que hizo de reírse tan soberanamente, se le reventó una vena del pecho: y esta vez sí murió de verdad.

Entonces Pinocho reanudó su carrera para llegar a la casa del Hada antes de que oscureciera. Pero al rato, no pudiendo soportar las punzadas del

hambre, se coló en un campo con la intención de coger unos pocos racimos de uva moscatel. ¡Ojalá nunca se le hubiera ocurrido!

Apenas se aproximó a las viñas, *crac*… sintió que le atenazaban las piernas dos hierros filudos que le hicieron ver todas las estrellas del cielo.

La pobre marioneta había quedado presa de una trampa, puesta ahí por unos campesinos, para atrapar las grandes garduñas que eran el flagelo de todos los pollos del lugar.

XXI

Pinocho es atrapado por un campesino, que lo obliga a trabajar de perro guardián en un gallinero.

Pinocho, como se pueden imaginar, se puso a llorar, a chillar, a suplicar: pero eran llantos y gritos inútiles, por no se veía ninguna casa alrededor y por el camino no se veía un alma.

Y se hizo de noche.

Un poco por el dolor que le producía el cepo en el que estaban atrapadas sus piernas y un poco por el temor de encontrarse solo y en medio de la oscuridad del campo, la marioneta sintió que se desmayaba, cuando, de repente, vio pasar una Luciérnaga sobre su cabeza; la llamó y le dijo:

—Oh, Luciernaguita, ¿me harías el favor de liberarme de este suplicio?

—¡Pobre niño! —respondió la Luciérnaga, deteniéndose compadecida a mirarlo—. ¿Cómo fue que quedaste con las piernas atrapadas entre esos hierros afilados?

—Me metí en el campo a coger un par de racimos de estas uvas y…

—¿Pero las uvas eran tuyas?

—No…

—¿Y entonces quién te enseñó a tomar las cosas que no te pertenecen?

—Tenía hambre…

—El hambre, querido mío, no es una buena razón para apoderarse de las cosas que no nos pertenecen.

—¡Es verdad, es verdad! —gritó Pinocho llorando—, no lo volveré a hacer.

En este punto el diálogo se interrumpió por un muy sutil ruido de pasos que se aproximaban. Era el dueño del campo que venía en puntas de pie a

ver si alguna de esas garduñas que vienen por la noche a comerse las gallinas había caído en la trampa.

Y fue grandísima su sorpresa cuando, al sacar la linterna de debajo del abrigo, se dio cuenta de que, en vez de una garduña, lo que había era un niño.

—¡Ah, ladronzuelo! —dijo el campesino enfurecido—. ¿Con que eras tú el que te llevabas mis gallinas?

—No, yo no —gritó Pinocho, sollozando—. Yo solo entré al campo a coger un par de racimos de uva.

—Quien se roba las uvas es muy capaz de robarse también las gallinas. Ya verás, te daré una lección que nunca se te va a olvidar.

Y al abrir la trampa, aferró a la marioneta por el pescuezo y la cargó hasta la casa como si fuera un corderito recién nacido.

Al llegar a la era al frente de la casa, la arrojó al suelo y, poniéndole un pie en el cuello, le dijo:

—Ya es tarde y quiero irme a dormir. Arreglaremos cuentas mañana. Mientras tanto, y como hoy se me murió el perro que cuidaba de noche, tú tomarás su lugar. Por hoy serás el perro guardián.

Dicho y hecho: le puso en el cuello un enorme collar cubierto de puntas de latón y se lo ajustó de modo que no pudiera sacar la cabeza. El collar estaba unido a una larga cadena de hierro, y la cadena estaba fija en la pared.

—Si esta noche —prosiguió el campesino— comienza a llover, puedes ir a echarte en esa caseta de madera, donde está la paja que siempre sirvió de lecho a mi pobre perro durante cuatro años. Y si por desgracia vienen los ladrones, acuérdate de parar las orejas y ponerte ladrar.

Después de esta última advertencia, el campesino entró en la casa, cerró la puerta y puso seguro y el pobre Pinocho se quedó acurrucado sobre la era más muerto que vivo, a causa del frío, el hambre y el temor. Y cada tanto, metiéndose rabiosamente las manos en el collar que le apretaba el cuello, decía gimiendo:

—¡Me lo merezco, claro que me lo merezco! He querido hacerme el vivo, he sido un vago; he hecho caso a mis malvados compañeros, y por esto la mala suerte no me deja en paz. Si hubiera sido un niño de bien, si hubiese tenido ganas de estudiar y esforzarme, si me hubiera quedado en la casa con mi padre, a esta hora no me encontraría acá, en medio del campo, haciendo de perro guardián en la casa de un campesino. ¡Oh, si pudiera volver a nacer!… Pero ya es tarde, hay que tener paciencia.

Tras este pequeño desahogo que le brotaba del corazón, entró en la casita y dormido se quedó.

XXII

Pinocho descubre a los ladrones y, en recompensa por su fidelidad, es puesto en libertad.

Llevaba dormido plácidamente más de dos horas, cuando cerca de la medianoche fue despertado por un cuchicheo de voces extrañas que parecían provenir de la era. Asomó la punta de la nariz y vio reunidas cuatro bestias de pelaje oscuro, que parecían gatos. Pero no eran gatos: eran garduñas, animalejos carnívoros a los que les fascinan los huevos y los pollos tiernos. Una de estas garduñas, alejándose de sus compañeras, fue a la casita y dijo en voz baja:

—Buenas noches, Melampo.

—Yo no me llamo Melampo —respondió la marioneta.

—¿Y entonces quién eres?

—Yo soy Pinocho.

—¿Y qué haces ahí?

—Soy el perro guardián.

—¿Y Melampo dónde está?, ¿dónde está el perro que vivía en esta casita?

—Murió esta mañana.

—¿Muerto? ¡Pobre bestia! ¡Era tan bueno!… Pero, a juzgar por tu apariencia, tú también pareces un perro noble.

—Discúlpeme, pero yo no soy un perro.

—¿Qué eres entonces?

—Soy una marioneta.

—¿Y trabajas de perro guardián?

—Por desgracia: es un castigo.

—Pues bien, te propongo el mismo trato que tenía con el difunto Melampo. ¿Quieres?

—¿Y cuál era ese trato?

—Vendremos una vez a la semana, como antes, a visitar de noche este gallinero y nos llevaremos ocho gallinas. De estas gallinas, nos comeremos siete y te daremos una a ti, con la condición, por supuesto, que finjas dormir y no se te cruce por la cabeza ladrar ni despertar al campesino.

—¿Y Melampo hacía esto? —preguntó Pinocho.

—Lo hacía y entre él y nosotros siempre estábamos de acuerdo. Entonces duerme tranquilamente y ten la seguridad que, antes de irnos, te dejaremos al lado de tu casa una gallina bien desplumada para que desayunes mañana. ¿Entendiste bien?

—Demasiado bien —respondió Pinocho, y meneó la cabeza de un modo amenazante, como si hubiera querido decir: «¡Ya verás!».

Cuando las cuatro garduñas se sintieron tranquilas, se fueron directamente al gallinero que estaba justo cerca de la caseta del perro y abrieron con los dientes y las uñas la puerta de madera y se deslizaron adentro una por una. Pero no habían acabado de entrar, cuando sintieron la puertecita cerrarse violentamente.

El que la cerró fue Pinocho, que, no contento con haberla cerrado, puso enfrente, para mayor seguridad, una enorme piedra a modo de tranca.

Y luego comenzó a ladrar y, ladrando como si fuera de verdad un perro guardián, hacía con la voz: *bu-bu-bu*.

Con los ladridos el campesino saltó de la cama y, luego de tomar el fusil y asomarse por la ventana, preguntó:

—¿Qué pasó?

—Hay ladrones —respondió Pinocho.

—¿Dónde están?

—En el gallinero.

—Ya bajo.

En efecto, en menos de lo que canta un gallo, el campesino bajó y entró corriendo al gallinero y, después de haber atrapado y encerrado en una bolsa a las cuatro garduñas, les dijo con genuina alegría:

—¡Al fin las tengo en mis manos! Podría castigarlas, pero así de malo no soy. Me contentaré con llevarlas mañana al hostelero del pueblo vecino, que las pelará y las cocinará como si fueran liebres. Es un honor que no merecen, pero los hombres generosos como yo no les damos importancia a estas minucias.

Luego, acercándose a Pinocho, comenzó a consentirlo y, entre otras cosas, le preguntó:

—¿Cómo hiciste para descubrir la confabulación de estas cuadro ladronzuelas? Y saber que Melampo, mi fiel Melampo, ¡nunca se dio cuenta de nada!

La marioneta pudo haber contado todo lo que sabía; es decir, habría podido contar los vergonzosos pactos que había entre el perro y las garduñas, pero, acordándose de que el perro estaba muerto, pensó rápido para sí: «¿De qué sirve acusar a los muertos? Los muertos muertos están, y lo mejor que se puede hacer con ellos es dejarlos en paz».

—Cuando llegaron las garduñas, ¿estabas dormido o despierto? —continuó preguntando el campesino.

—Dormía —respondió Pinocho—, pero las garduñas me despertaron con sus chismorreos, y una vino hasta acá a decirme: «Si prometes no ladrar y no despertar al dueño, te regalaremos una gallina bien pelada». ¿Entiende?, ¡tuvieron las desfachatez de hacerme semejante propuesta! Porque yo seré una marioneta con todos los defectos del mundo, pero jamás sirvo de cómplice a la gente deshonesta.

—¡Muy bien, muchacho! —gritó el campesino, dándole una palmada en la espalda—. Estas actitudes te honran. Y para demostrarte mi agradecimiento, te dejaré libre para que puedas volver a casa.

Y le quitó el collar de perro.

XXIII

Pinocho llora la muerte de la hermosa Niña del pelo turquesa, luego encuentra un palomo que lo lleva hasta la orilla del mar y se arroja al agua para auxiliar a su padre Geppetto.

Apenas Pinocho dejó de sentir el peso humillante del collar, se dedicó a correr a través de los campos y no se detuvo ni un solo minuto, hasta que no alcanzó el camino principal que debía conducirlo hasta la casita del Hada.

Al llegar al camino principal, se volvió y miró abajo la llanura, y divisó a simple vista el bosque, donde infortunadamente se había encontrado a la Zorra y al Gato, y vio, en medio de los árboles, alzarse la punta del Gran Roble, en el cual había estado colgado. Pero, por más que observaba, no le fue posible descubrir la pequeña casa de la hermosa Niña del pelo turquesa.

Entonces tuvo una suerte de triste presentimiento y, poniéndose a correr con toda la fuerza que quedaban en sus piernas, se encontró en pocos minutos en el prado, donde una vez se levantó la blanca casita. Pero la blanca casita no estaba. Había, en cambio, una pequeña roca de mármol, en la cual se podían leer estas dolorosas palabras:

AQUÍ YACE
LA NIÑA DEL PELO TURQUESA
QUE MURIÓ DE DOLOR
TRAS HABER SIDO ABANDONADA
POR SU HERMANITO PINOCHO

Cuando la marioneta mal pudo deletrear estas palabras… Bueno, imagínense cómo quedo. Cayó postrada en el suelo y, cubriendo con mil besos el mármol fúnebre, estalló en lágrimas. Lloró toda la noche y la mañana siguiente, al alba, seguía llorando, a pesar de que en sus ojos no quedaban ya lágrimas. Y sus gritos y lamentos eran tan desgarradores y agudos, que todas las colinas alrededor repetían su eco. Y llorando decía:

—Oh, Hadita mía, ¿por qué te moriste? ¿Por qué, en vez de ti, no me morí yo, que soy tan malo, mientras tú eras tan buena?… ¿Y mi padre, dónde estará? ¡Oh, Hadita mía, dime dónde puedo encontrarlo, porque quiero estar con él y nunca, nunca, nunca más abandonarlo!… ¡Oh, Hadita mía, dime que no es verdad que estás muerta! Si de veras me quieres, si quieres a tu hermanito, resucita, vuelve a la vida como antes!… ¿No te disgusta verme solo y abandonado por todos?… Si llegan los asesinos, me colgarán de nuevo en la rama de un árbol, y entonces moriré para siempre. ¿Qué quieres que haga solo en este mundo? Ahora que te he perdido a ti y que no está mi padre, ¿quién me dará de comer? ¿Adónde iré a dormir por las noches? ¿Quién me hará una chaquetica nueva? ¡Oh, sería mejor, cien mil veces mejor morir de una vez! ¡Sí, quiero morir!…

Y mientras se desesperaba de este modo, intentó arrancarse el pelo, pero su pelo, al ser de madera, no podía ni siquiera agarrarse.

En ese momento pasó por arriba un enorme Palomo, que, planeando lento con sus alas extendidas, le gritó desde una gran altura:

—¿Dime, niño, qué haces allá abajo?

—¿No lo ves? ¡Lloro! —dijo Pinocho alzando la cabeza hacia la voz y restregándose los ojos con las mangas de la chaqueta.

—Dime —añadió ahora el Palomo—, ¿no conoces, por casualidad, entre tus compañeros, una marioneta que tiene por nombre Pinocho?

—¿Pinocho?… ¿Dijiste Pinocho? —repitió la marioneta saltando de repente—. ¡Yo soy Pinocho!

El Palomo, ante esta respuesta, descendió velozmente y fue a posarse en tierra. Era más grande que un pavo.

—Entonces conoces a Geppetto —preguntó a la marioneta.

—¿Que si lo conozco? ¡Es mi pobre padre! ¿Acaso te ha hablado de mí? ¿Me puedes llevar a él? ¿Está vivo? Respóndeme por favor: ¿sigue vivo?

—Lo dejé hace tres días en una playa junto al mar.

—¿Qué hacía?

—Se fabricaba un bote para atravesar el Océano. Son más de cuatro meses que ese pobre hombre recorre el mundo buscándote y, no habiéndote

podido encontrar,
se le metió en la cabeza buscarte en los lejanos países del Nuevo Mundo.

—¿Cuánto hay de aquí a la playa? —preguntó Pinocho con incontenible ansiedad.

—Más de mil kilómetros.

—¿Mil kilómetros? ¡Oh, Palomo mío, qué bueno sería tener tus alas!

—Si quieres ir, yo te llevo.

—¿Cómo?

—A horcajadas sobre mi grupa. ¿Pesas mucho?

—¿Pesar? Al contrario, soy ligero como una pluma.

Y ahí, sin decir más, Pinocho saltó sobre la grupa del Palomo y, poniendo una pierna acá y la otra allá, como hacen los jinetes, gritó todo contento:

—Galopa, galopa, caballito, que me urge llegar pronto.

El Palomo emprendió el vuelo y en pocos minutos llegó tan alto, que casi tocó las nubes. Al llegar a esta altura extraordinaria, la marioneta tuvo la tentación de volverse hacia abajo y mirar, y esto le produjo tanto miedo y tales mareos que, para evitar el peligro de caerse, se agarró, con los brazos, muy fuerte del cuello de su emplumada cabalgadura.

Volaron todo el día. Al atardecer el Palomo dijo:

—Tengo mucha sed.

—Y yo mucha hambre —añadió Pinocho.

—Detengámonos en este palomar unos minutos y luego reanudaremos el viaje, para lograr llegar mañana, al despuntar el día, a la playa junto al mar.

Entraron en un palomar desierto, donde solo había una palangana llena de agua y una canasta repleta de arvejas.

La marioneta, en su vida, había podido soportar las arvejas: su sola mención le daban náuseas y le revolvían el estómago; pero esa noche se las comió hasta reventar y, cuando iba a terminar, se volvió hacia el Palomo y le dijo:

—Nunca habría creído que las arvejas eran tan ricas.

—Hay que convencerse, niño mío —replicó el Palomo—, que, cuando hay hambre, uno come lo que hay, y en estos casos incluso las arvejas resultan exquisitas. El hambre no se pone con caprichos ni sabe de antojos.

Hicieron una corta siesta, descansaron y volvieron a volar. A la mañana siguiente llegaron a la playa junto al mar.

El Palomo dejó en tierra a Pinocho y, para ahorrarse la molestia de que le agradecieran el hecho de haber realizado una buena acción, retomó el vuelo y desapareció.

La playa estaba llena de gente que gritaba y gesticulaba viendo hacia el mar.

—¿Qué sucede? —preguntó Pinocho a una viejita.

—Sucede que un pobre padre, al perder a su hijo, se le ocurrió meterse en un bote para ir a buscarlo más allá del mar, y el mar hoy estaba picado y el bote está a punto de volcarse.

—¿Dónde está el bote?

—Míralo allá —dijo la viejita señalando un pequeño bote, que, visto a la distancia, parecía la cáscara de una nuez y, adentro, un hombre pequeñito pequeñito.

Pinocho dirigió su mirada hacia esa parte y, después de haber observado atentamente, lanzó un grito agudísimo:

—¡Ese es mi padre, ese es mi padre!

Entre tanto el bote, batido por las olas, ora desaparecía entre las grandes oleadas, ora volvía a flotar. Y Pinocho, empinado sobre la punta de una roca, no paraba de llamar a su padre por su nombre y de hacerle señales con las manos, el pañuelo e incluso con el gorro de su cabeza.

Y al parecer Geppetto, a pesar de estar muy lejos de la playa, reconoció a su hijo, porque se quitó también el gorro y, haciendo infinidad de gestos, le dio a entender que con gusto volvería, pero el mar estaba tan picado que le impedía remar y, así, aproximarse a la tierra.

De repente se elevó una ola gigante y la barca desapareció. Esperaron a que el bote volviera a flote, pero no se dejó ver de nuevo.

—¡Pobre hombre! —dijeron entonces los pescadores, que se habían reunido en la playa y, murmurando una oración, se dispusieron a regresar a sus casas.

Pero en un momento oyeron un grito desesperado y, mirando hacia atrás, vieron a un jovencito que, en la punta de un peñasco, se tiró al mar gritando:

—¡Quiero salvar a mi padre!

Pinocho, al ser de madera, flotaba fácilmente y nadaba como un pez. Ora se veía desaparecer bajo el agua, llevado por el ímpetu de la marea, ora reaparecía afuera con una pierna o un brazo, lejísimos ya de la tierra. Al final lo perdieron de vista y no lo vieron más.

—¡Pobre muchacho! —dijeron entonces los pescadores, que se habían reunido en la playa, y, murmurando una oración, se dispusieron a regresar a sus casas.

XXIV

Pinocho arriba a la Isla de las Abejas Industriosas y se reencuentra con el Hada.

Pinocho, animado por la esperanza de alcanzar a ayudar a su pobre padre, nadó toda la noche.

¡Y qué horrible nadada fue! Diluvió, granizó, tronó pavorosamente y hubo ciertos relámpagos que hacían que pareciera de día.

Al alba, logró ver a poca distancia una larga franja de tierra. Era una isla en medio del mar.

Entonces hizo todo lo posible por llegar a aquella playa, pero sin éxito. Las olas, persiguiéndose y montándose, jugaban con él, como si fuera una ramita o un pedazo de paja. Al final, y para su fortuna, se levantó una ola tan potente e impetuosa, que lo arrojó a la arena de la orilla.

El golpe fue tan fuerte que, al estrellarse contra el suelo, le crujieron todas las costillas y todas las coyunturas, pero se consoló de inmediato diciendo:

—¡De la que me salvé una vez más!

Y al tiempo, poco a poco, el cielo se serenó, el sol se dejó ver en todo su esplendor y el mar se tornó tranquilísimo y bueno como el aceite.

Entonces la marioneta extendió sus ropas al sol para secarlas y se puso a mirar aquí y allá si por casualidad, en aquella inmensa extensión de agua, había un bote con un hombrecito adentro. Pero después de haber visto bien, no vio ante sí nada más que el cielo, el mar y la vela de algún barco, pero tan lejana que parecía una mosca.

—¡Si supiera al menos cómo se llama esta isla! —decía—. ¡Si supiera al menos si esta isla está habitada por gente de bien, quiero decir, por gente sin el vicio de colgar niños en las ramas de los árboles! ¿A quién se lo puedo preguntar? ¿A quién, si aquí no hay nadie?

Esta idea de encontrarse íngrimo solo en medio de aquel gran país deshabitado le produjo tal melancolía, que estuvo a punto de ponerse a llorar. Cuando de repente vio pasar, muy cerca de la orilla, un gran pez que se paseaba tranquilamente, con toda la cabeza fuera del agua.

No sabiendo su nombre para llamar su atención, la marioneta le gritó fuerte, para hacerse oír:

—Ey, señor pez, ¿me permitiría hacerle una pregunta?

—Incluso dos —respondió el pez, que era en realidad un Delfín muy elegante, de los que había pocos en todos los mares del mundo.

—¿Me haría el favor de decirme si en esta isla hay algún lugar donde se pueda comer, sin peligro de ser comido?

—Sí, por supuesto —respondió el Delfín—, pero se encuentra un poco lejos de aquí.

—¿Y qué camino debo tomar para llegar allá?

—Debes tomar ese sendero de allí a la izquierda e ir derecho siguiendo tu nariz. No hay modo de que te pierdas.

—Dígame otra cosa. Usted que anda todo el día y toda la noche por el mar, ¿de casualidad no se ha encontrado con el botecito en el que andaba mi padre?

—¿Y quién es tu padre?

—El padre más bueno del mundo, así como yo soy el hijo más malo que se pueda imaginar.

—Con la borrasca que ha hecho esta noche —respondió el Delfín—, el botecito se debe haber hundido.

—¿Y mi padre?

—A esta hora se lo habrá tragado el terrible Tiburón que desde hace unos días ha venido a propagar el exterminio y la desolación en nuestras aguas.

—¿Acaso es tan grande ese Tiburón? —preguntó Pinocho, que ya comenzaba a temblar del miedo.

—¡Que si es grande! —respondió el Delfín—. Para que te hagas una idea, te diré que es más grande que una casa de cinco pisos y que tiene una

bocaza tan ancha y profunda, que tranquilamente se podría tragar un tren con la locomotora encendida.

—¡Madre mía! —gritó asustada la marioneta, que se vistió de nuevo afanosamente y se volvió hacia el Delfín y le dijo:

—Hasta pronto, señor pez, disculpe las molestias y mil gracias por su amabilidad.

Dicho esto, tomo rápido el sendero y comenzó a caminar rápidamente, tan rápidamente que parecía corriendo. Y al menor ruido, se volvía a mirar hacia atrás, por el temor de verse perseguido por el terrible Tiburón, grande como una casa de cinco pisos y un tren con la locomotora encendida en la boca.

Después de media hora de camino, llegó a un lugar denominado el País de las Abejas Industriosas. Las calles hormigueaban de personas que iban y venían dedicadas a sus ocupaciones: todas trabajaban, todas tenían algo que hacer. Por más que se lo buscara, era imposible encontrar siquiera un ocioso o un haragán.

—Ya entendí —dijo de inmediato el bribón de Pinocho—. Este país no está hecho para mí. Yo no nací para trabajar.

Pero el hambre lo atormentaba, pues ya habían pasado veinticuatro horas sin que probara bocado, ni siquiera un plato de arvejas.

¿Qué hacer?

Solo había dos maneras para satisfacer el hambre: o pedir trabajo, o mendigar una moneda o un pedazo de pan.

Pero pedir limosna le avergonzaba, porque su padre le había enseñado que solo los viejos y los enfermos tenían derecho a pedirla. Los verdaderos pobres del mundo, merecedores de asistencia y de compasión, son los que, por razones de edad o enfermedad, están condenados a no poder ganarse el pan con el trabajo de sus propias manos. Todos los demás tienen la obligación de trabajar, y si no trabajan y sufren de hambre, peor para ellos.

En ese momento pasó por la calle un hombre atareado que, él solo, jalaba con gran esfuerzo dos carretas llenas de carbón.

Por su aspecto, a Pinocho le pareció un buen hombre; entonces se le acercó y, agachando la mirada por la vergüenza y en voz baja, le dijo:

—¿Me haría el favor de darme una moneda? Siento que me voy a desmayar del hambre.

—Una moneda no —respondió el carbonero—, sino cuatro, con la condición que me ayudes a jalar hasta la casa estas dos carretas de carbón.

—¡Me sorprende! —respondió la marioneta casi ofendida—. Para que sepas, ¡yo jamás he trabajado de burro; nunca he tirado carretas!

—Bien por ti —respondió el carbonero—. Entonces, muchacho, si de verdad sientes que vas a morir de hambre, cómete dos buenas porciones de tu soberbia y trata de no indigestarte.

—Después de algunos minutos pasó por la calle un albañil que llevaba a las espaldas un saco lleno de cal.

—¿Me harías el favor, buen hombre, de darle una moneda a este pobre niño que bosteza del hambre?

—Con gusto. Ven conmigo a llevar esta cal —respondió el albañil— y te daré cinco en vez de una.

—Pero la cal es pesada —replicó Pinocho— y a mí no me gusta cansarme.

—Si no quieres cansarte, entonces, muchacho, diviértete bostezando, y que te haga provecho.

—En menos de media hora pasaron otras veinte personas y a todas Pinocho les pidió una limosna, pero todas le respondieron:

—¿No te da vergüenza? En vez de vagabundear, ve a conseguirte un trabajo y aprende a ganarte el pan.

Finalmente pasó una buena señora que llevaba dos jarras de agua.

—Me permitirías, buena señora, que beba un sorbo de agua de tu jarra —dijo Pinocho reseco por la sed.

—Bebe, niño mío —dijo la señora, dejando las dos jarras en el suelo.

Cuando Pinocho sació su sed como si fuera una esponja, masculló a media voz secándose la boca:

—Ya no tengo sed. Ahora quisiera saciar mi hambre.

La buena mujer, oyendo estas palabras, añadió de inmediato:

—Si me ayudas a llevar a casa una de estas jarras de agua, te daré un buen pedazo de pan.

Pinocho vio la jarra y no dijo ni sí ni no.

—Y además del pan te daré un plato de coliflor aderezado con aceite y vinagre —agregó la buena señora.

Pinocho echó otra ojeada a la jarra y no dijo ni sí ni no.

—Y después de la coliflor, de daré un dulce relleno de rosoli.

Seducido por la idea de probar este dulce, Pinocho no se supo resistir y, con ánimo resuelto, dijo:

—¡Está bien! Te llevaré la jarra hasta la casa.

La jarra estaba muy pesada, y la marioneta, no pudiendo llevarla con las manos, se resignó a llevarla encima de la cabeza.

Al llegar a la casa, la buena mujer hizo sentar a Pinocho en una mesa servida, y le puso enfrente el pan, la coliflor aderezada y el dulce.

Pinocho no comió: devoró. Su estómago parecía un cuartel que hubiera estado vacío y deshabitado desde hacía cinco meses.

Después de calmar poco a poco las punzadas del hambre, alzó la cabeza para agradecer a su benefactora, pero no acababa de verla, cuando le salió un *oooh* maravillado, y quedó ahí encantado, con los ojos muy abiertos, con el tenedor en el aire y con la boca llena de pan y coliflor.

—¿Qué es toda esta maravilla? —dijo riendo la buena mujer.

—Usted es… —respondió Pinocho balbuceando—, usted es… usted… usted se me parece… usted me recuerda a… sí, sí, la misma voz… el mismo pelo… sí, sí, sí… usted también tiene el pelo turquesa… ¡como ella!… ¡Oh, mi Hadita, mi Hadita!… ¡Dime que eres tú!… ¡No me hagas sufrir más! ¡Si supieras!… ¡He llorado tanto, he sufrido tanto!…

Y al decir esto, Pinocho lloraba incontrolablemente y, arrodillándose, abrazaba las rodillas de esa mujercita misteriosa.

XXV

Pinocho promete al Hada volverse bueno y ponerse a estudiar, porque está cansado de ser una marioneta y quiere convertirse en un niño de bien.

Al principio la mujercita comenzó a decirle que ella no era la pequeña Hada de pelo turquesa, pero luego, al verse descubierta y no queriendo continuar el teatro, terminó reconociéndolo y le dijo a Pinocho:

—Marioneta bellaca, ¿cómo te diste cuenta de que era yo?

—Es el gran amor que te tengo quien me lo ha dicho.

—¿Te acuerdas? Me abandonaste siendo niña y ahora me encuentras como una mujer: casi podría ser tu madre.

—Me encantaría, porque así, en vez de mi hermanita, serías mi madre. Hace tanto tiempo que me consume el deseo de tener una madre como todos los niños… Pero, ¿cómo hiciste para crecer así de rápido?

—Es un secreto.

—Enséñamelo: yo también quisiera crecer un poco. ¿No lo ves? Siempre soy tan bajito…

—Pero tú no puedes crecer —replicó el Hada.

—¿Por qué?

—Porque las marionetas no crecen más. Nacen marionetas, viven como marionetas y mueren como marionetas.

—Oh, estoy cansado de ser siempre una marioneta —gritó Pinocho, dándose un bofetón—. Ya es hora de que me convierta en un hombre.

—Y en uno te convertirás, si sabes ganártelo.

—¿De verdad? ¿Y qué puedo hacer para merecerlo?

—Algo sencillísimo: habituarte a actuar como un niño bueno.

—¿Y es que acaso no lo soy?

—¡Claro que no! Los niños bueno son obedientes, en cambio tú…

—Yo nunca obedezco.

—Los niños buenos tienen amor por el estudio y por el trabajo, y tú…

—Yo, al contrario, soy un haragán y un vagabundo todo el tiempo.

—Los niños buenos siempre dicen la verdad…

—Y yo solo digo mentiras.

—Los niños buenos van con gusto a la escuela…

—Y a mí la escuela me produce dolores en todo el cuerpo. Pero a partir de hoy puedo cambiar de vida.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Quiero volverme un niño bueno y ser la consolación de mi padre… ¿Dónde estará mi pobre padre ahora?

—No lo sé.

—¿Tendré la fortuna de volverlo a ver y poderlo abrazar?

—Creo que sí; de hecho, estoy segura.

Y fue tal la alegría de Pinocho al oír esta respuesta, que tomó las manos del Hada, y las besó con tanta devoción, que parecía fuera de sí. Luego, alzando el rostro y mirándola amorosamente, le preguntó:

—Dime, madrecita: ¿entonces no es verdad que tú estás muerta?

—Parece que no —respondió sonriendo el Hada.

—Si tú supieses el dolor y el nudo en la garganta que se me hizo cuando leí «AQUÍ YACE…».

—Lo sé. Y por esto te he perdonado. La sinceridad de tu dolor me mostró que tenías un buen corazón. Y de los niños de buen corazón, aunque sean un poco pillos y maleducados, siempre se puede esperar algo: es decir, siempre se puede esperar que tomen el buen camino. Por eso fue que vine a buscarte. Seré tu madre…

—¡Oh, qué alegría! —gritó Pinocho, saltando de la felicidad.

—Tú me obedecerás y harás siempre lo que te diga.

—¡Claro, claro que sí!

—A partir de mañana —añadió el Hada—, comenzarás a ir a la escuela.

Pinocho de inmediato se puso menos alegre.

—Luego elegirás un arte o un oficio que te guste.

Pinocho se puso serio.

—¿Qué murmuras entre dientes? —preguntó el Hada con tono dolido.

—Decía… —gimoteó la marioneta a media voz— que es como tarde para ir a la escuela…

—No, señor. Ten presente que para instruirte y aprender nunca es tarde.

—Pero no quiero aprender ningún arte ni ningún oficio.

—¿Por qué?

—Porque me cansa trabajar.

—Hijo mío —dijo el Hada—, esos que hablan así terminan casi siempre en una cárcel o en un hospital. El hombre, por principio, nazca rico o pobre, está destinado en este mundo a hacer algo, a ocuparse, a trabajar. ¡Ay de los que se dejan arrastrar por el ocio! El ocio es una feísima enfermedad y es necesario curarla rápido, desde pequeños; si no, cuando somos grandes, ya no nos podemos curar.

Estas palabras afectaron a Pinocho, que alzando vivamente la cabeza dijo al Hada:

—Estudiaré, trabajaré y haré todo lo que me digan, porque, en resumen, esta vida de marioneta ya me tiene harto, y quiero volverme un niño a como dé lugar. Tú me lo prometiste, ¿no es así?

—Sí, te lo prometí. Ahora todo depende de ti.

XXVI

Pinocho va con sus compañeros de escuela a la orilla del mar para ver al terrible tiburón.

Al día siguiente, Pinocho fue a la escuela.

¡Imagínense a esos granujas cuando vieron entrar en su escuela a una marioneta! Soltaron una carcajada de nunca acabar. Uno se burlaba de él; otro le quitaba la gorra de la mano. El de más allá lo jalaba del saco, este de acá intentaba pintarle bigotes bajo la nariz y aquel otro trató incluso de amarrarles los hilos de los pies a las manos, para hacerlo bailar.

Al principio Pinocho se hizo el desenvuelto y no hizo caso. Pero finalmente, sintiendo que perdía la paciencia, se volvió hacia aquellos que más lo fastidiaban y jugaban con él, y les dijo con gesto serio:

—Cuídense, muchachos: yo no vine acá a ser su bufón. Yo respeto a los demás y espero ser respetado.

—¡Bravo, tontarrón! Hablaste como un libro—aullaron esos bribonzuelos, desternillándose de la risa. Y uno de ellos, más impertinente que los demás, alargó la mano con el propósito de agarrar la marioneta por la punta de la nariz.

Pero no alcanzó, porque Pinocho estiró la pierna debajo de la mesa y le encajó una patada en el tobillo.

—¡Uy, qué pies tan duros! —gritó el niño sobándose el morado que le había hecho la marioneta.

—¡Y qué codos! Más duros que los pies —dijo otro que, por sus groseras burlas, se había ganado un codazo en el estómago.

El hecho es que después de esa patada y ese codazo, Pinocho se ganó la estima y la simpatía de todos los niños de la escuela, y todos lo consentían y le deseaban bien.

Incluso el maestro lo elogiaba, porque lo veía atento, estudioso, inteligente y era siempre el primero en entrar a la escuela y siempre el último en pararse cuando se terminaban las clases.

Su único defecto es que era muy amiguero y, entre sus amigos, había muchos pícaros conocidísimos por las pocas ganas que tenían de estudiar y destacarse.

El maestro se daba cuenta de esto todos los días e incluso la buena Hada no dejaba de repetirle una y otra vez:

—¡Ten cuidado, Pinocho! Esos compañeros de escuela tuyos terminarán tarde o temprano haciéndote perder el amor al estudio y, tal vez, trayéndote alguna desgracia.

—¡No va a pasar nada! —respondía la marioneta, alzando los hombros y tocándose la mitad de la frente con el índice, como diciendo: «A mí me sobra la sensatez».

Entonces sucedió que un buen día, mientras caminaba hacia la escuela, se topó con un corrillo de sus amigotes, que se acercaron y le dijeron:

—¿Sabes la gran noticia?

—No.

—Aquí cerca en el mar llegó un tiburón gigante como una montaña.

—¿De verdad?… ¿Será el mismo tiburón que estaba cuando se hundió mi pobre padre?

—Nosotros vamos a la playa a verlo. ¿Quieres venir?

—No, quiero ir a la escuela.

—La escuela no importa. Vamos a la escuela mañana. Una clase más o una menos no va a hacer que dejemos ser los mismos burros.

—¿Y qué va a decir el maestro?

—Que el maestro diga lo que quiera. Igual le pagan por refunfuñar todo el día.

—¿Y mi madre?

—Las madres nunca saben anda —respondieron esos malandrines.

—¿Saben qué voy a hacer? —dijo Pinocho—. Al tiburón quiero verlo por razones personales… pero iré a verlo después de la escuela.

—¡Pobre tonto! —insistió uno del corrillo—. ¿Crees que un pez de ese tamaño va a estar allí esperando que tú aparezcas? Apenas se aburra, se dirigirá a otro lado, y quien lo vio lo vio.

—¿Cuánto tiempo hay de aquí a la playa? —preguntó la marioneta.

—En un hora, se puede ir y volver.

—¡Entonces vamos! ¡Y quien llegue primero es el mejor! —gritó Pinocho.

Anunciada así la señal de partida, ese corrillo de bribones, con sus libros y cuadernos bajo el brazo, se pusieron a correr, a campo traviesa, y Pinocho siempre iba delante de todos, como si tuviera alas en los pies.

De tanto en tanto, miraba hacia atrás y se burlaba de sus compañeros, a los que ya había tomado una considerable ventaja. Al verlos jadeantes, agotados, polvorientos y con la lengua afuera, se reía a carcajadas. En ese momento el desdichado no sabía de los pavores y de las horribles desgracias con las que se iba a encontrar.

XXVII

Hay un gran combate entre Pinocho y sus compañeros, uno de los cuales resulta herido, razón por la que Pinocho es arrestado por los carabineros.

Cuando arribó a la playa, Pinocho dio de inmediato un vistazo al mar, pero no logró ver ningún tiburón. El mar estaba liso como el cristal de un espejo.

—¿Y dónde está el tiburón? —preguntó volviéndose a sus compañeros.

—Se habrá ido a desayunar —respondió uno de ellos riendo.

—O se habrá echado en la cama para echar una siesta—añadió otro riendo más alto que nunca.

De estas respuestas absurdas y de esas risas estúpidas, Pinocho entendió que sus compañeros le habían hecho una fea broma, dándole a entender una cosa que no era cierta; y tomándosela a mal, les dijo con rabia:

—¿Y ahora? ¿Qué provecho sacan con haberme hecho creer esa historia del tiburón?

—El provecho es claro —respondieron en coro los muy traviesos.

—¿Cuál?

—El de hacerte perder la escuela y hacerte venir con nosotros. ¿No te da vergüenza ser tan juicioso y diligente en las clases? ¿No te avergüenza estudiar tanto?

—¿Y si yo estudio, a ustedes qué les importa?

—A nosotros nos importa muchísimo, porque nos haces quedar en ridículo frente al maestro.

—¿Por qué?

—Porque los alumnos que estudian hacen que nos ignoren a nosotros, que no queremos estudiar. Y nosotros no queremos que nos ignoren: ¡también nosotros tenemos nuestro amor propio!

—¿Y entonces qué debo hacer para que estén contentos?

—Debes aburrirte también tú de la escuela, las clases y el maestro, que son nuestros tres grandes enemigos.

—¿Y si yo quiero seguir estudiando?

—No te volveremos a prestar atención y a la primera oportunidad nos la pagarás.

—En verdad me hacen reír —dijo la marioneta sacudiendo la cabeza.

—¡Ey, Pinocho! —gritó entonces el niño más grande mirándolo a los ojos—. No vengas a fanfarronear, no te hagas tanto el gallito… Porque si tú no tienes miedo de nosotros, nosotros no tenemos miedo de ti. Recuerda que tú estás solo y nosotros somos siete.

—Siete como los pecados mortales —dijo Pinocho riéndose.

—¿Oyeron? Nos ha insultado a todos. ¡Nos dijo pecados mortales!

—Pinocho, pídenos perdón por lo que dijiste… O si no, ¡lo pagarás caro!

—¡Cucú! —hizo la marioneta, poniéndose el índice en la punta de la nariz, para burlarse.

—¡Pinocho, la vas a pasar muy mal!

—¡Cucú!

—¡Te va a ir como a un burro!

—¡Cucú!

—¡Te vamos a romper la nariz!

—¡Cucú!

—Ahora el cucú te lo voy a dar yo —gritó el más osado de aquellos bribones—. Toma este adelanto, y sírvetelo de cena esta noche.

Y diciendo esto le propinó un puño en la cabeza.

Pero esto fue, como suele decirse, un toma y daca, porque la marioneta, como era de esperar, respondió de inmediato con otro puño, y ahí, de un momento a otro, la pelea se generalizó y encarnizó.

Pinocho, si bien estaba solo, se defendía como un héroe. Con sus durísimos pies de madera lograba muy bien tener a sus enemigos a una respetable distancia. Adonde sus pies llegaban, dejaba un moretón de recuerdo.

—Entonces los niños, molestos por no poder vencer a la marioneta, se les ocurrió recurrir a los proyectiles y, desprendiéndose de los libros de la escuela, comenzaron a lanzarle los silabarios, las gramáticas, los *Giannettino*, los *Minuzzolo*, los cuentos de Thouar, el *Pulcino* de Baccini y otros textos escolares. Pero la marioneta, que tenía buenos reflejos y era ágil, siempre lograba hacer la pirueta a tiempo, de modo que los volúmenes, pasándole por encima de la cabeza, terminaban cayendo en el mar.

¡Imagínense los peces! Los peces, creyendo que esos libros eran para comer, corrían a buscarlos en desbandada, pero, después de haber mordido alguna página o alguna portada, la escupían ahí mismo, haciendo con la boca un gesto que parecía decir: «Esto no es para nosotros; estamos habituados a alimentarnos mucho mejor».

Entre tanto la guerra cada vez se hacía más feroz, cuando he aquí que un enorme Cangrejo, que había salido del agua y poco a poco se había trepado hasta la playa, gritó con un vozarrón de trombón agripado:

—¡Ya basta, rufianes! Estas guerras entre niños nunca terminan bien. Siempre acaban en una desgracia.

¡Pobre Cangrejo! Fue como si predicara al viento. Incluso ese pillo de Pinocho, volviéndose para mirarlo de modo amenazador, le dijo groseramente:

—¡Cállate, Cangrejo de mal agüero! Harías mejor comiéndote un par de pedazos de liquen para curarte de tu mal de garganta. Vete a la cama e intenta sudar.

En ese momento los niños, que ya habían acabado de lanzar sus libros, vieron ahí cerca los libros de la marioneta y se apoderaron de estos en un santiamén.

Entre estos libros había un volumen encuadernado con cartón rojo, con el lomo y las puntas de pergamino. Era un *Tratado de aritmética*. ¡Imagínense cómo era de pesado!

Uno de esos bribones levantó el volumen y, apuntándole a la cabeza de Pinocho, se lo arrojó con toda la fuerza de su brazo. Pero en vez de darle a la marioneta, le cayó en la cabeza a uno de sus compañeros, que se puso blanco como un trapo lavado y apenas alcanzó a decir estas palabras:

—¡Mamita, ayúdame… me muero!

Y entonces se desplomó sobre la arena de la playa.

A la vista de aquel moribundo, los niños aterrorizados emprendieron la fuga y en pocos minutos ya no se veía ninguno.

Pero Pinocho permaneció ahí y, aunque se sentía también más muerto que vivo, esto no le impidió correr a mojar su pañuelo en el agua del mar para ponérselo en la frente a su pobre compañero de escuela. Mientras lo hacía, no dejaba de llorar desesperada e inconsolablemente y de llamarlo por su nombre diciéndole:

—¡Eugenio, pobre Eugenio!… ¡Abre los ojos y mírame!… ¿Por qué no me respondes? No fui yo el que te hizo daño. Créelo, no fui yo… ¡Abre los ojos, Eugenio! Si sigues con los ojos cerrados, me voy a morir yo también… Oh, Dios mío, ¿cómo haré ahora para volver a casa? ¿Con qué cara voy ahora a presentarme a la buena de mi madre?… ¿Qué será de mí? ¿A dónde huiré? ¿Dónde me podré esconder?… ¡Oh, mejor, mil veces mejor sería todo si hubiera ido a la escuela! ¿Por qué les he hecho caso a esos compañeros que son mi desgracia? ¡El maestro me lo advirtió! ¡Mi mamá me lo repetía: "Ten cuidado de esos malos compañeros"! Pero soy un terco, un testarudo: dejo que hablen todos y luego hago lo que se me da la gana. Y entonces me toca arrepentirme… Y así, desde que estoy en el mundo, no puedo actuar bien ni por un cuarto de hora. Dios mío, ¿qué será de mí?

Y Pinocho continuaba llorando, chillando, dándose golpes en la cabeza y llamando al pobre Eugenio, cuando de repente sintió un rumor de pasos sordos que se aproximaba.

Se volvió: eran dos carabineros.

—¿Qué haces ahí tirado en el suelo? —preguntaron a Pinocho.

—Acompañando a mi compañero de escuela.

—¿Le pasó algo malo?

—Parece que sí…

—¡Muy malo! —dijo uno de los carabineros, agachándose y observando a Eugenio de cerca—. Este niño está herido en una sien: ¿quién le hizo esa herida?

—¡Yo no! —balbuceó la marioneta, que ya se estaba quedando sin aliento.

—Si no has sido tú, ¿entonces quién?

—¡Yo no! —repitió Pinocho.

—¿Y con qué objeto fue herido?

—Con este libro —y la marioneta recogió del suelo el *Tratado de aritmética* encuadernado en cartón y pergamino, para mostrárselo al carabinero.

—¿Y este libro de quién es?

—Mío.

—Suficiente: no hay más que decir. Párate ya y ven con nosotros.

—Pero yo…

—¡Ven con nosotros!

—Pero yo soy inocente…

—¡Ven con nosotros!

Antes de partir, los carabineros llamaron a algunos pescadores, que en ese momento pasaban por ahí en su barca cerca de la playa y les dijeron:

—Les encargamos a este jovencito herido en la cabeza. Llévenselo a casa y cuídenlo. Mañana volveremos a verlo.

Entonces se volvieron a Pinocho y, después de ponerlo entre los dos, lo exhortaron con tono castrense:

—¡Adelante! ¡Camina rápido si no quieres que te vaya peor!

Sin necesidad de que se lo repitieran, la marioneta comenzó a caminar por ese sendero que conducía al pueblo. Pero el pobre diablo ni siquiera sabía en qué mundo estaba. Sentía que se encontraba en un mal sueño.

Estaba fuera de sí. Sus ojos veían todo doble, las piernas le temblaban, la lengua se le quedaba pegada al paladar y no podían siquiera pronunciar una palabra. Sin embargo, en medio de aquella especie de pusilanimidad y entontamiento, una espina afiladísima se le enterraba en el corazón: la idea de tener que pasar bajo la ventana de la casa de su buena Hada, en medio de los carabineros. Habría preferido morir.

Habían ya llegado y estaban por entrar en el pueblo, cuando un ventarrón le arrancó su gorro y la dejó a más de diez pasos.

—¿Me permiten —dijo la marioneta a los carabineros— que vaya a recuperar mi gorro?

—Ve, pero hazlo aprisa.

La marioneta fue, recogió su gorro, pero en vez de ponérselo en la cabeza, se lo puso en la boca entre los dientes y entonces comenzó a correr desenfrenadamente hacia la playa del mar, veloz como la bala de un fusil.

Los carabineros, juzgando que sería difícil alcanzarlo, le azuzaron un gran mastín que había ganado el primer premio en todas las competencias de perros. Pinocho corría y el perro corría más que él, por lo que toda la gente se asomaba a las ventanas y se agolpaba en la calle, ansiosa de ver el resultado de esta carrera feroz. Pero no pudieron darse ese gusto, porque el perro mastín y Pinocho levantaron a lo largo del camino tal polvareda, que después de pocos minutos ya no fue posible ver nada.

XXVIII

Pinocho corre el peligro de que lo friten en una sartén como un pescado.

Durante esa carrera desesperada, hubo un momento terrible, un momento en el que Pinocho se creyó perdido: porque es necesario saber que Alidoro (este era el nombre del perro mastín) en su feroz persecución casi lo alcanzó.

Basta decir que la marioneta sentía detrás de sí, a un palmo, el jadeo afanoso de esa bestia e incluso sentía el vaho caliente de su aliento.

Por fortuna, la playa estaba ya cerca y el mar se encontraba a pocos pasos.

Apenas llegó a la playa, la marioneta dio un grandísimo salto, como lo hubiera podido hacer un renacuajo, y fue a caer en medio del agua. Alidoro, al contrario, quiso detenerse, pero, impulsado por el ímpetu de la carrera, entró en el agua también él. Y este desventurado no sabía nadar, por lo que comenzó a agitar las patas para mantenerse a flote: pero cuanto más pataleaba, más se hundía.

Cuando logró sacar la cabeza, se vio al pobre perro asustado y aturdido, y ladrando gritaba:

—¡Me ahogo! ¡Me ahogo!

—¡Muérete! —le dijo Pinocho desde lejos, al verse ya fuera de peligro.

—¡Ayúdame, Pinocho! ¡Sálvame de la muerte!…

Al oír estos gritos desgarradores la marioneta, que en el fondo tenía un corazón excelente, se conmovió y volviéndose hacia el perro le dijo:

—Pero si te ayudo a salvarte, ¿prometes no molestarme más y dejar de perseguirme?

—¡Te lo prometo! ¡Te lo prometo! Apúrate por favor, si lo dudas medio minuto más estaré muerto.

Pinocho titubeó un momento, pero luego, acordándose de que su padre le había dicho miles de veces que uno nunca se arrepiente de hacer una buena acción, fue nadando a alcanzar a Alidoro y, agarrándolo por la cola con las dos manos, lo llevó sano y salvo a la arena seca de la playa.

El pobre perro ni siquiera se podía parar. Había bebido, sin quererlo, tanta agua salada, que se había hinchado como un balón. Por lo demás la marioneta, no queriendo confiarse en exceso, consideró prudente echarse nuevamente al mar y, alejándose de la playa, gritó al amigo rescatado:

—Adiós, Alidoro, que tengas buen viaje y saluda de mi parte a los de tu casa.

—Adiós, Pinocho —respondió el perro—, mil gracias por haberme salvado de la muerte. Me has hecho un gran favor y en este mundo se siembra lo que se cosecha. Si surge la oportunidad, te devolveré el favor.

Pinocho continuó nadando, manteniéndose siempre cerca de la orilla. Finalmente le pareció llegar a un lugar seguro y, dando una ojeada a la playa, vio sobre un escollo una suerte de gruta de la que salía un larguísimo penacho de humo.

—En esa gruta —se dijo entonces—, debe haber fuego. ¡Tanto mejor! Iré a secarme y a calentarme, y luego… ¡ya veré que resulta después!

Cuando adoptó esta determinación, se aproximó al arrecife, pero, en el momento en que se disponía a escalar, sintió algo debajo del agua que subía, subía y subía y que lo transportó en el aire. Trató de escapar, pero ya era tarde, porque con gran asombro se encontró atrapado en una red gigante en medio de un revuelo de peces de todos los tamaños y todas las formas que se agitaban y debatían como almas desesperadas.

Y al mismo tiempo vio salir de la gruta un pescador tan feo que parecía un monstruo marino. En vez de pelo tenía en la cabeza una mata tupidísima de hierba verde, verde era la piel de su cuerpo, verdes los ojos, verde la barba larguísima que le llegaba hasta el suelo. Parecía un inmenso lagarto parado sobre las patas traseras.

Cuando el pescador sacó la red del mar, gritó todo contento:

—¡Divina Providencia! También hoy podré hartarme de peces.

«Al menos yo no soy un pez», se dijo Pinocho, recobrando un poco de valor.

La red llena de peces fue llevada adentro de la gruta, una gruta oscura y ahumada, en medio de la cual se freía una gran sartén de aceite que tenía un olorcito a cera capaz de cortar la respiración.

—Ahora veamos qué peces cayeron —dijo el pescador verde e introduciendo en la red una manaza tan desproporcionada, que parecía la pala de un panadero, sacó una manotada de salmonetes—. ¡Estos buenos salmonetes! —dijo mirándolos y oliéndolos complacido. Y después de haberlos olfateado una vez más, los echó en un cuenco sin agua.

Luego repitió más veces la misma operación y, a medida que fue sacando los otros peces, sentía que se le hacía agua a la boca y relamiéndose decía:

—¡Buenas estas merluzas!

—¡Exquisitos estos mújoles!

—¡Deliciosos estos lenguados!

—¡Sabrosos estos meros!

—¡Apetitosas estas anchoas!

Como pueden imaginárselo, las merluzas, los mújoles, los lenguados, los meros y las anchoas fueron a dar desordenadamente al cuenco a acompañar los salmonetes.

El último que quedó en la red fue Pinocho.

Apenas el pescador lo sacó, abrió del asombro sus grandes ojos verdes, exclamando confundido:

—¿Qué tipo de pez es este? Peces de este tipo no recuerdo haber comido nunca.

Y volvió a observarlo atentamente y, después de haberlo visto bien por todos lados, dijo:

—Ya entendí: debe ser un cangrejo de mar.

Entonces Pinocho, mortificado por sentirse confundido por un cangrejo, dijo con tono resentido:

—¡Pero qué cangrejos ni qué ocho cuartos! ¡Tenga cuidado con cómo me trata! Para su información, soy una marioneta.

—¿Una marioneta? —respondió el pescador—. Si te soy sincero, el pez marioneta es una especie nueva para mí. Mejor así: te comeré con más ganas.

—¿Comerme? ¿Acaso no entiende que yo no soy un pez? ¿No ve que hablo y razono como usted?

—Es verdad —añadió el pescador—. Y como veo que eres un pez que tiene la suerte de hablar y razonar como yo, tendré contigo las debidas consideraciones.

—Y estas consideraciones serían…

—En señal de amistad y de especial estima, te dejaré la elección de cómo quieres ser cocinado. ¿Quieres que te fría en una sartén o prefieres que te cocine en una cazuela con salsa de tomate?

—A decir verdad —respondió Pinocho—, si me toca elegir, prefiero que me dejes libre, para poder volver a mi casa.

—¡No seas chistoso! ¿Te parece que voy a desaprovechar la oportunidad de probar un pez tan raro? No se encuentra todos los días un pez marioneta en estos mares. Déjame a mí: te freiré en una olla junto con los otros peces, y esto será lo mejor para ti. Ser frito en compañía es siempre un consuelo.

El infeliz de Pinocho, al oír estas palabras, comenzó a llorar, a chillar, a suplicar, y llorando decía:

—¿Por qué no fui a la escuela?… He debido hacer caso, y ahora lo estoy pagando…

Y como forcejeaba al igual que una anguila y hacía esfuerzos increíbles por zafarse de las garras del pescador verde, este tomó la corteza de un junco y, después de atarlo de pies y manos como un salami, lo echó al fondo del cuenco con los demás.

Entonces, sacando una taza de madera llena de harina, se puso a enharinar todos esos peces y, a medida que los iba enharinando, los echaba a freír dentro de la olla.

Los primeros en bailar en el aceite hirviendo fueron las pobres merluzas, luego fueron los meros, los mújoles, los lenguados y finalmente las anchoas. Entonces fue el turno de Pinocho, que, al verse tan cercano a la muerte (¡y qué horrible muerte!), fue presa de tantos temblores y tuvo tanto miedo, que no tuvo ni voz ni aliento para suplicar.

¡El pobre niño suplicaba con los ojos! Pero el pescador verde, sin siquiera determinarlo, le dio cinco o seis vueltas en la harina, y quedó tan bien cubierto de la cabeza a los pies, que parecía una marioneta de yeso.

Luego lo tomó de la cabeza y…

XXIX

Vuelve a la casa del Hada, que le promete que a partir del día siguiente dejará de ser una marioneta y se convertirá en un niño. Gran desayuno para festejar este gran acontecimiento.

En el momento en que el pescador estaba a punto a botar a Pinocho en la olla, entró en la gruta un enorme perro que había llegado ahí atraído por el apetitoso olor de la fritura.

—¡Vete! —gritó el pescador amenazándolo, con la marioneta enharinada en la mano.

Pero el pobre perro tenía un hambre feroz y, gimoteando y meneando la cola, parecía decir:

—Dame un pedazo de fritura y de dejo en paz.

—¡Vete, te estoy diciendo! —le repitió el pescador y movió la pierna haciendo el gesto de lanzarle una patada.

Entonces el perro que, cuando tenía hambre de verdad, no estaba habituado a dejarse amedrentar, se puso a ladrar al pescador, mostrándole sus terribles colmillos.

En cierto punto, se oyó en la gruta una vocecita muy débil que decía:

—¡Sálvame, Alidoro! ¡Si no me salvas, me fritan!

El perro reconoció de inmediato la voz de Pinocho y se percató con gran asombro de que la vocecita salía de ese pedazo enharinado que el pescador tenía en la mano.

¿Entonces qué hizo? Dio un gran salto, mordió aquel pedazo enharinado y, teniéndolo cuidadosamente entre los dientes, salió de la gruta veloz como un relámpago.

El pescador, furiosísimo de ver que le arrebataban un pez que se habría comido con gusto, se puso a perseguir al perro, pero después de un tramo le

dio un acceso de tos y debió volver atrás.

Entre tanto Alidoro, reencontrando el sendero que lo conducía a la ciudad, se detuvo y delicadamente puso en el suelo a su amigo Pinocho.

—¡Cuánto te agradezco! —dijo la marioneta.

—No hace falta —replicó el perro—: tú me salvaste y yo te lo debía. Ya sabes: en este mundo es necesario que nos ayudemos los unos a los otros.

—¿Pero cómo resultaste en esa gruta?

—Estuve siempre tirado en esa playa, más muerto que vivo, cuando el viento me trajo de lejos un olor a fritura, y este hizo que se me abriera el apetito, y entonces le seguí la pista. Si hubiera llegado un minuto después…

—¡Ni lo digas! —gritó Pinocho que temblaba todavía del miedo—. ¡Ni lo menciones! Si tú llegas un minuto más tarde, a esta hora estaría bien frito, comido y digerido. *Brrrr*… ¡Me vienen escalofríos de solo pensarlo!

Alidoro, riendo, extendió su pata diestra a la marioneta, que se la estrechó fuerte fuerte en señal de gran amistad. Y después cada uno cogió su camino.

El perro retomó el camino hacia su casa y Pinocho, al quedarse solo, fue a la cabaña que estaba ahí cerca y le preguntó a un viejo que estaba en la puerta calentándose al sol:

—Dígame, buen hombre, ¿usted sabe algo de un pobre niño herido en la cabeza llamado Eugenio?

—El niño fue traído por unos pescadores a esta cabaña y ahora…

—¡Ahora está muerto!… —interrumpió Pinocho con inmenso dolor.

—No: ahora está vivo y ya volvió a su casa.

—¿De verdad verdad? —gritó la marioneta saltando de la alegría—. ¿Entonces la herida no era grave?

—Pero pudo ser gravísima y volverse mortal —respondió el viejo—, porque le arrojaron a la cabeza un libro grandísimo encuadernado en cartón.

—¿Y quién se lo tiró?

—Un compañero de su escuela, un tal Pinocho.

—¿Y quién es este Pinocho? —preguntó la marioneta haciéndose la desentendida.

—Dicen que es un sinvergüenza, un vago, una verdadera pesadilla.

—¡Calumnias, todas calumnias!

—¿Tú conoces a este Pinocho?

—De vista —respondió la marioneta.

—¿Y tú qué opinas de él? —le preguntó el viejo.

—A mí me parece un buen hijo, lleno de ganas de estudiar, obediente, amoroso con su padre y con su familia…

Mientras la marioneta enfilaba una a una todas estas mentiras, se tocó la nariz y se dio cuenta de que se le había alargado más de un palmo. Entonces todo asustado comenzó a gritar:

—No me haga caso, buen hombre, de todo lo que le acabo de decir, pues conozco muy bien a Pinocho y le puedo asegurar yo también que es de verdad un sinvergüenza, un desobediente y un vagabundo que, en vez de ir a la escuela, se va con sus compañeros a hacer pilatunas.

Apenas pronunció estas palabras, su nariz se recortó y volvió a su tamaño natural, al que tenía antes.

—Y, a todas estas, ¿por qué estás completamente blanco? —le preguntó de repente el viejo.

—Le contaré… sin darme cuenta, me he apoyado contra un muro que estaba pintado de blanco —respondió la marioneta, avergonzándose de confesar que lo había enharinado como un pez para freírlo en una olla.

—¿Y qué pasó con tu chaqueta, tus pantalones y tu gorra?

—Me he encontrado con unos ladrones y me los han quitado. Dime, buen hombre, ¿no tendrías por casualidad algo para que me vista, al menos hasta que pueda volver a casa?

—Niño mío, lo único que tengo para que te vistas es la bolsa donde tengo los altramuces. Si lo quieres, tómala, aquí está.

Y Pinocho no hizo que se lo repitiera: cogió la bolsa que estaba vacía y, después de haber hecho con las tijeras un agujero al fondo y dos huecos a

los lados, se lo puso como una camisa. Y así, ligero de ropas, se encaminó hacia el pueblo.

Pero en el camino no lograba sentirse tranquilo, hasta el punto de dar un paso atrás y uno adelante, pues se decía a sí mismo:

—¿Cómo haré para presentarme a mi buena Hadita? ¿Qué dirá cuando me vea?… ¿Podrá perdonarme esta segunda travesura? Apuesto a que no me la perdona: ¡oh, de verdad no me la va a perdonar! Y me lo merezco: porque soy un pilluelo que promete corregirme y nunca cumplo.

Arribó a la ciudad cuando ya era de noche y, porque hacía helaje y el agua llovía a cántaros, fue directo a la casa del Hada, con la firme resolución de tocar a la puerta para que le abrieran.

Pero cuando estuvo ahí le faltó el ánimo y, en vez de tocar, se alejó corriendo unos veinte pasos. Luego volvió una segunda vez a la puerta, y tampoco se decidió. Se aproximó una tercera vez, y nada. La cuarta vez tomó temblando el aldabón de hierro y dio un suave golpecito.

Esperó y esperó y finalmente, después de media hora, se abrió una ventana en el último piso (la casa tenía cuatro pisos) y Pinocho vio asomarse un enorme Caracol que tenía una lámpara en la cabeza; este le dijo:

—¿Quién es a esta hora?

—¿El Hada se encuentra? —preguntó la marioneta.

—El Hada duerme y no quiere ser despertada. ¿Pero tú quién eres?

—Soy yo.

—¿Y quién es «yo»?

—Pinocho.

—¿Cuál Pinocho?

—La marioneta; yo estaba en la casa con el Hada.

—Ah, ya entiendo —dijo el Caracol—: espérame ahí, que ya bajo y te abro.

—Apúrate, por favor, porque muero del frío.

—Muchacho, soy un caracol, y los caracoles nunca tenemos prisa.

Pasó una hora, pasaron dos, y la puerta no se abría. Por lo que Pinocho, que temblaba del frío, del miedo y del agua que lo empapaba, se resolvió a tocar por segunda vez, más fuerte esta vez.

Al segundo toque, se abrió una ventana del tercer piso y se asomó el mismo Caracol.

—Caracolito mío —gritó Pinocho desde la calle—, hace dos horas que espero, y dos horas, con esta noche, parecen más de dos años. Apúrate, por favor.

—Muchacho —le respondió desde la ventana este bicho toda paz y toda flema—, muchacho, soy un caracol, y los caracoles nunca tienen afán.

Y la ventana se cerró.

Pasó un tiempo y llegó la medianoche, luego un toque, luego las dos de la mañana, y la puerta siempre cerrada.

Entonces Pinocho, perdiendo la paciencia, aferró con rabia el aldabón de la puerta para tocar de manera que se oyera en toda la casa, pero el batiente, que era de hierro, se volvió de repente un anguila viva que, escapándose de sus manos, desapareció en un arroyuelo de agua en mitad de la calle.

—¿Ah, sí? —gritó Pinocho cada vez más cegado por la cólera—. Si el aldabón huye, seguiré tocando a patadas.

Y dando unos pasos para atrás, mandó una solemne patada en la puerta de la casa. El golpe fue tan fuerte, que el pie penetró en la madera hasta la mitad. Y cuando la marioneta intentó sacarlo, todos sus esfuerzos fueron en vano, porque el pie había quedado incrustado como un clavo remachado.

¡Imagínense al pobre Pinocho! Debió pasar el resto de la noche con un pie en el suelo y el otro por el aire.

Finalmente al alba del día siguiente la puerta se abrió. Ese esforzadísimo Caracol, para bajar del cuarto piso al primero, solo tuvo que dedicar nueve horas. Además, hace falta aclarar que además sudó copiosamente.

—¿Qué hace tu pie ahí clavado en la puerta? —preguntó riendo a la marioneta.

—Ha sido una desgracia. Mira, Caracolito precioso, te contaré si logras liberarme de este suplicio.

—Niño mío, aquí hace falta un leñador… Y yo no soy una leñadora.

—Ruégale al Hada de parte mía…

—El Hada duerme y no le gusta que la despierten.

—¿Pero qué quieres que yo haga, clavado todo el día en esta puerta?

—Diviértete contando las hormigas que pasan por el camino.

—Tráeme al menos algo de comer, porque siento que me voy a desmayar.

—¡De inmediato! —dijo el Caracol.

En efecto, después de tres horas y media, Pinocho lo vio regresar con una bandeja de plata en la cabeza. En la bandeja había un pan, un pollo asado y cuatro albaricoques maduros.

—Esta es la comida que te envía el Hada —dijo el Caracol.

Al ver esas delicias, la marioneta experimentó un gran consuelo. Pero cuál fue su desengaño cuando, comenzando a comer, se percató de que el pan era de yeso, el pollo de cartón y los cuatro albaricoques de alabastro, pintados como si fueran de verdad.

Quería llorar, quería abandonarse a la desesperación, quería arrojar la bandeja y todo lo que tenía, pero, en vez de esto, sea por el gran dolor o por la debilidad, se desmayó.

Cuando recobró la consciencia, se encontró acostado sobre un sofá y el Hada estaba junto a él.

—Te perdono también esta vez —le dijo el Hada—, ¡pero te vas a meter un problema si vuelves a hacer una de las tuyas!

Pinocho prometió y juró que iba a estudiar y a comportarse debidamente. Y mantuvo la palabra el resto del año. De hecho, tras los exámenes se ganó el honor de ser el mejor de la escuela y sus actitudes, en general, fueron juzgadas tan loables, que el Hada toda contenta le dijo:

—Mañana finalmente tu deseo será satisfecho.

—¿Cuál?

—Mañana dejarás de ser una marioneta de palo y te convertirás en un niño con todas las de la ley.

Quien no haya visto la alegría de Pinocho, ante esta noticia tan anhelada, nunca podrá imaginársela. Todos sus amigos y compañeros de escuela fueron invitados al día siguiente a una gran comida en la casa del Hada, para festejar juntos el gran acontecimiento. Y el Hada había hecho preparar doscientas tazas de café con leche y cuatrocientos panes con mantequilla. Ese día prometía ser maravilloso y alegre, pero…

Desgraciadamente, en la vida de las marionetas hay siempre un pero que lo estropea todo.

XXX

Pinocho, en vez de convertirse en un niño, se escapa a escondidas con su amigo hacia el País de los Juguetes.

Como es natural, Pinocho le pidió permiso al Hada para ir a la ciudad a hacer las invitaciones, y el Hada le dijo:

—Buen, ve a invitar a tus compañeros a la comida de mañana, pero acuérdate de volver a casa antes de que se haga de noche. ¿Entendiste?

—Prometo estar de regreso en una hora —respondió la marioneta.

—¡Ten cuidado, Pinocho! Los niños siempre están listos a hacer promesas, pero las más de las veces no las saben cumplir.

—Pero yo no soy como los demás: yo, cuando digo algo, lo cumplo.

—Ya veremos. En todo caso, si desobedeces, tanto peor para ti.

—¿Por qué?

—Porque los niños que no hacen caso a los consejos de quien sabe más que ellos siempre les sucede alguna desgracia.

—¡Ya lo sé! —dijo Pinocho—. Pero no me vuelve a pasar.

—Ya veremos si dices la verdad.

Sin decir más, la marioneta se despidió de la buena Hada, que era como su mamá, y cantando y bailando atravesó el umbral de la puerta y salió de casa.

En poco más de una hora todos sus amigos habían sido invitados. Algunos aceptaron de inmediato y de corazón; otros al principio se hicieron de rogar, cuando supieron que el pan para mojar en el café con leche iba a tener mantequilla por todos lados, terminaron diciendo: «Sí, iremos para darte gusto».

Ahora es necesario saber que Pinocho, entre sus amigos y compañeros de escuela, tenía uno al que quería más y era su preferido; se llamaba Romeo, pero todos lo llamaban «Pabilo», pues era delgado, enjuto y espigado, tal como el pabilo nuevo de un velón.

Pabilo era el niño más vago y travieso de toda la escuela, pero Pinocho lo quería mucho. De hecho, fue el primero que fue a buscar para invitarlo a la comida, pero no lo encontró. Volvió una segunda vez, y Pabilo no estaba. Regresó una tercera vez, e hizo el camino en vano.

¿Dónde poderlo pescar? Buscó en un lado y en otro, y finalmente lo vio escondido en el pórtico de la casa de unos campesinos.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó Pinocho acercándose.

—Espero la medianoche para partir.

—¿Adónde vas?

—Lejos, muy lejos.

—¡Y yo que he ido a tu casa tres veces!…

—¿Qué quieres de mí?

—¿No sabes del gran acontecimiento? ¿No sabes la suerte que tengo?

—¿Cuál?

—Mañana dejo de ser una marioneta y me vuelvo un niño como tú y como los demás.

—Que te aproveche.

—Mañana, por esto, espero para que vengas a comer en mi casa.

—Pero ya te dije que parto esta noche.

—¿A qué hora?

—Dentro de poco.

—¿Y adónde vas?

—Voy a vivir en un país… que es el país más maravilloso del mundo: ¡una verdadera dicha!

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el País de los Juguetes. ¿Por qué no vienes conmigo?

—No, ¡no puedo!

—¡Te equivocas, Pinocho! Créeme, si no vienes, te arrepentirás. ¿Dónde vas a encontrar un lugar mejor para nosotros los niños? Allí no hay escuelas, no hay maestros, no hay libros. En ese país bendito no se estudia jamás. El jueves no se estudia y cada semana está compuesta de seis jueves y un domingo. Imagínate que las vacaciones de otoño comienzan el primero de enero y terminan el último día de diciembre. ¡Este es el país que de verdad quiero! ¡Así deberían ser todos los países civilizados!

—¿Pero cómo se pasan los días en ese País de los Juguetes?

—Se pasan jugando y divirtiéndose de la mañana a la noche. Por la noche te vas a dormir y a la mañana siguiente comienza de nuevo todo. ¿Qué te parece?

—¡*Uhm*! —exclamó Pinocho y meneó ligeramente la cabeza, como diciendo: "Es una vida que querría yo también".

—Entonces, ¿quieres venir conmigo? ¿Sí o no? Decídete.

—No, no, no. Ahora le prometí a mi Hada volverme un niño de bien y quiero mantener la promesa. Mejor dicho, como veo que el sol se está poniendo, te tengo que dejar, pero te deseo un buen viaje.

—¿Adónde corres con tanto afán?

—A mi casa. Mi buena Hada quiere que vuelva antes de que caiga la noche.

—Espera un par de minutos más.

—Se me hace muy tarde.

—Solamente dos minutos.

—¿Y si después el Hada me regaña?

—Déjala que te regañe. Cuando te haya regañado lo suficiente, se calmará —dijo ese pilluelo de Pabilo.

—¿Y cómo vas a hacer? ¿Te vas a ir solo o en compañía?

—¿Solo? Seremos más de cien niños.

—Y el viaje, ¿lo hacen a pie?

—Dentro de poco pasará por aquí un carro que me debe conducir hasta la frontera del aquel país maravilloso.

—¡Cuánto daría por ver pasar el carro ahora!

—¿Por qué?

—Para verlos partir a todos ustedes.

—Quédate aquí un rato más y nos verás.

—No: quiero volver a casa.

—Espera un par de minutos más.

—Me he demorado demasiado. El Hada debe estar preocupada por mí.

—¡Pobre Hada! ¡Debe pensar que te han comido los murciélagos!

—Pero entonces —añadió Pinocho—, ¿de verdad estás seguro de que en ese país no hay escuelas?

—Ni una sola.

—¿Ni tampoco maestros?

—Ni siquiera uno.

—¿Y no hay ninguna obligación de estudiar?

—Ninguna en absoluto.

—¡Qué bello lugar! —dijo Pinocho, que ya se empezaba a ilusionar—. ¡Qué bien suena! Nunca he estado, pero ya me lo imagino.

—¿Por qué no vienes tú?

—Es inútil que me tientes. Ya prometí a mi buena Hada volverme un niño juicioso y no quiero faltar a mi palabra.

—Entonces adiós y salúdame a los de primaria y a los de bachillerato… si te los encuentras por ahí.

—Adiós, Pabilo: que tengas buen viaje, diviértete y acuérdate de vez en cuando de tus amigos.

Dicho esto, la marioneta dio dos pasos reanudando su camino, pero entonces, deteniéndose y volviéndose hacia su amigo, le preguntó:

—¿Pero estás completamente seguro de que en ese lugar todas las semanas tienen seis jueves y un domingo?

—¡Segurísimo!

—¿Y en serio las vacaciones principian el primero de enero y terminan el último día de diciembre?

—¡No hay duda!

—¡Qué hermoso lugar! —repitió Pinocho, escupiendo con gran satisfacción. Luego, con ánimo resuelto, añadió de afán: —Entonces, adiós de verdad, y buen viaje.

—Adiós.

—¿Dentro de cuánto partirán?

—Dentro de poco.

—¡Qué lástima! Si solo faltara una hora, podría esperar.

—¿Y el Hada?…

—Ya voy tarde… y volver a casa una hora antes o una hora después va a ser lo mismo.

—¡Pobre Pinocho! ¿Y si el Hada te regaña?

—Está bien: la dejaré que me regañe. Cuando me haya regañado lo suficiente, se calmará.

Entre tanto ya se había hecho noche y había oscurecido. Pero en cierto momento vieron moverse a lo lejos una lucecita y les llegó un sonido de cascabeles y un toque de trompeta, tan agudo y sofocado que parecía el silbido de un zancudo.

—¡Helo aquí! —gritó Pabilo, parándose inmediatamente.

—¿Qué? —preguntó en voz baja Pinocho.

—Es el carro, que viene a llevarme. Entonces, ¿quieres venir o no?

—¿Pero es verdad —preguntó la marioneta— que en aquel país los niños no tienen nunca la obligación de estudiar?

—¡Nunca, nunca jamás!

—¡Qué hermoso lugar, qué hermoso, qué maravilla!

XXXI

Pinocho, en vez de convertirse en un niño, se va con su amigo Pabilo al País de los Juguetes.

Finalmente el carro llegó y lo hizo sin hacer el más mínimo ruido, porque sus ruedas estaban hechas de estopa y andrajos.

Lo tiraban doce parejas de burritos, todos del mismo tamaño, pero de diverso pelaje.

Eran pardos, o blancos, o entrecanos, o de grandes rayas amarillas y turquesa.

Pero el aspecto más singular era el siguiente: que estas doce parejas, es decir estos veinticuatro burritos, en vez de estar herrados como suelen estarlo las bestias de tiro, tenían en las patas unas botinas de hombre hechas con cuero blanco.

¿Y el conductor del carro?

Imagínense un hombre más ancho que alto, tierno y untuoso como una bola de mantequilla, con una carita de pomarrosa, una boquita que reía siempre y una voz meliflua y sutil, como la de un gato que trata de ganarse los favores de la dueña de la casa.

Todos los niños, apenas lo veían, quedaban encantados y hacían competencia para montarse en su carro y ser conducidos por él hacia esa buena vida conocida en la carta geográfica con el seductor nombre del País de los Juguetes.

De hecho, el carro ya estaba lleno de niños entre los ocho y los doce años, montados unos sobre los otros como anchoas enlatadas. Estaban mal, estaban embutidos, no podían casi respirar, pero ninguno decía nada, nadie se lamentaba. El consuelo de saber que en pocas horas llegarían a ese sitio donde no había libros, ni escuelas, ni maestros los ponía tan felices, y a la

vez tan resignados, que no sentían ni las incomodidades, ni el cansancio, ni el hambre, ni la sed, ni el sueño.

Apenas el carro se detuvo, el Hombrecito se volvió hacia Pabilo y, con mil muecas y de mil maneras, le preguntó sonriendo:

—Dime, querido niño mío, ¿quieres venir tú también a este dichoso país?

—Claro que quiero ir.

—Pero te advierto, querido mío, que en el carro ya no hay puesto. Como ves, está repleto.

—¡Está bien! —respondió Pabilo—, si no hay puesto adentro, me acomodaré aquí sentado en las varales del carro.

Y dando un salto, se montó a horcajadas en los varales.

—Y tú, precioso —dijo el Hombrecito mostrándose más obsequioso—, ¿qué vas a hacer? ¿Vienes con nosotros o te quedas?

—Yo me quedo —respondió Pinocho—. Quiero volver a mi casa: quiero estudiar y ganarme los honores de la escuela, como hacen todos los niños buenos.

—¡Que te aproveche!

—¡Pinocho! —dice entonces Pabilo—, hazme caso: ven conmigo y te aseguro que la vamos a pasar bien.

—¡No, no, no!

—Ven, la vamos a pasar bien —gritaron al tiempo un centenar de voces desde dentro del carro.

—Y si voy con ustedes, ¿qué le diré a mi buena Hada? —dijo la marioneta que comenzaba a titubear y a dar su brazo a torcer.

—No te llenes la cabeza con melancolías. Piensa que vamos a un lugar donde tendremos de hacer alboroto de la mañana a la noche.

Pinocho no respondió, pero dejó escapar un suspiro; luego, otro suspiro; hubo un tercer suspiro, y finalmente dijo:

—Ábranme lugar: yo también quiero ir.

—No hay puesto —replicó el Hombrecito—, pero para mostrarte cuán complacidos estamos de que vengas, puedo cederte mi puesto en el pescante. Yo haré el camino a pie.

—No, no puedo permitirlo. Prefiero entonces subirme en la grupa de alguno de estos burritos —gritó Pinocho.

Dicho y hecho: se acercó al burrito derecho dela primera pareja e hizo el gesto de quererlo cabalgar; pero la bestia, volviéndose en seco, le dio un gran hocicazo en el estómago y lo arrojó volando por el aire.

Imagínense la risotada impertinente y desquiciada de todos esos niños que presenciaron la escena.

Pero el Hombrecito no se rio. Se aproximó amorosísimo al burrito rebelde y, haciendo el gesto de darle un beso, le arrancó con un mordisco la mitad de la oreja derecha.

Mientras tanto Pinocho, poniéndose de pie enfurecido, se impulsó y de un salto se montó en la grupa del pobre animal. Y fue un salto tan hermoso que los niños, dejando de reír, comenzaron a exclamar: «Viva Pinocho» y a desgranar aplausos que nunca se acababan.

Pero de repente el burrito alzó las dos patas traseras y, dando un fortísima sacudida, arrojó a la pobre marioneta a la mitad de la calle sobre un montón de grava.

Entonces todos se desternillaron de risa, pero el Hombrecito, en vez de reír, se sintió poseído de gran amor por el inquieto burrito, al que, con un beso, le quitó la mitad de la otra oreja. Luego le dijo a la marioneta:

—Vuelve a montar, sin miedo. Este burrito tenía un grillo en la cabeza. Pero le he dicho un par de palabritas y espero así haberlo amansado y vuelto razonable.

Pinocho se montó y el carro comenzó a moverse, pero en el momento en que los burritos galopaban y el carro corría sobre el empedrado del camino principal, le pareció a la marioneta oír una voz queda y apenas inteligible que le dijo:

—Pobre bobalicón, has querido hacer lo que te da la gana, pero te arrepentirás.

Pinocho, un poco asustado, miró hacia aquí y hacia allá intentando descifrar de dónde venía la voz, pero no vio a nadie: los burritos galopaban, el carro andaba, los niños dormían en el carro, Pabilo roncaba como un lirón y el Hombrecito, sentando en el pescante, canturreaba entre dientes:

Todos por la noche duermen,
y yo no duermo jamás…

Luego de medio kilómetro, Pinocho oyó la misma vocecita débil que le dijo:

—¡Tenlo en mente, tontarrón! Los niños que dejan de estudiar y les dan la espalda a los libros, a las escuelas y a los maestros, para dedicarse enteramente a los juegos y a las diversiones, no les queda otra que acabar mal… Yo lo sé por experiencia… y te lo puedo decir. Vendrá un día en que llorarás tú también, como hoy lloro yo… pero entonces será tarde.

A estas palabras susurradas quedamente, la marioneta, asustada más que nunca, saltó de la grupa y fue a tomar a su burro por el hocico.

E imagínense cómo quedó cuando se dio cuenta de que su burro lloraba… ¡y lloraba como un niño!

—Ey, señor —gritó entonces Pinocho al dueño del carro—, ¿sabe qué está pasando? Este burro llora.

—Déjalo llorar: ya reirá cuando sea el momento.

—¿Pero acaso usted le ha enseñado a hablar?

—No, ha aprendido él solo a mascullar algunas palabras, tras haber estado tres años en una compañía de perros amaestrados.

—¡Pobre bestia!

—Vamos, vamos —dijo el Hombrecito—, no perdamos nuestro tiempo viendo llorar un burro. Vuélvete a montar y vamos: la noche está fresca y el camino es largo.

Pinocho obedeció sin chistar. El carro reanudó su carrera y, a la mañana siguiente, al alba, arribaron felizmente al País de los Juguetes.

Este país no se parecía a ningún otro país del mundo. Su población estaba toda compuesta por niños. Los más viejos tenían catorce años, los más jóvenes apenas ocho. ¡En las calles reinaba una alegría, un barullo, una gritería para enloquecerse! Pandillas de traviesos por todo lado: estaban los que jugaban con las canicas, al tejo o con una pelota; otros iban en bicicleta o se balanceaban montados en un caballo de madera; estos jugaban a la gallina ciega, esos se perseguían, otros, vestidos de payasos, echaban fuego por la boca; unos actuaban, o cantaban, o hacían saltos mortales, o se divertían caminando con las manos en el suelo y los pies por el aire; había quienes jugaban con el aro, quien se paseaba vestido de general con el casco de papel y un escuadrón de cartón; niños que reían, gritaban, llamaban, batían las manos, fisgoneaban, imitaban a las gallinas al poner un huevo. En suma, era tal el pandemonio, el batiburrillo, el alboroto desenfrenado, que era necesario meterse algodón en los oídos para no quedarse sordo. En todas las plazas se veían teatrinos de tela, poblados de niños de la mañana a la noche, y en todos los muros de las casas se leían, escritas con carbón, frases del siguiente tenor: «Vivan los jugetes» (en vez de «juguetes»), «No queremos más hescuelas» (en vez de «escuelas»), «Abajo Larin Metica» (en vez de «la aritmética») y otras perlas similares.

Pinocho, Pabilo y todos los demás niños que habían hecho el viaje con el Hombrecito, apenas pusieron pie en la ciudad, se fijaron de inmediato en la gran barahúnda y, en pocos minutos, como es fácil imaginárselo, se volvieron amigos de todos. ¿Cuál era el más contento, cuál el más feliz de todos?

En medio de las inagotables diversiones y continuos esparcimientos, las horas, los días y las semanas pasaban como relámpagos.

—¡Oh, qué gran vida! —decía Pinocho todas las veces que por casualidad se topaba con Pabilo.

—¿Ves que tenía razón? —replicaba este último—. ¡Y pensar que tú no querías venir! ¡Y pensar que se te había metido en la cabeza volver a la casa de tu Hada, para perder el tiempo estudiando!… Si hoy te has liberado del fastidio de los libros y de las escuelas, me lo debes a mí, a mis consejos, a mis favores, ¿no crees? Los verdaderos amigos son los que te hacen estas grandes atenciones.

—Es verdad, Pabilo. Si hoy soy un niño absolutamente contento, es gracias a ti. ¿Y sabes qué me decía el maestro de ti? Me decía siempre: «No hagas lo que hace ese travieso de Pabilo; Pabilo es una mala compañía y no podría aconsejarte nada distinto de hacer el mal».

—¡Pobre maestro! —replicó el otro, meneando la cabeza—. Sé por desgracia que me tenía tirria y que se divertía calumniándome. Pero yo soy generoso y lo perdono.

—¡Gran corazón! —dijo Pinocho, abrazando afectuosamente al amigo y dándole un beso en medio de los ojos.

Y así ya eran cinco meses que duraba esta dicha de divertirse y jugar los días enteros, sin ver un solo libro ni una escuela, cuando Pinocho, despertándose, tuvo, como se suele decir, una desagradable sorpresa, que lo puso de inmediato de mal humor.

XXXII

A Pinocho le salen orejas de burro y entonces se convierte en un burro de verdad y comienza a rebuznar.

¿Y esta sorpresa cuál fue?

Se lo diré, mis queridos y pequeños lectores: la sorpresa fue que Pinocho, despertándose, espontáneamente le da por rascarse la cabeza, y al rascarse se da cuenta de…

¿Adivinen de qué se da cuenta?

Se da cuenta, con grandísimo asombro, de que las orejas le habían crecido más de un palmo.

Ustedes saben que la marioneta, desde su nacimiento, tenía las orejas chiquitas chiquitas, tanto que a simple vista ni siquiera se veían. Imagínense cómo quedó cuando se dio cuenta de que sus orejas, durante la noche, estaban tan largas como dos escobillas.

Fue rápido a buscar un espejo, para poderse ver, pero, al no encontrar un espejo, llenó de agua una palangana y, viendo su reflejo, vio lo que nunca debió haber visto: vio su imagen embellecida por un magnífico par de orejas de burro.

Dejo a ustedes que imaginen el dolor, la vergüenza y la desesperación del pobre Pinocho.

Comenzó a llorar, a chillar, a darle cabezazos a la pared, pero cuanto más se desesperaba, más sus orejas crecían y se volvían peludas hacia las puntas.

Al sonido de esos gritos agudísimos, entró en la habitación una hermosa Marmotica que vivía en el piso de arriba, la cual, viendo a la marioneta en tal agitación, le preguntó afanosamente:

—¿Qué sucede, mi querido vecino?

—Estoy enfermo, Marmotica mía, muy enfermo… y enfermo de un padecimiento que me da miedo. ¿Tú sabes tomar el pulso?

—Un poquito.

—Mira entonces si por casualidad tengo fiebre.

La Marmotica alzó la pata derecha y, después de haber palpado el pulso a Pinocho, le dijo suspirando:

—Amigo mío, lamento darte una mala noticia.

—¿Cuál?

—Tienes una fiebre muy fea.

—¿Y qué fiebre es esa?

—La fiebre del burro.

—No sé cuál es esta fiebre —respondió la marioneta, que por desgracia la estaba sufriendo.

—Ya te explico —añadió la Marmotica—. Debes saber que dentro de dos o tres horas no serás ya una marioneta ni tampoco un niño…

—¿Y qué seré entonces?

—Dentro de dos o tres horas te convertirás en un burrito hecho y derecho, como los que tiran la carreta y llevan las coles y las lechugas al mercado.

—¡Oh, pobre, pobre de mí! —gritó Pinocho cogiéndose con las manos las dos orejas, y jalándoselas y tratándoselas de arrancar como si fuesen las orejas de otro.

—Querido mío —replicó la Marmotica para consolarlo—, ¿qué quieres hacer ahora? Este es tu destino. Esto estaba escrito en los decretos de la sabiduría: todos los niños vagos que se aburren con los libros, las escuelas y los maestros y pasan sus días entre juguetes y diversiones terminan tarde o temprano transformados en pequeños burros.

—¿De verdad es siempre así? —preguntó sollozando la marioneta.

—Por desgracia es así. Y ahora las lágrimas son inútiles. ¡Era necesario pensarlo antes!

—Pero la culpa no es mía: la culpa, créelo, Marmotica, es toda de Pabilo.

—¿Y quién es este Pabilo?

—Un compañero mío de la escuela. Yo quería volver a casa, quería ser obediente, quería seguir estudiando, ser aplicado… pero Pabilo me dijo: «¿Por qué quieres aburrirte estudiando? ¿Para qué quieres ir a la escuela? Más bien ven conmigo, al País de los Juguetes: allí no estudiaremos, allí nos divertiremos de la mañana a la noche y viviremos siempre alegres».

—¿Y por qué seguiste el consejo de ese falso amigo, de ese mal compañero?

—¿Por qué? Porque, Marmotica mía, soy una marioneta sin juicio… y sin corazón. Oh, si hubiera tenido una pizca de corazón, nunca habría abandonado a la buena Hada, que me quería como una madre y que había hecho tanto por mí… Y a esta hora no sería una marioneta, sino un niño de bien como tantos. Pero si me llego a encontrar a Pabilo, ¡que se tenga! Le voy a poner los puntos sobre las íes.

E hizo el gesto de querer salir. Pero cuando estaba en la puerta, se acordó de que tenía orejas de burro y, avergonzándose de mostrarlas en público, ¿qué se le ocurrió? Tomó una gran gorra de algodón y, poniéndosela en la cabeza, se la caló hasta la nariz.

Luego salió y se puso a buscar a Pabilo por todos lados. Lo buscó en las calles, en las plazas, en los teatrinos, en todas partes, pero no lo encontró. Preguntó por él a todos los que se encontraba, pero nadie lo había visto.

Entonces fue a buscarlo a su casa y, al llegar a la puerta, tocó.

—¿Quién es? —preguntó Pabilo, desde dentro.

—Soy yo —respondió la marioneta.

—Espera un momento, ya te abro.

Después de media hora la puerta se abrió e imagínense cómo quedó Pinocho al entrar a la sala y ver a su amigo Pabilo con un gran gorro en la cabeza, encasquetado hasta la nariz.

Al ver ese gorro, Pinocho casi sintió consuelo y pensó en ese instante para sí: «¿Será que mi amigo sufre la misma enfermedad que yo tengo? ¿Tendrá la fiebre del burro?».

Y fingiendo no darse cuenta de nada, le preguntó sonriendo:

—¿Cómo estás, querido Pabilo?

—Muy bien: como un ratón dentro de un queso parmesano.

—¿Lo dices en serio?

—¿Y por qué habría de mentirte?

—Discúlpame, amigo: ¿y entonces por qué tienes en la cabeza ese gorro de algodón que te cubre hasta las orejas?

—Me lo ha recetado el médico, porque me pegué en esta rodilla. Y tú, querida marioneta, ¿por qué llevas ese gorro de algodón encasquetado hasta la nariz?

—Me lo ha recetado el médico, porque me duele este pie.

—¡Oh, pobre Pinocho!

—¡Oh, pobre Pabilo!

A estas palabras siguió un larguísimo silencio, durante el cual los dos amigos no hicieron más que observarse el uno al otro en plan de burla.

Finalmente la marioneta, con una vocecita meliflua y aflautada, le dijo a su compañero.

—Sácame de una duda, mi querido Pabilo: ¿has tenido alguna enfermedad en las orejas?

—¡Nunca! ¿Y tú?

—¡Nunca! Pero desde esta mañana siento rasquiña en una oreja.

—A mí me pasa lo mismo.

—¿También a ti?… ¿Y cuál es la oreja que te molesta?

—Las dos. ¿Y a ti?

—Las dos. ¿Será la misma enfermedad?

—Me temo que sí.

—¿Quieres hacerme un favor, Pabilo?

—¡Con gusto! ¡De todo corazón!

—¿Me dejas ver tus orejas?

—¿Por qué no? Pero primero quiero ver las tuyas, querido Pinocho.

—No, primero muéstramelas tú.

—No, querido. Primero tú y después yo.

—Está bien —dice entonces la marioneta—, hagamos un pacto de buenos amigos.

—Te oigo.

—Levantemos los dos el gorro al mismo tiempo, ¿te parece?

—Sí, me parece.

—Entonces, pon atención —y Pinocho comenzó a contar en voz alta—: ¡uno!… ¡dos!… ¡tres!

A la palabra de tres, los dos niños tomaron sus gorros de la cabeza y los lanzaron al aire.

Y entonces sucedió algo increíble, si no hubiera pasado de verdad. Sucedió que Pinocho y Pabilo, cuando se vieron víctimas de la misma desgracia, en vez de mortificarse y lamentarse, comenzaron a acariciarse sus orejas desmesuradamente grandes y, después de mil monerías, acabaron soltando una sonora carcajada.

Y siguieron riendo tanto que no podían mantenerse en pie, hasta que, en el momento de mayor alborozo, Pabilo de repente se calló y, tambaleándose y cambiando de color, le dijo a su amigo:

—¡Ayuda, ayuda, Pinocho!

—¿Qué pasa?

—Ay, no logro pararme en las dos piernas.

—Yo tampoco puedo —gritó Pinocho gimiendo y bamboleándose.

Y mientras hablaban así, quedaron a gatas y, caminando con las manos y con los pies, comenzaron a dar vueltas por la habitación. Y, al tiempo que corrían, sus brazos se convirtieron en patas, sus caras se alargaron y se volvieron hocicos y sus espaldas se cubrieron con un pelaje grisáceo, manchado de negro.

¿Pero saben cuál fue el momento más feo para estos dos desdichados? El momento más feo y más humillante fue cuando les empezó a salir por detrás una cola. Vencidos ahora por la vergüenza y el dolor, intentaron llorar y quejarse por su destino.

¡Ojalá nunca lo hubieran hecho! En vez de gemidos y lamentos, salieron rebuznos de burro, y rebuznando sonoramente hacían los dos en coro:

—*Ijá*, *ijá*, *ijá*.

En ese momento tocaron a la puerta y una voz de afuera dijo:

—¡Abran! Soy el Hombrecito, soy el conductor del carro que los trajo a este país. ¡Abran ya o se van a meter en problemas!

XXXIII

Convertido en un burro de verdad, lo llevan a una venta donde lo compra el director de una compañía de payasos, el cual quiere enseñarle a bailar y a saltar obstáculos. Pero una noche empieza a cojear y entonces lo compra otro para hacer con su piel un tambor.

Viendo que la puerta no se abría, el Hombrecito la abrió con una violentísima patada y, luego de entrar en la sala, dijo con su habitual risita a Pinocho y a Pabilo:

—¡Muy bien, niños! Han rebuznado bien; los he reconocido al instante. Vengan acá.

Al oír estas palabras los dos burritos se sintieron abatidos, cabizbajos; tenían las orejas abajo y la cola entre las patas.

Desde el principio, el Hombrecito los sobó, los acarició, los palpó; luego, sacó un peine y comenzó a peinarlos muy bien.

Y cuando de tanto peinarlos los dejó lustrosos como dos espejos, les puso el cabestro y los condujo a la plaza de mercado, con la esperanza de venderlos y obtener así alguna ganancia.

Y los compradores, de hecho, no se hicieron esperar.

Pabilo fue comprado por un campesino a quien se le había muerto el burro el día anterior y Pinocho fue vendido al director de una compañía de payasos y saltadores de cuerda, el cual lo compró para amaestrarlo y así ponerlo a saltar y bailar junto con las otras bestias de la compañía.

¿Ya entendieron, mis queridos lectores, cuál era el trabajo al que se dedicaba el Hombrecito? Este horrible monstruo, que parecía dulce como la miel, iba cada tanto con un carro a dar vueltas por el mundo y recogía con promesas y con halagos a todos los niños vagabundos que se aburrían de los libros y las escuelas y, después de haberlos subido en su carro, los conducía al País de los Juguetes, para que se la pasaran jugando, alborotando y divirtiéndose. Más tarde, cuando esos pobres niños ingenuos, a punta de

jugar siempre y no estudiar jamás, se volvían burros, él entonces muy contento se los adueñaba y los llevaba a vender a las ferias y al mercado. Y así, en pocos años, había logrado hacerse una considerable fortuna.

Eso que le sucedió a Pabilo, no lo sé; por otro lado, sé que Pinocho tuvo desde los primeros días una vida durísima y agotadora.

Cuando fue conducido al establo, el nuevo dueño le llenó el pesebre de paja, pero Pinocho, después de haber probado un bocado, la escupió.

Entonces el dueño, refunfuñando, le llenó el pesebre de heno, pero tampoco el heno le gustó.

—Ah, ¿no te gusta tampoco el heno? —gritó el dueño enfurecido—. Déjame a mí, hermoso burrito, que si tienes caprichos, ya sabré como quitártelos.

Y, para corregirlo, le propinó un latigazo entre las patas.

Pinocho, del gran dolor, comenzó a llorar y a rebuznar, y rebuznando dijo:

—*Ijá*, *ijá*, no puedo digerir la paja.

—Entonces cómete el heno —replicó el dueño, que entendía perfectamente la lengua de los burros.

—*Ijá*, *ijá*, el heno hace que me duela el cuerpo.

—¿Pretenderás entonces que alimente a un burro como tú a punta de pechugas de pollo y galantina de pollo —agregó el dueño cada vez más airado y asestándole un segundo latigazo.

Tras este segundo latigazo Pinocho, por prudencia, se quedó callado y no volvió a musitar palabra.

Cerraron el establo y Pinocho quedó solo y, como ya llevaba varias horas sin haber comido, comenzó a bostezar por el hambre y, al bostezar, abría la boca como si fuera un horno.

Al final, no habiendo nada más en el pesebre, se resignó a masticar un poco de heno y, después de haberlo masticado bien, cerró los ojos y se lo tragó.

«Este heno no está mal —dijo para sí—, pero, ay, si hubiera seguido estudiando… A esta hora, en vez de heno, podría comer un pedazo de pan fresco y un buen trozo de salami. ¡Qué se le va hacer!…».

A la mañana siguiente, despertándose, buscó en el pesebre otro poco de heno, pero no lo encontró, porque se lo había comido todo por la noche.

Entonces tomó un bocado de paja picada, pero en el momento en que la masticaba, se dio cuenta de que el sabor de la paja no se parecía en nada al risotto a la milanesa ni a los macarrones a la napolitana.

—¡Qué se le va a hacer! —repitió, sin dejar de masticar—… Que al menos mi desgracia pueda servir de lección a todos los niños desobedientes y que no tienen ganas de estudiar… ¡Qué se le va a hacer!

—¡Ya basta! —gritó el dueño, entrando en ese momento en el establo—. ¿Crees acaso, mi querido burrito, que yo te compré únicamente para darte de comer y de beber? Te compré para que trabajes y me hagas ganar un buen dinero. ¡Párate, no te quedes ahí! Ven conmigo al circo y allá te enseñaré a saltar los obstáculos, a romper con la cabeza toneles de cartón y a bailar el vals y la polca parado en las patas traseras.

El pobre Pinocho, por amor o por fuerza, debió aprender todas estas cosas, pero, para aprenderlas, fueron necesarios trece meses de clases y muchos latigazos que lo dejaron pelado.

Llegó finalmente el día en que su dueño pudo anunciar un espectáculo verdaderamente extraordinario. Los carteles de varios colores, pegados en las esquinas, decían así:

GRAN ESPECTÁCULO DE GALA
Por esta noche
TENDRÁN LUGAR LOS HABITUALES SALTOS
Y SORPRENDENTES EJERCICIOS
realizados por todos los artistas
y todos los caballos de la compañía
y además
SERÁ PRESENTADO POR PRIMERA VEZ
el famoso
BURRO PINOCHO
denominado
LA ESTRELLA DEL BAILE

El teatro estará iluminado como si fuera de día

Esa noche, como pueden imaginárselo, una hora antes de que comenzara el espectáculo, el teatro estaba lleno a reventar.

No había ni un solo puesto libre, ni una silla sin ocupante, ni un palco vacío, ni siquiera pagándolos a precio de oro.

Las gradas del circo hormigueaban de niños y niñas de todas las edades, que estaban ansiosos por ver bailar al famoso burro Pinocho.

Al finalizar la primera parte del espectáculo, el Director de la compañía, vestido con un saco negro, pantalones blancos y botas de piel que le llegaban más arriba de las rodillas, se presentó al nutridísimo público y, haciendo una gran venia, inició con gran solemnidad este delirante discurso:

—¡Respetable público, damas y caballeros!

“Este humilde servidor, estando de paso por esta ilustre metrópoli, ha querido tener el honor, qué digo, el placer de presentar a este inteligente y conspicuo auditorio un célebre burro que tuvo ya el honor de bailar ante la presencia de Su Majestad el Emperador, en las principales cortes de Europa.

«Y dándoles las gracias a todo ustedes, les pido que nos ayuden con su magnífica y animada concurrencia».

Este discurso estuvo acompañado por muchas carcajadas y aplausos, pero los aplausos se redoblaron y se convirtieron en una suerte de huracán ante la aparición del burro Pinocho en mitad de la pista del circo. Estaba engalanado como para una fiesta. Tenía unas riendas nuevas de piel brillante, con broches y botones de latón, dos camelias blancas en las orejas, la crin dividida en muchos flecos atados con lazos de seda roja, una gran faja de oro y plata alrededor del estómago, y la cola toda trenzada con cintas de terciopelo carmesí y azul celeste. Era, en suma, un burrito adorable.

El Director, al presentarlo al público, añadió estas pocas palabras:

—¡Mi respetable público! No estoy aquí para mentirles sobre las grandes dificultades que he debido enfrentar para comprender y someter a este mamífero, mientras pacía libre de montaña en montaña en las llanuras

tórridas. Observen, les pido, cuánto salvajismo traslucen sus ojos, por lo que, siendo vanos todos los métodos para domesticarlo al modo de los cuadrúpedos civilizados, he debido recurrir con frecuencia al afable dialecto del azote. Pero con cada gentileza mía, en vez de hacerme querer por él, me he granjeado su animadversión. No obstante yo, siguiendo el sistema de Gales, encontré en su cráneo una diminuta Cartago ósea que la misma Facultad de Medicina de París reconoció como el bulbo regenerador del pelo y de la danza pírrica. Y por esto quise amaestrarlo en el baile, además de para el salto de obstáculos y de los toneles de cartón. ¡Admírenlo y después júzguenlo! Pero antes de despedirme de ustedes, permítanme, señoras y señores, invitarlos al espectáculo de mañana por la noche; en caso de que el día amenace lluvia, el espectáculo, en vez de mañana por la noche, se pospondrá hasta la mañana siguiente, a las once de la mañana de ese día.

Y el Director hizo otra ampulosísima reverencia y, volviéndose hacia Pinocho, le dijo:

—¡Vamos, Pinocho! Antes de dar principio a sus rutinas, ¡saluda a este respetable público, caballeros, damas y niños!

Pinocho, obediente, dobló las dos rodillas de adelante sobre el suelo y se mantuvo arrodillado hasta que el Director, restañando el látigo, no le gritó:

—¡Al paso!

Entonces el burrito se paró sobre las cuatro patas y comenzó a girar alrededor de la pista, caminando siempre al paso.

Después de un rato el Director gritó:

—¡Al trote!

Y Pinocho, obediente a la orden, emprendió el trote.

—¡Al galope!

Y Pinocho arrancó a galopar.

—¡A la carrera! —y Pinocho se puso a correr velozmente. Pero en el momento en que corría como un caballo bereber, el Director, alzando el brazo en el aire, dio un pistoletazo.

Al instante el burro, fingiéndose herido, cayó y quedó acostado en la pista, como si fuera un moribundo de verdad.

Parándose del suelo en medio de una salva de aplausos, gritos y palmadas que llegaban a las estrellas, se le ocurrió alzar la cabeza y, entonces, vio en un palco a una bella señora que lucía un collar de oro, del cual pendía un medallón. En el medallón estaba pintado el retrato de una marioneta.

«¡Ese es mi retrato!… ¡Esa señora es el Hada!», dijo para sí, reconociéndola de inmediato. Y dejándose vencer por una gran alegría, intentó gritar:

—¡Oh, Hadita, Hadita mía!

Pero, en vez de estas palabras, le salió de la garganta un rebuzno tan sonoro y prolongado que hizo reír a todos los espectadores y especialmente a los niños que estaban en el teatro.

Entonces el Director, para enseñarle y hacerle entender que no es de buena educación ponerse a rebuznar frente al público, le dio con el mango del látigo un baquetazo en el hocico.

El pobre burrito, sacando su lengua un palmo, se puso a lamerse el hocico por lo menos cinco minutos, creyendo que así iba a aliviar el dolor que sentía.

Pero cuál no sería su desesperación cuando, volviéndose a ver una segunda vez, vio que el palco estaba vacío y que el Hada había desaparecido…

Sintió que se moría: los ojos se le llenaron de lágrimas y comenzó a llorar desconsoladamente. Sin embargo nadie se dio cuenta y, mucho menos, el Director, el cual restañando el látigo le dijo:

—¡Sé bueno, Pinocho! Ahora muéstrales a estos señores con qué gracia sabes saltar los aros.

Pinocho lo intentó dos o tres veces, pero cada vez que se aproximaba al aro, en vez de superarlo, pasaba cómodamente por abajo. Al final dio un salto y pasó a través de él, pero las patas de atrás se le quedaron enredadas en el aro, y cayó al otro lado de frente contra el suelo.

Cuando se levantó estaba cojo y, con gran esfuerzo, pudo regresar a la cuadra.

—¡Que salga Pinocho! ¡Queremos al burro! ¡Que salga el burrito! —gritaban los niños de la platea, conmovidos por el triste incidente.

Pero el burrito esa noche no se volvió a dejar ver.

A la mañana siguiente el veterinario, es decir el médico de las bestias, cuando lo visitó declaró que había quedado cojo para toda la vida.

Entonces el Director dijo a su mozo de cuadra:

—¿Qué quieres que haga con un burrito cojo? Se la pasaría tragando gratis. Llévalo a la plaza y revéndelo.

Al llegar a la plaza, encontraron rápidamente un comprador, que le preguntó al mozo de cuadra:

—¿Cuánto quieres por este burrito cojo?

—Veinte liras.

—Te doy veinte sueldos. No creas que lo compro porque me resulte útil: lo compro únicamente por la piel. Veo que tiene la piel bastante dura, con la que quisiera hacerme un tambor para la banda musical de mi país.

Dejo que se imaginen, niños, el placer que experimentó el pobre Pinocho, cuando supo que estaba destinado a volverse un tambor.

Sucedió que el comprador, apenas pagó sus veinte sueldos, condujo al burrito a la orilla del mar y, colgándole una piedra al cuello y amarrándolo por una pata con una soga que tenía en la mano, le dio de improviso un empujón y lo arrojó al agua.

Pinocho, con ese peso al cuello, se precipitó al fondo y el comprador, teniendo siempre agarrada la soga, se sentó sobre una piedra, a la espera de que el burrito se muriera ahogado, para luego quitarle la piel.

XXXIV

Pinocho, arrojado al mar, es devorado por los peces y vuelve a ser una marioneta como antes. Pero mientras nada para salvarse, es tragado por un terrible tiburón.

Después de cincuenta minutos durante los cuales el burrito duró bajo el agua, el comprador dijo, discurriendo para sí:

—A esta hora mi pobre burrito cojo ya debe estar bien ahogado. Saquémoslo entonces y hagamos con su piel un buen tambor.

Y comenzó a tirar de la soga con la que lo había atado de una pata, y tiró y tiró y tiró, y al final vio aparecer sobre el agua… ¿Adivinen? En vez de un burrito muerto, vio aparecer sobre el agua una marioneta viva, que se agitaba como una anguila.

Viendo aquella marioneta de madera, el pobre hombre creyó estar soñando y se quedó ahí entontecido, con la boca abierta y los ojos que se le salían.

Recuperado de la sorpresa inicial, dijo sollozando y lamentándose:

—¿Y el burrito que he arrojado al mar dónde está?

—Ese burrito soy yo —respondió la marioneta riendo.

—¿Tú?

—Yo.

—¡Ah, estafador! ¿Pretendes burlarte de mí?

—¿Burlarme de usted? Todo lo contrario, caro patrón: le estoy hablando en serio.

—¿Pero entonces por qué hace un instante eras un borrico y ahora, luego de estar en el agua, te has convertido en una marioneta de palo?

—Será el efecto del agua del mar. El mar causa ese tipo de efectos.

—¡Ten cuidado, marioneta, ten cuidado!… No creas que te vas a divertir a costa mía. ¡Te vas a meter en problemas si se me acaba la paciencia!

—Bueno, patrón: ¿quiere saber la verdadera historia? Desáteme esta pata y se la contaré.

Y el buen hombretón del comprador, curioso de conocer la verdadera historia, le desató el nudo de la soga con que lo tenía amarrado; Pinocho, al encontrarse libre como un pájaro en el aire, se puso a hablarle de esta manera:

—Tienes que saber que yo era una marioneta de palo, como me ves ahora, pero se me había metido en la cabeza volverme un niño como hay tantos en el mundo. Sin embargo, por las pocas ganas de estudiar que tenía y por hacer caso a las malas amistades, me escapé de casa… y un buen día, al despertar, me encontré transformado en un burro con largas orejas… y una larga cola. ¡Qué vergüenza se apoderó de mí!… Una vergüenza, querido patrón, que, por san Antonio bendito, ojalá nunca vaya a experimentar usted! Y así me llevaron a vender al mercado de los burros, y fui comprado por el Director de una compañía ecuestre, el cual se puso en la tarea de hacer de mí un gran bailarín y un gran saltador de aros. Pero una noche, durante el espectáculo, hice en el teatro un mal movimiento, me caí y quedé cojo de las dos patas. Entonces el Director, no sabiendo qué hacer con un burrito cojo, me mandó a revender, y usted me ha comprado.

—¡Por desgracia! Y he pagado veinte sueldos. ¿Y ahora quién me devuelve mis míseros veinte sueldos?

—¿Y para qué me compró? ¡Usted me compró para hacer con mi piel un tambor!… ¡Un tambor!

—¡Por desgracia! ¿Y dónde encontraré ahora otra piel?…

—No se eche a la pena, patrón. ¡Hay muchos burros en este mundo!

—Dime, bribón, ¿y tu historia termina aquí?

—No —respondió la marioneta—, un par de palabras más y la termino. Después de haberme comprado, usted me condujo a este sitio para matarme, pero entonces, cediendo a un sentimiento piadoso de humanidad, prefirió amarrarme una piedra al cuello y arrojarme al fondo del mar. Este sentimiento de delicadeza le hace grandísimo honor, por el que le debo

eterno agradecimiento. Por lo demás, querido patrón, esta vez usted ha arreglado cuentas sin el Hada.

—¿Y quién es esta Hada?

—Es mi madre, la cual se parece a todas las buenas madres que quieren el bien para sus hijos y no los pierden de vista jamás, y los asisten amorosamente en cada desgracia, incluso cuando estos niños, por sus travesuras y sus malos comportamientos, merecerían ser abandonados y dejados a la merced de sí mismos. Decía entonces que la buena Hada, apenas me vio en peligro de ahogarme, me envió un banco de innumerables peces, que, creyéndome un burro muerto, comenzaron a comerme. ¡Y qué mordiscos los que me daban! Nunca hubiera creído que los peces eran tan glotones como los niños… Unos me comieron las orejas, otros el hocico, otros el cuello y la crin, otros más la piel de las patas, los de allá el pelaje del lomo… y entre los demás hubo un pececito tan amable que se dignó incluso a comerme la cola.

—De hoy en adelante —dijo el comprador horrorizado, juro nunca volver a probar ningún pescado. Me disgustaría enormemente abrir un salmonete o una merluza frita y encontrarme adentro la cola de un burro.

—Pienso igual que usted —respondió la marioneta riendo—. Por lo demás, debe saber que cuando los peces terminaron de comerme toda esa cáscara de burro que me cubría de la cabeza a los pies llegaron, como es natural, a la osamenta… o, para decirlo mejor, al maderamen, porque, como ve, soy de madera durísima. Pero después de los primeros mordiscos, estos peces glotones se dieron cuenta de que la madera no era materia para sus dientes y, nauseados por esa comida indigesta, se fueron, para un lado o para el otro, sin volverme siquiera a darme las gracias. Y he aquí el cuento de cómo, al tirar de su soga, se encontró con una marioneta viva, en vez de un burrito muerto.

—Me río de tu historia —vociferó el comprador enfurecido—. Sé que gasté veinte sueldos en comprarte y quiero mi dinero de regreso. ¿Sabes qué voy a hacer? Te llevaré de nuevo al mercado y te revenderé por peso como leña seca para encender la chimenea.

—Revéndeme: por mí está bien —dijo Pinocho.

Pero diciendo esto, dio un gran salto y se echó al agua. Y nadando alegremente y alejándose de la playa, gritaba al pobre comprador:

—Adiós, patrón: si tiene necesidad de una piel para hacerse un tambor, acuérdese de mí.

Y luego reía y seguía nadando. Y después de un poco, volviéndose hacia atrás, gritaba más fuerte:

—Adiós, patrón: si tiene necesidad de un poco de leña seca para encender la chimenea, acuérdese de mí.

Y en un abrir y cerrar de ojos se había alejado tanto, que casi ni se podía ver; es decir, se veía solamente sobre la superficie del mar un puntico negro que cada tanto estiraba las patas fuera del agua y hacía cabriolas y saltos, como un delfín de buen humor.

En tanto Pinocho nadaba a su gusto, vio en mitad del mar un escollo que parecía de mármol blanco, y sobre el escollo, una hermosa Cabrita que balaba amorosamente y le hacía señales para que se acercara.

El asunto más singular era este: que la lana de la Cabrita, en vez de ser negra o blanca, o de ambos colores, como la de las otras cabras, era turquesa, de un modo refulgente que hacía recordar muchísimo el pelo de la bella Niña.

¡Dejo que ustedes se imaginen si el corazón del pobre Pinocho comenzó a latir más fuerte! Redoblando sus esfuerzos, se dedicó a nadar hacia el escollo blanco y, estando a medio camino, súbitamente salió del agua y se le vino encima la horrible cabeza de un monstruo marino, con la boca abierta de par en par con la fuerza de una vorágine, y tres filas de dientes que habrían asustado con solo verlas pintadas.

¿Y saben cuál era ese monstruo marino?

Ese monstruo marino era, nada más ni nada menos, aquel descomunal tiburón mencionado otras veces en esta historia y que, por los desastres que causaba y su insaciable voracidad, era denominado el Atila de los peces y de los pescadores.

Imagínense el pavor que el pobre Pinocho experimentó al ver aquel monstruo. Buscó esquivarlo, irse por otro lado, pero esa inmensa boca abierta se le acercaba más y más con la velocidad de una saeta.

—¡Apúrate, Pinocho, por favor! —gritaba balando la bella Cabrita.

Y Pinocho nadaba desesperadamente con los brazos, con el pecho, con las piernas y con los pies.

—¡Corre, Pinocho, tienes al monstruo ya muy cerca!

Y Pinocho, haciendo acopio de todas sus fuerzas, redoblaba el empeño de su carrera.

—¡Cuidado, Pinocho!… ¡el monstruo te alcanza!… ¡Ahí está, ahí está!… ¡Muévete por favor o te tragará!

Y Pinocho nadaba más rápido que nunca, más y más y más, como la bala de un fusil. Y ya estaba a punto de arribar al escollo, y ya la Cabrita, inclinándose hacia el mar, le ofrecía sus dos patitas para ayudarlo a salir del agua…

¡Pero ya era tarde! El monstruo lo había alcanzado: el monstruo, aspirando fuertemente, se tragó a la pobre marioneta como si fuera el huevo de una gallina, y lo devoró con tanta violencia y avidez, que Pinocho, precipitándose adentro del cuerpo del Tiburón, se dio un golpe tan brutal, que quedó inconsciente por al menos quince minutos.

Cuando volvió en sí del pasmo, no atinaba siquiera a comprender en qué mundo se encontraba. En torno a sí reinaba una gran oscuridad, pero era una oscuridad tan negra y espesa, que le parecía haber entrado de cabeza en un calamar lleno de tinta. Se puso a escuchar y no oyó nada: solamente, de tanto en tanto, sentía en el rostro ráfagas de viento. Al principio no entendía cuál era el origen de aquel viento, pero luego comprendió que salía de los pulmones del monstruo. Porque es necesario advertir que el Tiburón sufría de asma y, cuando respiraba, era como si soplara la tramontana.

Pinocho primero se las ingenió para darse un poco de ánimo, pero cuando fue evidente que se encontraba encerrado en el cuerpo del monstruo marino, entonces comenzó a llorar y a chillar, y gimiendo decía:

—¡Auxilio, auxilio! ¡Oh, pobre de mí! ¿No hay nadie que pueda salvarme?

—¿Quién quieres que te salve, desventurado? —dijo en esa oscuridad un vozarrón cascado de guitarra desafinada.

—¿Y quién habla así? —preguntó Pinocho, sintiéndose helar del miedo.

—Soy yo: un pobre Atún, devorado por el Tiburón junto contigo. ¿Y tú qué pez eres?

—Yo no tengo nada que ver con los peces. Yo soy una marioneta.

—Y entonces, si no eres un pez, ¿por qué te hiciste tragar del monstruo?

—Yo no me hice tragar: fue él quien me tragó. ¿Y ahora qué vamos a hacer en esta oscuridad?

—Resignarse y esperar a que el Tiburón nos digiera a los dos.

—¡Pero yo no quiero ser digerido! —vociferó Pinocho, volviendo a llorar.

—Tampoco yo quiero ser digerido —añadió el Atún—, pero soy muy dado a filosofar y me consuelo pensando en que, cuando se nace atún, hay más dignidad en morir bajo el agua que bajo el aceite.

—¡Tonterías! —exclamó Pinocho.

—Es mi opinión —replicó el Atún— y todas las opiniones, como dicen los atunes políticos, deben respetarse.

—En todo caso, yo quiero irme de aquí… quiero huir.

—Huye, si eres capaz.

—¿Es muy grande este tiburón que nos ha engullido? —preguntó la marioneta.

—Imagínate que su cuerpo tiene más de un kilómetro, sin contar la cola.

Mientras conversaban en la oscuridad, a Pinocho le pareció entrever a lo lejos una suerte de claridad.

—¿Qué será esa lucecita a lo lejos? —dijo Pinocho.

—Será algún compañero de infortunio que estará esperando como nosotros ser digerido.

—Quiero ir a encontrarlo. ¿No podría ser acaso algún pez veterano que pueda enseñar el camino de salida?

—Ojalá lo fuera. Te lo deseo, de corazón, querida marioneta.

—Adiós, Atún.

—Adiós, marioneta, y buena suerte.

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

—¡Quién sabe!… Es mejor no ponerse a pensar en eso.

XXXV

Pinocho se encuentra en el cuerpo del Tiburón a… ¿A quién se encuentra? Lee este capítulo y lo sabrás.

Pinocho, apenas le dijo adiós a su buen amigo Atún, se movió tambaleándose en medio de aquella oscuridad, y comenzó a caminar a tientas dentro del cuerpo del Tiburón, dirigiéndose poco a poco hacia aquella claridad que titilaba a lo lejos.

Y al caminar sintió que sus pies chapoteaban en unos charcos de agua pegajosa y resbaladiza, y esa agua tenía un olor tan fuerte a pescado frito, que le parecía estar en mitad de la cuaresma.

Y cuanto más andaba, la claridad se hacía más fuerte y nítida, hasta que al fin arribó y, al llegar… ¿qué encontró? Nunca lo adivinarían: se encontró con una mesa puesta, una vela encima sobre una botella de cristal verde y sentado a la mesa un viejito todo blanco, como si fuese de nieve o crema de leche, que estaba ahí echándoles el diente a unos pescaditos vivos, tan vivos que a veces, mientras se los comía, se le escapaban de la boca.

Ante esta imagen el pobre Pinocho sintió una alegría tan grande e inesperada, que estuvo a nada de ponerse a delirar. Quería reír, quería llorar, quería decir un montón de cosas, y en vez de esto gimoteaba confusamente y balbuceaba palabras incomprensibles. Finalmente, fue capaz de dar un grito de felicidad y, abriendo los brazos y lanzándose al cuello del viejito, comenzó a gritar:

—¡Oh, padrecito mío! ¡Finalmente te encontré! ¡Ahora sí nunca más te voy a volver abandonar, nunca, nunca más!

—¿Entonces mis ojos no me están mintiendo? —replicó el viejo restregándose los ojos—. ¿Entonces tú eres de verdad mi querido Pinocho?

—¡Sí, sí, soy yo, soy yo! ¿Y tú ya me perdonaste, cierto? ¡Oh, padrecito mío, cómo eres de bueno!… Y pensar que yo… Oh, ¡si supieras cuántas desgracias he tenido que sufrir y cuántas cosas me han salido mal!

Imagínate que el día que tú, pobre papá, vendiste tu abrigo y compraste la cartilla para que yo fuera a la escuela, me escapé para ver a las marionetas, y el titiritero me quería echar al fuego para cocinar un cordero, y que fue aquel el que me dio las cinco monedas de oro para que te las llevara, pero fue ahí cuando me encontré a la Zorra y al Gato que me llevaron hasta la Hostería del Cangrejo Rojo, donde comieron como lobos, y al partir yo de noche, solo, me encontré a los asesinos, que se pusieron a perseguirme, y yo corrí, y ellos detrás, pisándome los talones, hasta que me colgaron de una rama del Gran Roble, adonde la bella Niña del pelo turquesa mandó una carroza para salvarme, y los médicos, cuando me fueron a visitar, dijeron de inmediato: «Si no está muerto, es señal de que está vivo», y entonces se me salió una mentira, y la nariz comenzó a crecerme y no me cabía por la puerta de la habitación, razón por la cual me fui con la Zorra y el Gato a enterrar las monedas de oro, pues una la había gastado en la hostería, y el Papagallo se puso a reír, y en vez de dos mil monedas no encontré nada, por lo que el Juez, cuando supo que había sido robado, me hizo ahí mismo meter en prisión, para dar una satisfacción a los ladrones, y mientras yo caminaba, vi un racimo de uvas en el campo, pero caí en una trampa, y el campesino me puso el collar de su perro para que cuidara el gallinero, pero reconoció mi inocencia y me dejó ir, y la Serpiente, con la cola que parecía una chimenea, principió a reír y se le estalló una vena en el pecho, y así volví a la casa de la Niña, que estaba muerta, y el Palomo, viendo que lloraba, me dijo: «He visto a tu papá fabricándose un bote para irte a buscar», y yo le dije: «Oh, si yo tuviese alas», y él me dijo: «¿Quieres ir donde tu padre?», y yo le dije: «¡Claro que sí! ¿Pero quién podría llevarme?», y él me dijo: «Te llevo yo», y yo le dije: «¿Cómo?», y él me dijo: «Móntate sobre la grupa», y así volamos toda la noche, y luego a la mañana todos los pescadores que observaban el mar me dijeron: «Hay un pobre hombre en una barquita que está por ahogarse», y yo, de lejos, te reconocí de inmediato, porque me lo decía el corazón, y te hice señas para que volvieras a la playa.

—Yo también te reconocí —dijo Geppetto—, y hubiera querido volver a la playa, pero no sabía cómo. El mar estaba picado y una oleada tumbó la barca. Entonces un horrible Tiburón, que estaba cerca, apenas me avistó en el agua me comenzó a perseguir y, sacando la lengua, me engulló como si fuera un pastelillo.

—¿Y hace cuánto que estás encerrado aquí dentro? —preguntó Pinocho.

—Desde aquel día… Deben ser ahora como dos años: dos años, Pinocho mío, que me han parecido dos siglos.

—¿Y cómo has hecho? ¿Dónde encontraste la vela? Y los fósforos para encenderla, ¿quién te los dio?

—Ya te contaré todo. Antes debes saber que la misma borrasca que volcó mi barquita hizo zozobrar también un buque mercante. Todos los marinos se salvaron, pero la mercancía se hundió y el mismo Tiburón, que ese día tenía un excelente apetito, después de haberme tragado, se tragó también el buque.

—¿Cómo? ¿Se lo tragó todo de un bocado? —preguntó Pinocho maravillado.

—Todo de un bocado: y escupió solamente el palo mayor, porque se le había quedado entre los dientes como si fuera una espina. Para mi gran fortuna, ese buque estaba cargado de carne en conserva, galletas, panes, botellas de vino, uvas pasas, queso, café, azúcar, velas y cajas de fósforos. Con todos estos favores divinos, pude arreglármelas dos años, pero hoy me quedan las últimas porciones: en la despensa ya no hay nada, y esta vela que ves prendida es la última vela que me queda.

—¿Y entonces?…

—Y entonces, querido mío, nos quedaremos en la oscuridad.

—Pues, padrecito mío —dijo Pinocho—, no hay tiempo que perder. Es necesario que pensemos en la manera de huir.

—¿Huir? ¿Y cómo?

—Escapando de la boca del Tiburón y echarse al mar y nadar.

—Tienes razón, pero yo, querido Pinocho, no sé nadar.

—¿Y qué importa?… Tú te montas a mis espaldas y yo, que soy un buen nadador, te llevaré sano y salvo hasta la playa.

—¡No te ilusiones, niño mío! —replicó Geppetto, sacudiendo la cabeza y sonriendo melancólicamente—. ¿Crees que una marioneta, de apenas un

metro como tú, tiene la fuerza suficiente para llevarme a nado en las espaldas?

—¡Inténtalo y verás! En todo caso, si es seguro que vamos a morir, al menos tendremos el consuelo de morir abrazados.

Y sin decir más, Pinocho tomó la vela entre las manos y, llevándola adelante para alumbrarse, dijo a su padre:

—Sígueme y no tengas miedo.

Y así caminaron un buen trecho y atravesaron el cuerpo y el estómago del Tiburón. Pero, cuando llegaron donde empezaba la gran garganta del monstruo, se detuvieron y dieron una ojeada para decidir el momento oportuno de la fuga.

Es necesario advertir que el Tiburón, al ser muy viejo y sufrir de asma y de palpitaciones del corazón, estaba obligado a dormir con la boca abierta, por lo que Pinocho, asomándose al principio de la garganta y mirando hacia arriba, pudo ver, afuera de esa enorme boca abierta de par en par, el cielo estrellado y una bellísima luz de luna.

—Este es el momento preciso para escapar —susurró entonces volviéndose hacia su padre—. El Tiburón duerme como un lirón, el mar está en calma y hay luz como si fuera de día. Ven entonces, padre mío, detrás de mí, y dentro de poco estaremos salvados.

Dicho y hecho, subieron por la garganta del monstruo marino y, al llegar a la enorme boca, comenzaron a caminar en puntas de pie sobre la lengua: una lengua tan larga y tan ancha que parecía el sendero de un jardín. Y ya estaban a punto de dar el gran salto y se iban a lanzar al mar, cuando el Tiburón estornudó y, al hacerlo, dio una sacudida tan violenta, que Pinocho y Geppetto se encontraron impulsados hacia atrás, con tan mala suerte que se encontraron de nuevo en el estómago del monstruo.

En el gran golpe de la caída la vela se apagó y padre e hijo quedaron a oscuras.

—¿Y ahora?… —preguntó Pinocho poniéndose serio.

—Ahora, hijo mío, estamos perdidos.

—¿Por qué perdidos? Dame la mano, papá, y trata de no resbalarte.

—¿A dónde me llevas?

—Debemos reintentar la fuga. Ven conmigo y no tengas miedo.

Dicho esto, Pinocho tomó a su padre por la mano y, caminando siempre en puntas de pie, volvieron a subir juntos por la garganta del monstruo, luego atravesaron toda la lengua y saltaron las tres hileras de dientes. Sin embargo, antes de dar el gran salto, la marioneta dijo a su padre:

—Móntate a caballo sobre mi espalda y abrázame fuerte. Déjame el resto a mí.

Apenas Geppetto se acomodó bien sobre la espalda del hijo, Pinocho, segurísimo de lo que hacía, se lanzó al agua y comenzó a nadar. El mar estaba tranquilo como el aceite, la luna esplendía con toda su claridad y el Tiburón seguía durmiendo con un sueño tan profundo que no lo habría despertado un cañonazo.

XXXVI

Finalmente Pinocho deja de ser una marioneta y se convierte en un niño.

Mientras Pinocho nadaba a su gusto para alcanzar la playa, se dio cuenta de que su padre, que estaba a caballo sobre su espalda y tenía las piernas metidas en el agua, no paraba de temblar como si sufriera de fiebre terciana.

¿Temblaba de frío o de miedo? ¡Quién sabe!… Quizás un poco por una razón y un poco por la otra. Pero Pinocho, creyendo que ese temblor era por el miedo, le dijo para confortarlo:

—¡Ánimo, papá! En pocos minutos pisaremos tierra y estaremos a salvo.

—¿Pero dónde está esa bendita playa? —preguntó el viejito poniéndose cada vez más inquieto y achinando los ojos como hacen los sastres cuando van a enfilar un aguja—. Miro para todos lados y no veo otra cosa que cielo y mar.

—Pero yo además veo la playa —dijo la marioneta—. Para tu información, yo soy como los gatos: veo mejor de noche que de día.

El pobre Pinocho fingía estar de buen humor, pero, en realidad, comenzaba a desmoralizarse: las fuerzas le fallaban, su respiración se volvía pesada y afanosa; en suma, no podía más y la playa seguía estando lejos.

Nadó hasta que tuvo aliento, luego volteó la cabeza para ver a Geppetto y dijo con voz entrecortada:

—¡Papá… ayúdame… porque muero!

Y padre e hijo estaban a punto de hundirse, cuando oyeron una voz de guitarra desafinada que dijo:

—¿Quién muere?

—Mi pobre padre y yo.

—Esta voz me es conocida. ¡Tú eres Pinocho!

—El mismo. ¿Y tú?

—Soy el Atún, tu compañero de prisión en el cuerpo del Tiburón.

—¿Y cómo hiciste para escapar?

—Seguí tu ejemplo. Tú fuiste el que me enseñó el camino y, después de que huiste tú, seguí yo.

—Mi Atún, llegaste justo a tiempo. Te pido por el amor que les tienes a tus atuncitos: ayúdanos o estamos perdidos.

—Con gusto y de todo corazón. Agárrense los dos a mi cola y déjense llevar. En pocos minutos estarán en la orilla.

Geppetto y Pinocho, como pueden imaginárselo, aceptaron en el acto la invitación. Pero, en vez de agarrarse a la cola, juzgaron más cómodo acomodarse en el lomo del Atún.

—¿Estamos muy pesados? —le preguntó Pinocho.

—¿Pesar? Ni un poquito: me parece tener encima las conchas de un par de almejas —respondió el Atún, el cual era de una complexión tan gruesa y robusta, que parecía un ternero de dos años.

Llegados a la ribera, Pinocho saltó a la tierra primero, para ayudar a su padre a hacer lo propio. Luego se volvió hacia el Atún y con voz conmovida le dijo:

—Amigo mío, ¡has salvado a mi padre! No tengo suficientes palabras para agradecerte. Permíteme al menos que te dé un beso en señal de eterno reconocimiento.

El Atún sacó la cabeza fuera del agua y Pinocho, arrodillándose sobre la tierra, le dio un muy afectuoso beso en la boca. En este instante de espontánea y vivísima ternura, el pobre Atún, que no estaba acostumbrado, se sintió tan conmovido, que avergonzándose de que lo vieran llorar como un niño, volvió a meter la cabeza dentro del agua y desapareció.

Y se hizo de día.

Entonces Pinocho, ofreciendo su brazo a Geppetto, que apenas tenía aliento para tenerse en pie, le dijo:

—Apóyate en mi brazo, querido padre, y vamos. Caminaremos despacio, como las hormigas, y cuando nos cansemos, reposaremos en el camino.

—¿Y adónde vamos a ir? —preguntó Geppetto.

—En busca de una casa o de una cabaña, donde nos puedan dar un trozo de pan y un poco de paja que nos sirva de lecho.

No habían dado cien pasos, cuando vieron a la orilla del camino dos feos pordioseros pidiendo limosna.

Eran el Gato y la Zorra, pero estaban irreconocibles. Imagínense que el Gato, a fuerza de fingir ceguera, se había vuelto ciego de verdad. Y la Zorra, envejecida, roñosa y renca, ni siquiera tenía cola. Así es: esa triste ladronzuela, caída en la más inmunda miseria, se vio obligada un día a vender su bellísima cola a un mercachifle ambulante, que la compró para hacerse un espantamoscas.

—¡Oh, Pinocho! —gritó la Zorra lloriqueando—, ten un poco de caridad de estos dos enfermos.

—¡Enfermos! —repitió el Gato.

—¡Adiós, avivatos! —respondió la marioneta—. Me engañaron una vez, pero no lo van a volver a hacer.

—Créelo, Pinocho, ¡somos pobres y desgraciados de verdad!

—¡De verdad! —repitió el Gato.

—Si son pobres, se lo merecen. Y recuerden ese proverbio que dice: «Dinero robado no queda sembrado». Adiós, avivatos.

—¡Ten compasión de nosotros!

—¡De nosotros!

—¡Adiós, avivatos! Y recuerden ese proverbio que dice: «Harina del diablo, toda se vuelve salvado».

—¡No nos abandones!

—¡… ones! —repitió el Gato.

—¡Adiós, avivatos! Recuerden ese proverbio que dice: «¡Quien roba la capa de su vecino muere sin camisa!».

Y así diciendo, Pinocho y Geppetto continuaron tranquilamente su camino, hasta que, dados otros cien pasos, vieron al fondo de un sendero, en medio del campo, una hermosa cabaña toda de paja y con el techo cubierto de teja y ladrillo.

—Esa cabaña debe estar habitada por alguien —dijo Pinocho—. Vamos a tocar la puerta.

Y en efecto fueron y tocaron la puerta.

—¿Quién es? —dijo una vocecita desde adentro.

—Somos un pobre padre y un pobre hijo, sin pan y sin techo —respondió la marioneta.

—Giren el pomo y la puerta se abrirá —dijo la misma voz.

Pinocho giró el pomo y la puerta se abrió. Apenas entraron, miraron a un lado y al otro y no vieron a nadie.

—¿El dueño de casa dónde está? —dijo Pinocho asombrado.

—¡Heme aquí, arriba de ustedes!

Padre e hijo se volvieron a mirar el techo y vieron sobre un travesaño al Grillo parlante.

—¡Oh, mi querido Grillito! —dijo Pinocho saludándolo cálidamente.

—¿Con que ahora me llamas tu querido Grillito? ¿Pero te acuerdas cuando, para echarme de tu casa, me tiraste un martillo?

—¡Tienes razón, Grillito! Échame a mí… Tírame ahora un martillo a mí, pero ten piedad de mi pobre padre.

—Tendré piedad del padre y del hijo también. Pero he querido recordarte el feo gesto tuyo, para enseñarte que en este mundo, cuando se puede, es necesario mostrarse corteses con todos, si queremos gozar de las mismas cortesías los días de necesidad.

—Tienes razón, Grillito, tienes razón y voy a grabar en la mente las lecciones que me das. Pero dime: ¿cómo has hecho para comprarte esta bella cabaña?

—Esta cabaña me la regaló ayer una graciosa Cabra, que tenía la lana de un bellísimo color turquesa.

—¿Y la Cabra a dónde fue? —preguntó Pinocho con vivísima curiosidad.

—No lo sé.

—¿Y cuándo volverá?

—No volverá jamás. Ayer partió toda afligida y al balar parecía decir: “Pobre Pinocho, ahora no lo veré más: ¡el Tiburón a esta hora ya se lo debe haber devorado!”.

—¿Ha dicho así?…¡Entonces era ella… era ella!… ¡Era mi querida Hadita!… —comenzó a gritar Pinocho, sollozando y llorando inconteniblemente.

Cuando lloró lo suficiente, se restregó los ojos, preparó su lecho de paja, y acostó ahí al viejo Geppetto. Luego le preguntó al Grillo parlante:

—Dime, Grillito, ¿dónde podría encontrar un vaso de leche para mi pobre padre?

—A tres kilómetros de acá, vive el hortelano Juan que tiene vacas. Ve donde él, que tiene la leche que buscas.

Pinocho fue a toda prisa a la casa del hortelano Juan, y este le dijo:

—¿Cuánto quieres de leche?

—Un vaso entero.

—Un vaso de leche cuesta un sueldo. Tienes que dármelo primero.

—No tengo ni siquiera un centavo —respondió Pinocho mortificado y afligido.

—Mal, apreciada marioneta —replicó el hortelano—. Si no tienes ni siquiera un centésimo, yo no tengo tampoco un poco de leche.

—¡Está bien! —dijo Pinocho e hizo el gesto de irse.

—Espera un momento —dijo Juan—. Entre tú y yo podemos llegar a un acuerdo. ¿Quieres ponerte a girar la noria?

—¿Qué es una noria?

—Es ese instrumento de madera que sirve para sacar el agua de la cisterna que va a regar las hortalizas.

—Lo intentaré.

—Entonces, tráeme cien baldes de agua, y en compensación te daré el vaso de leche.

—Está bien.

Juan condujo a la marioneta a la huerta y le enseñó la manera de manejar la noria. Pinocho se puso de inmediato a trabajar, pero antes de haber acabado su tarea, ya estaba bañado de sudor de la cabeza a los pies. Nunca se había esforzado de tal manera.

—Hasta ahora este trabajo de hacer girar la noria —dijo el hortelano— lo había hecho mi burrito, pero hoy ese pobre animal está en las últimas.

—¿Me llevas a verlo? —dijo Pinocho.

—Con gusto.

Apenas Pinocho entró en el establo, vio un bonito burrito echado sobre la paja, reducido por el hambre y la fatiga. Cuando pudo verlo con más cuidado, dijo para sí, sintiéndose perturbado: «¡Pero si yo sé quién es este burrito! ¡A este yo lo conozco!».

Y agachándose cerca de él, le preguntó en el idioma de los burros:

—¿Quién eres?

A esta pregunta, el burrito abrió los ojos moribundos y respondió balbuciendo en el mismo dialecto:

—Soy Pa… bi… lo.

Y después cerró los ojos y expiró.

—¡Oh, pobre Pabilo! —dijo Pinocho a media voz. Y tomando una manotada de paja, se secó una lágrima que le bajaba por el rostro.

—¿Te conmueves tanto por un burro que no tiene nada que ver contigo? —dijo el hortelano—. ¿Qué debería hacer yo que lo compré con dinero contante y sonante?

—Es que… era un amigo mío.

—¿Tu amigo?

—Un compañero de escuela.

—¿Cómo? —vociferó Juan soltando una carcajada—. ¡Cómo! ¿Tenías burros por compañeros de escuela? ¡No me quiero imaginar lo mucho que estudiaban!

La marioneta, sintiéndose mortificada por estas palabras, no respondió, sino que tomó el vaso de leche casi caliente y regresó a la cabaña.

Y desde aquel día en adelante, por más de cinco meses, continuó levantándose cada mañana antes del alba, para ir a girar la noria y ganarse así el vaso de leche que tanto bien le hacía a la disminuida salud de su padre. Pero no se contentó con esto, porque, con el tiempo, aprendió a fabricar canastas y cestos de mimbre, y con las monedas que recogía, contribuía juiciosamente a todos los gastos diarios. Entre otras cosas, construyó él solo una elegante carretilla para sacar de paseo a su padre, a tomar el sol y un poco de aire.

Y a la luz de las velas, por la noche, se dedicaba a leer ya escribir. Había comprado en el pueblo vecino por pocos centavos un libro gordo al cual le faltaban la portada y el índice, pero que igual le servía para hacer sus lecturas. En cuanto a escribir, utilizaba una ramita afilada como pluma, y no teniendo ni tintero ni tinta, lo teñía en una botellita llena de jugo de mora y cereza.

El hecho es que con su buena voluntad y su ingenio por trabajar y salir adelante, no solo logró mantener desahogadamente a su padre, sino que, además, había podido ahorrar para comprarse un vestido nuevo.

Una mañana dijo a su padre:

—Me voy al mercado cercano a comprarme una chaqueta, un gorro y un par de zapatos. Cuando regrese a casa —agregó riendo—, estaré tan bien vestido, que me confundirás con un gran señor.

Y saliendo de casa, comenzó a correr todo alegre y satisfecho. En un punto, oyó que alguien pronunciaba su nombre y, volviéndose, vio a un hermoso Caracol que sacaba la cabeza por un matorral.

—¿No me reconoces? —dijo el Caracol.

—No estoy seguro…

—¿No te acuerdas de ese Caracol que servía a la Hada de pelo turquesa? ¿No recuerdas aquella vez en que bajé a abrirte y tú te quedaste con el pie

atrapado en la puerta?

—Me acuerdo de todo —gritó Pinocho—. Respóndeme, Caracolito, ¿dónde se encuentra mi buena Hada? ¿Qué hace? ¿Me ha perdonado? ¿Se acuerda aún de mí? ¿Todavía me quiere? ¿Está muy lejos de aquí? ¿Puedo ir a buscarla?

A todas estas preguntas hechas precipitadamente y sin tomar aliento, el Caracol respondió con su habitual flema:

—Pinocho mío, la pobre Hada se encuentra postrada en la cama de un hospital.

—¿En un hospital?

—Por desgracia. A causa de mil infortunios, se enfermó gravemente y ahora no tiene siquiera para comprarse un pedazo de pan.

—¿De verdad?… ¡Oh, qué gran dolor me haces sentir! ¡Oh, pobre Hadita! ¡Pobrecita!… Si tuviera un millón, correría a llevárselo… Pero solo tengo cuarenta monedas… Estas de acá, con las que iba de camino a comprarme un vestido nuevo. Tómalas, Caracol, y llévaselas rápido a mi buena Hada.

—¿Y tu vestido nuevo?

—¿Qué importancia tiene mi vestido nuevo? Venderé incluso estos harapos que tengo encima, para poder ayudarla. Ve, Caracolito, ayúdala, y regresa aquí dentro de dos días, cuando espero poder darte algo más de dinero. Hasta ahora he trabajado para mantener a mi padre: desde hoy trabajaré cinco horas más para mantener a mi buena madre. Adiós, Caracol, y nos vemos dentro de dos días.

El Caracol, contra su costumbre, comenzó a volar como una luciérnaga bajo el gran sol de agosto.

Cuando Pinocho regresó a su casa, su padre le preguntó:

—¿Y el vestido nuevo?

—No pude encontrar ninguno que me quedara bien. ¡No importa!… Lo compraré después.

Esa noche Pinocho, en vez de trasnochar hasta las diez, se mantuvo despierto hasta después de medianoche y, en vez de hacer ocho canastas de mimbre, hizo dieciséis.

Luego se fue a la cama y se quedó dormido de inmediato. Y en el sueño le pareció ver al Hada, hermosa y muy sonriente, la cual, después de haberle dado un beso, le habló de esta manera:

—¡Muy bien, Pinocho! Por tu buen corazón, te perdono todas las travesuras que has hecho hasta hoy. Los niños que ayudan amorosamente a sus padres en sus días malos y en la enfermedad merecen todo el honor y el afecto, aunque no puedan ser citados como modelos de obediencia y de buena conducta. Sigue juicioso de aquí en adelante y serás feliz.

En este punto el sueño concluyó y Pinocho se despertó, abriendo los ojos de par en par.

Ahora imagínense cuál fue su sorpresa cuando, al despertar, se dio cuenta de que no era más una marioneta de madera, sino que se había convertido en un niño como los demás. Dio una ojeada en torno y, en vez de las habituales paredes de paja de la cabaña, vio una hermosa habitación amoblada y arreglada con sencillez y elegancia. Saltando de la cama, se encontró con un vestido nuevo y un par de botas de piel que lo hicieron parecer salido de un cuadro.

Apenas se vistió, se metió espontáneamente las manos en los bolsillos y sacó un pequeño monedero de marfil sobre el cual estaban grabadas estas palabras: «El Hada del pelo turquesa restituye al querido Pinocho las cuarenta monedas y le agradece por su buen corazón». Al abrirlo, en vez de ducados de cobre, había cuarenta cequíes de oro recién acuñados.

Después fue a verse a un espejo y le pareció que era otro. No vio el reflejo de la marioneta de madera de siempre, sino que vio la imagen despierta e inteligente de un muchacho con el pelo castaño, los ojos celestes y un aire alegre y festivo como una pascua.

En medio de todas estas maravillas que se sucedían una tras otra, Pinocho no sabía si estaba pasando de verdad o si estaba soñando con los ojos abiertos.

—¿Y dónde está mi padre? —gritó de repente y, al entrar a la habitación de al lado, se encontró con el viejo Geppetto sano, activo y de buen humor,

que, habiendo retomado de una vez su oficio como tallador de madera, estaba diseñando una hermosísima cornisa adornada con hojas, flores y cabezas de distintos animales.

—Sácame de una duda, padre: ¿cómo te explicas todos estos cambios repentinos? —le preguntó Pinocho, saltándole al cuello y cubriéndolo de besos.

—Este cambio repentino en la casa es todo mérito tuyo —dijo Geppetto.

—¿Por qué mérito mío?

—Porque cuando los niños malos se vuelven buenos, tienen la virtud de adoptar un aspecto completamente nuevo e irradiar alegría a su familia.

—Y el viejo Pinocho de madera, ¿dónde quedó?

—Míralo acá —respondió Geppetto, y le señaló una gran marioneta apoyada en una silla, con la cabeza ladeada, los brazos colgantes y las piernas cruzadas y medio dobladas; parecía un milagro que pudiera tenerse en pie.

Pinocho se volteó a verlo. Y después de que lo observó un momento, se dijo con gran complacencia:

«¡Cómo era de gracioso cuando era una marioneta! ¡Y cómo estoy de contento ahora que soy un niño de verdad».